

Peru. 1662



Juan de Espinosa
Medrano "El Lunarejo"

Apologetico

*en favor
de don Luis de Góngora*

*"Príncipe de los Poetas Líricos
de España"*

REEDITADO POR:
J. AGUSTIN TAMAYO RODRIGUEZ



Noviembre 1993



Juan de Espinosa
Medrano "El Lunarejo"

Apologetico

*en favor
de don Luis de Góngora*

*"Príncipe de los Poetas Líricos
de España"*

REEDITADO POR:
J. AGUSTIN TAMAYO RODRIGUEZ

Noviembre 1993

**JUAN DE ESPINOSA MEDRANO – “EL LUNAREJO”
APOLOGÉTICO
EN FAVOR DE DON LUIS DE GÓNGORA
Reeditado por J. Agustín Tamayo Rodríguez**

PRESENTACIÓN POR EL DR. ATILIO SIVIRICHI TAPIA

El profesor Agustín Tamayo Rodríguez, periodista, historiador y ex Parlamentario por el departamento de Apurímac, al publicar en 1971 su interesante libro ESTUDIOS SOBRE JUAN DE ESPINOSA MEDRANO – “EL LUNAREJO”, ha sido el promotor de un gran movimiento intelectual reivindicatorio del célebre orador, filósofo, escritor y literato cusqueño-apurimeño, Dr. Juan de Espinosa Medrano, para sacarlo del olvido en que permaneciera por más de tres centurias.

En efecto, la conmemoración del tercer Centenario de su muerte –13 de noviembre de 1988– fue un acontecimiento histórico de solemnes actuaciones cívico-culturales de conferencias organizadas en su honor por el INSTITUTO RIVA AGÜERO de la UNIVERSIDAD CATÓLICA, auspiciada por su Director el Rvdo. Padre Armando Nieto Vélez –S.J.– en el auditorio del Banco Continental. –Luego, en la BIBLIOTECA NACIONAL, otro Ciclo de Conferencias a cargo de Catedráticos de San Marcos, Villarreal, periodistas e historiadores entre los que tuve el honor de intervenir sobre la egregia personalidad de Juan de Espinosa Medrano– “el Lunarejo”, una de las más altas glorias literarias y filosóficas del Virreinato peruano, que junto con Garcilaso de la Vega, son los símbolos del mestizaje integral y esencias de peruanidad.

Culminaron los Homenajes con una gran Exposición Bibliográfica, por primera vez en su honor y presidida por sus propias obras de PHILOSOPHIA THOMISTICA, LA NOVENA MARAVILLA y el APOLOGÉTICO EN FAVOR DE GÓNGORA, en sus versiones originales y demás publicaciones de evidente valor histórico y cultural. –Finalmente, colocación de su retrato en las Galerías de peruanos

ilustres, siendo entonces Director de la Biblioteca Nacional, el prestigioso editor y bibliógrafo Don JUAN MEJÍA BACA—.

Sin embargo, las obras de Lunarejo, aún no han sido difundidas como correspondía a sus merecimientos e importancia, permaneciendo sólo como joyas bibliográficas, privilegio de tratadistas e investigadores nacionales y extranjeros.

Estas obras actualmente aseguradas en las Cajas de Fierro de la Biblioteca Nacional son:

-EL APOLOGÉTICO EN FAVOR DE DON LUIS DE GÓNGORA-1662-1694-1925.

-La NOVENA MARAVILLA, una recopilación de los 30 mejores sermones y panegíricos pronunciados por el Orador en la Catedral y demás escenarios de la ciudad del Cusco, y publicada por sus discípulos en Madrid, el año 1695.

-La PHILOSOPHIA THOMISTICA, monumental obra totalmente escrita en latín y del más castizo y elegante estilo culterano, que asombró al mundo letrado europeo y con la que intervino en el debate filosófico en 1688 en Roma. En la Biblioteca Nacional de Lima, sólo existe el Primer tomo –TOMUS PRIOR–, suponiéndose que fueron varios tomos.

Trataré solamente del APOLOGÉTICO, materia de la presente reedición. Esta obra polémica y de crítica literaria considerada “la más elegante prosa del Coloniaje peruano”, fue escrita en el Cusco por los años 1658-1660 y publicada por primera vez en Lima, año de 1662 – Imprenta de Juan de Quevedo y Zárate, de cuya edición sólo existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional, obsequio de don Pedro José Bravo, vecino del Cusco, a la Biblioteca de Lima, en 1889 según anotación del donante, en la misma obra, que consta de 120 páginas—.

La segunda edición aparece publicada en la misma Imprenta de Lima en 1694.

La tercera edición la hace publica el Dr. Ventura García Calderón, en París, año 1925, siendo embajador del Perú, en base a la segunda edición de 1694, o sea después de más de dos siglos de silencio.

La presente reedición, tiene el privilegio de ser una fiel reproducción del primer Apologético original de 1662. Su autor, mi dilecto amigo señor Agustín Tamayo Rodríguez, ha tenido la gentileza de pedirme este proemio que lo hago con el mayor agrado, formulando votos porque se cumplan los propósitos divulgatorios de obra tan importante que Madrid lo acogió con aplausos del más vivo entusiasmo y notables autores le expresaron sus elogios.

El crítico español, Marcelino Menéndez Pelayo dijo del Apologético: “Es el fruto más maduro de la primitiva literatura criolla, lástima una perla caía en el culteranismo”, (1889).

–El Dr. Javier Prado y Ugarteche, en su discurso académico de 1917, resaltando la expresión “vigorosa y brillante” de Espinosa Medrano en esa época de las “inteligencias encadenadas”, decía: “es el Apologético un verdadero himno en prosa, del alma popular subyugado, con que Espinosa Medrano entonó la defensa del poeta español”. –

“Es que Lunarejo, al defender el estilo literario de Góngora lo hacía porque también era el suyo propio, esa innata expresión vigorosa y brillante que lucía en todas sus manifestaciones orales o escritas”, dice Tamayo Rodríguez en su obra citada, prosiguiendo “Lunarejo nunca fue un imitador como muchos creen, sino creador de un estilo propio y que supo darle al lenguaje poético una expresión más refinada y culta, con más estética y florida erudición que hicieron de él un verdadero innovador del idioma y no un imitador”.

Refiriéndose a los imitadores de Góngora, el propio autor Espinosa Medrano les decía: “Desengañaos legos, desengañaos presumidos, que lo sumo, lo grande y superior de los poetas u oradores, no se les puede imitar nunca”. “El estilo de don Luis sólo puede ser suyo, a él siempre lo admiramos nunca presumimos imitarle”. Véase Apologético.

Para el Dr. Luis Alberto Sánchez, crítico literario, el Apologético es: “Un alegato literario-filosófico de la más culta y elevada erudición castellana”. –su autor, “el retórico más insigne del Siglo XVII, y quien mejor ha defendido a Góngora en nuestro idioma”.

El nobilísimo afán de conocer el pasado milenario del Perú, el esclarecimiento de los hechos históricos, la vida y obras de hombres símbolos como Lunarejo, benefician la educación de la juventud, porque fortalecen el patriotismo y reconfortan la fe en los grandes destinos de la Patria.

De ahí, lo oportuno y encomiable la reedición de este Apologético en circunstancias en que ya no hay ejemplares para el público lector, y cuando las obras de Lunarejo permanecen aún desconocidas por la generalidad de los peruanos.

Concluyo esta presentación, glosando algunos párrafos de su misma obra el Apologético de 1662.

“De don Luis de Góngora nadie dijo mal, sino o quien le envidia o no le entiende, si esto último es culpa, pendencia tienen que reñir con el Sol muchos ciegos”.

Luego, respondiendo a otras objeciones de Faria, el Apologético replica: “No inventó Góngora las trasposiciones castellanas, inventó el buen parecer y la senda de conseguirlas” ... “Góngora levantó a toda superioridad la elocuencia castellana y sacándola de los rincones de su hispanismo hízola de corta sublime, de balbuciente fecunda, de estéril opulenta y de bárbara culta”.

Su ardorosa defensa concluye con estas fervientes oraciones de póstumo homenaje:

“Viva pues el culto y floridísimo Góngora, viva a pesar de las envidias. Viva esta rara Ave cuya pluma en altísimos vuelos remontada, no nos deja columbrar si es Cisne de la armonía de las Musas, o si es Águila de todas las luces de Apolo, o es Fénix de todos los aromas de la erudición”...

“Salve tú, Divino Poeta, Espíritu bizarro, Cisne dulcísimo. Vive a pesar de la emulación, pues duras a despecho de la mortalidad. Coronen el sagrado mármol de tus cenizas los más hermosos lirios del Helicón. MANIBUS DATE LILIA PLENIS. “Descansen tus gloriosas Manes de serenísimas claridades, sirvan a tus huesos de túmulo ambas cumbres del Parnaso, de Antorchas todo el esplendor de los Astros, de lágrimas, todas las ondas del Aganipe, de epitafio la Fama, de teatro el Orbe, de triunfo la Muerte, de reposo la Eternidad”.

Dixi. – LAUS DEO.

-Así termina el APOLOGÉTICO, exponente de las Letras hispano-americanas del Siglo XVII y patrimonio de la Historia Cultural del Perú.-

Atilio Sivorichi Tapia
Catedrático de Historias

**JUAN DE ESPINOSA MEDRANO – “EL LUNAREJO”
APOLOGÉTICO EN FAVOR DE
DON LUIS DE GÓNGORA
REEDITADO por J. Agustín Tamayo Rodríguez**

PRÓLOGO

El APOLOGÉTICO, obra cumbre de la Literatura Hispano-Americana del Siglo XVII, su autor el peruano Juan de Espinosa Medrano “El Lunarejo”, escrito en honor y defensa del estilo literario de don Luis de Góngora y Argote, “Príncipe de los Poetas Líricos de España”, quien fuera duramente criticado por las innovaciones que introdujo en sus escritos, principalmente en sus obras “Las Soledades y Polifemo”, utilizando un estilo nuevo y renovado con expresiones más vigorosas y elegantes.

Pero estas innovaciones de mejoramiento del habla castellana, como ya se dijo, fueron combatidas por los conservadores clásicos del idioma encabezados por Fray Luis de León, Luis de Granada, el satírico Francisco de Quevedo y principalmente por el portugués Manuel de Faria y Souza, su más enardecido crítico y detractor, tildándolo de oscurantismo, “Poeta de las tinieblas”, “Ángel de la Oscuridad” y demás... Sin embargo, la nueva corriente ya había impactado en los círculos intelectuales, tanto europeos como americanos, donde muchos y entusiastas seguidores y admiradores trataban de imitarlo y hasta de emularlo, pero sin alcanzar los arcanos de la belleza ni la altura poética del maestro.

Entre tanto, ya mucho tiempo ya habían cesado los enconados debates entre “gongoristas” innovadores del idioma y “conservadores”, que ya parecían olvidados, hasta la aparición en la palestra de los debates del joven intelectual y literato Juan de Espinosa Medrano, decidido a reanudar el debate interrumpido, ya que él, era también de los mismos ideales de renovación y mejoramiento del idioma. Lunarejo era otro Góngora de América. Lo testimonian sus obras, el Apologético, entre ellas, escrito con todo el fervor de su apasionada simpatía por el poeta español, a quien hasta sus compatriotas lo abandonaran.

Las objeciones de Faria no podrían resistir los demoleedores argumentos del Apologético, expuestos con dialéctica, asombrosa erudición y fundamentos irrefutables.

Con la presencia de Lunarejo y su obra el “Apologético” en 1662, quedó instaurado definitivamente el Culteranismo en el Perú y América.

La segunda edición del Apologético, aparece publicada en 1694, y en la misma imprenta de Juan de Quevedo y Zárate de Lima, y con mayor difusión que el anterior, pues según refiere el escritor chileno don José Toribio Medina que pudo haberlos visto en las Bibliotecas Nacionales de Madrid y Lisboa, como también en la biblioteca de don Marcelino Menéndez Pelayo, en Santander, España, de donde obtuvo una copia.

Uno de estos ejemplares de 1694, llega a manos del diplomático peruano Dr. Ventura García Calderón, estando en París, que apreciando la bella originalidad de la obra y extrañado de que los contemporáneos de Lunarejo no lo hayan apreciado debidamente este hermoso y raro Apologético, la hizo reimprimir por su cuenta en la Imprenta Hispánica de París en 1925, que sería la Tercera edición del Apologético, publicada con un extenso Prólogo que empieza así:

“Hemos comentado ya de paso en la REVUE HISPANIQUE la vida y obras de aquel donosísimo ingenio del Coloniaje, don Juan de Espinosa de los Monteros Medrano, ‘a quien el vulgo dio a celebrar con el nombre de LUNAREJO por haberlo señalado Dios con un lunar en la cara como a Domingo con una estrella en la frente’, según dice uno de sus más antiguos biógrafos en el ‘PRÓLOGO A LOS AFICIONADOS DEL AUTOR Y DE SUS ESCRITOS’ que precede a la NOVENA MARAVILLA de Espinosa. Con motivo de la reedición de esta su más famosa obra, apuntaremos los eminentes rasgos biográficos de aquel simpático prosador, que en una edad de severos cronistas o de crespos cultivadores de la agudeza era maestro de simplicidad y una excepción de gracia única’ ... ‘Sorprende y sorprenderá siempre a los críticos que la más elegante prosa del Coloniaje peruano haya sido escrita en un rincón de provincia, por un cura de barrio, docto en profanas letras, y remoto apasionado de Góngora. Nuestro Juan de Espinosa Medrano, escribió en mondada prosa su defensa y los emotivos de su elogio. La biografía del ilustre cusqueño está por escribirse”

El mismo diplomático y gran cultor de las letras nacionales, Dr. García Calderón, hace incluir la versión íntegra de dicho Apologético en el Tomo V de la Colección BIBLIOTECA CULTURA PERUANA, impreso también en París en 1938 con los auspicios del entonces Presidente de la República General, Oscar R. Benavides, y la talentosa colaboración de intelectuales como Jorge Basadre, José de la Riva Agüero, Horacio Urteaga y otros de la Comisión presidía por el mismo diplomático Dr. García Calderón. La que ahora presentamos es la reedición exacta del Apologético original de 1662, único ejemplar existente en la Biblioteca Nacional, fotocopiado a microfilm, a la que sólo se le ha modernizado la ortografía de entonces, siglo XVII, mediante paleógrafos profesionales de la misma Biblioteca, conservando, sin embargo, algunas palabras tal como estaban escritas, así como las citas en latín.

En los diferentes trabajos de esta reedición, hemos contado siempre con la valiosa colaboración del personal técnico y especializado de esta primera Casa de Estudios, la Biblioteca Nacional, que agradecemos profundamente.

A continuación, algunos datos biográficos del autor, Juan de Espinosa Medrano “El Lunarejo”.

Nacido en el corazón de las serranías andinas, el pueblito de Calcauso, provincia de Antabamba del actual departamento de Apurímac, antigua jurisdicción del Cusco. Sus progenitores, sin duda una agraciada joven de lugar, Paula Medrano, según la tradicionista cuzqueña Clorinda Matto de Turner, y su padre un español de noble apellido “de Espinosa”, que así lo delata su físico de auténtico mestizo, como Garcilaso de la Vega.

El pequeño Juan, que desde la Escuelita Parroquial demostró una clara inteligencia y suma habilidad para el aprendizaje de los conocimientos escolares, que, por sugerencias del propio párroco y el consentimiento de su madre, es llevado al Cusco por el mismo párroco de la Iglesia, su primer maestro, quien lo interna en el Seminario de San Antonio de Abad, ocupando una de las becas creadas para los naturales de América.

Aquí el nuevo seminarista evidencia sus dotes de estudiante y sus grandes progresos que “a los 12 años era único en las gracias de tañer varios instrumentos, además de ser no sólo músico sino compositor famoso. De 14 años gran latino, tan aventajado retórico y poeta en ambas lenguas, que escribía comedia y autos sacramentales; uno de ellos sería EL RAPTO DE PROSERPINA, que tanto han celebrado los ingenios de buen gusto”... “De 16 años ya era nombrado Catedrático de Artes, y prosiguió enseñando Teología con igual aprovechamiento de la juventud”. Según prologuista de la Novena Maravilla.

Ordenado de Sacerdote es nombrado Cura de Españoles de la Catedral del Cusco, donde cautivaría con la brillantez de su oratoria hecho que lo inmortalizará como el “Demóstenes Peruano”, el “Doctor Sublime”, el “Nuevo Tertuliano de América”, “el Crisóstomo de este Siglo”.

Lástima que su breve y luminosa trayectoria eclesiástica sufriera muchos e inauditos obstáculos, como eso de que “siendo de origen indígena” no era digno a una Canongia Magistral. Sin embargo, vencido tales obstáculos a exigencias de sus discípulos del pueblo cusqueño que lo aclamaba, el insigne prelado, cuya fama y prestigios había trascendido ya hasta los estrados de la Realeza española, es admitido a postular a la Canongia Magistral en concurso, obteniéndola por amplios méritos su rango de primer Canónigo Magistral, para luego ascender sucesivamente a las jerarquías mayores de Tesorero de la Catedral, Chantre y Arcediano, cargo éste que ya no ejerció por haberle llegado tarde el nombramiento pocos días antes de su muerte –13 de Noviembre de 1688–.

El Dr. Raúl Porras Barrenechea, historiador y diplomático, en su libro Fuentes de Historia, escribe: “Espinosa Medrano, un niño prodigio que, venciendo todos los prejuicios y vallas sociales, alcanzó por su talento y cultura los más altos beneficios eclesiásticos” ... “El Lunarejo es el representante más calificado de la nueva tendencia literaria del Siglo XVII, y el primer escritor en quechua que maneja con la galanura y facilidad que el castellano”.

El maestro universitario Dr. Luis Alberto Sánchez, que sobre Lunarejo realizó importantes estudios, en su libro “Góngora en América y Lunarejo y Góngora” – 1927, escribe:

“Paso por alto a prosadores y rimadores del estilo para detenerme en uno de los mejores escritores del Perú, Juan de Espinosa Medrano ‘El Lunarejo’, autor del más ferviente APOLOGÉTICO EN FAVOR DEL GÓNGORA, celebrado por escritores de todos los tiempos. Espinosa Medrano merece un párrafo aparte por los altos quilates de su estilo, su personalidad clara y su talento que Menéndez Pelayo, García Calderón, Mediburu, Medina (autor chileno), le dedican frases de elogio; Lunarejo hijo de indígena, crecido entre campesinos de la Sierra, nutrido de alturas y de sociedad de puna, y a pesar de todo, tan dueño del idioma, tan superior a muchos escritores, tan personal que no permitió que el culteranismo hiciera estragos exagerados en su prosa armoniosa y cuajada de giros sugerentes”. “Espinoza Medrano, nuestro Lunarejo, no olvidó tampoco el quechua y en él escribió mucho. Hay quienes no vacilan en insinuar la posibilidad de que el OLLANTA salió de la elegante péñola del ‘Doctor Sublime’.

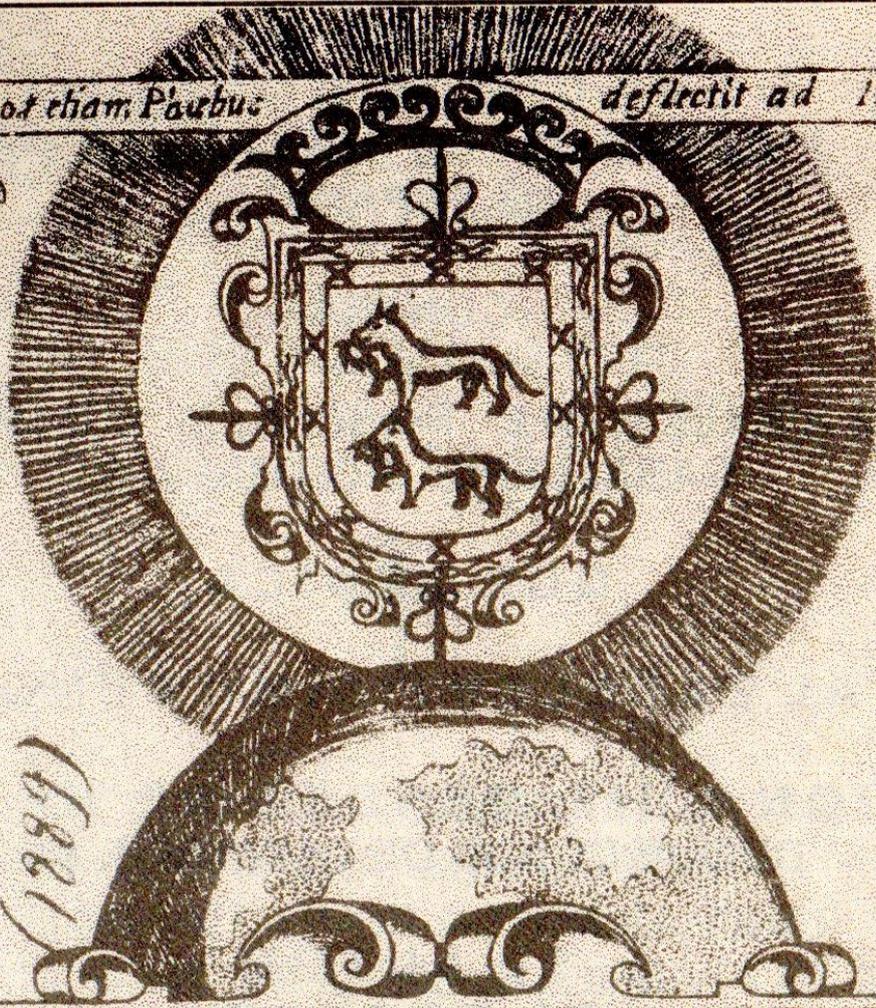
Podríamos traer mayores testimonios de personalidades ilustres, que acreditan la altura intelectual de Espinosa Medrano “el Lunarejo”, pero bástenos con los ya mencionados y el testimonio de sus propias obras como el APOLOGÉTICO cuya reedición presentamos al digno público lector.

J. Agustín Tamayo Rodríguez.

Extremot etiam, Paëbus

deflectit ad Indos.

*Obra que a la libreria
Teca de Viena heechi
por D. Pedro Frac
Barra, vecino del Cuzco
(1889)*



**APOLOGETICO
ENFAVOR DE D. LUIS DE GONGORA**

*Principe de los Poetas Lyricos De España, contra Manuel
de Faria y Sousa, Cauallero Portugues, que dedica*

**ALEXM. S. DON LUIS MENDEZ
DE HARO, DUQUE CONDE DE OLIVARES**

SVAVTOR

EL D. IVAN DE ESPINOSA MEDRANO

*Colegial Real en el insigne Seminario de S. Antonio el Magno,
Cathedratico de Artes y Sagrada Theologia en el Curá Rector
de la Santa Iglesia Cathedral de la Ciudad del Cuzco,
cabeca de los Reynos del Peru en el nuevo Mundo Año
1662.*

Impreso en Lima año de 1662

APOLOGETICO
EN FAVOR DE
DON LUIS DE GONGORA
PRINCIPE DE LOS POETAS LIRICOS
DE ESPANA:

CONTRA

MANUEL DE FARIA Y SOUSA
CABALLERO PORTUGUES.

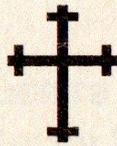
QUE DEDICA

AL EXCELENTISIMO SEÑOR
DON LUIS MENDEZ DE HARO
DUQUE CONDE DE OLIVARES, &c.

SU AUTOR
EL DOCTOR
JUAN DE ESPINOSA
MEDRANO,
COLEGIAL REAL
en el insigne
Seminario de San Antonio el Magno,
Catedrático de Artes,
y sagrada Teologia en el: Cura
Rector de la santa Iglesia
Catedra, de la Ciudad
del Cuzco, cabeza de los Reinos del Perú
en el nuevo Mundo

CON LICENCIA
EN LIMA. En la Imprenta de Juan
de Quevedo y Zarate,
Año de 1662.

EL APOLOGETICO
EN FAVOR DE
DON LUIS DE GONGORA



MUSCAE CUM IN OLEO MORIUNTUR, AEC
PUTRESCUNT IPSIUS SUNNITATEM
CORRUMPUNT, LIVOR AUTEM EA, QUAE
RECTA SUNT; INFIDERE QUIDEM VOLET ILLE,
SED NON POTERIT, OMNIUM ENIM RERUM
FORTISSIMAE EST VERITAS

D. NAZIANZ. Orat. 13.

**APROBACIÓN
Del M.R.P.F. GONZALO TENORIO**

**del Orden
de N.P. San Francisco Provincial que
fue en las
Provincias de Lima**

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

*P*or comisión de Vuestra Excelencia he visto el Apologético, que el Doctor Don Juan de Espinosa Medrano compuso en favor de Don Luis de Góngora, y no hallo en él cosa que sea contra nuestra Fe, ni buenas costumbres, ni impedimento para su impresión. Vuestra Excelencia hará lo que más convenga. En este Convento de Jesús de Lima; 16 de Octubre de 1661 años.

Fr. Gonzalo Tenorio

LICENCIA

*C*oncédesele la licencia que pide, para que pueda imprimir el Apologético en favor de las obras de Don Luis de Góngora, de que hizo Demostración constando tenerla del Ordinario. Lima, 18 de Octubre de 1661.

HERRERA

**APROBACIÓN DEL DOCTOR
DON JUAN DE MONTALVO,
RACIONERO DE LA SANTA IGLESIA
METROPOLITANA DE LOS REYES**

*P*or comisión del Señor Doctor Don Pedro de Villagómez, Provisor y Vicario General de este arzobispado he visto este Apologético, que en favor del Príncipe de Liricos Don Luis de Góngora, hizo el Doctor Don Juan de Espinosa Medrano, etc. Y aunque es tan celebrado su nombre por las divinas y humanas letras que le adornan, en las aprobaciones de Maestros tan doctos, se le aumenta crédito, y grande estimación. Y si bien la primera era suficiente, para que la obra quedase acreditada no tengo las otras por superfluas, cuando aquella influye eficaz a la noticia de los autores de estos, y todos concurren a una, a la más clara noticia del autor, cuyas calidades y estimables prendas quedan a todas luces examinadas; quanto tales Maestros y Doctores Teólogos se ajustaron tanto en el examen de este discurso a las condiciones y reglas que en los Examinadores desea el Padre San Basilio, en el Tomo I in proemio operaris de Spiritu Sanctus. A viris theologicis (dice el Santo) expendendos ipsos literarum ápices, ipsas literas, et syllabas, nec dum veces, et orationes: porque está tan colmado de erudiciones y conceptos, que el que por su dicha le leyere ha de ir advertido del consejo de Teodoreto. Oportet lectorem perspicacem esse. Y ya deseo la licencia, que con justicia pide, para que a todos conste esta verdad y se le ajuste lo que a otro intento dice San Gerónimo: Nihil est in eo quod non luceat, et splendore suo mundum illuminet.

Este es mi parecer, salvo etc. Lima, Setiembre 20 de 1661.

**Don
Doctor Juan de Montalvo**

LICENCIA DEL ORDINARIO

El provisor de los Reyes etc. Por la presente doy licencia para que se pueda imprimir el libro intitulado Apologético en favor de Don Luis de Góngora, por el Doctor Juan de Espinosa Medrano, atento a que de la aprobación dada por el Señor Doctor Don Juan de Montalvo, Racionero de la Santa Iglesia Catedral, consta no tener impedimento. Dada en los Reyes a 23 de Diciembre de 1661.

Doctor Don Pedro de Villagómez

**POR MANDATO DEL SEÑOR PROVVISOR
Y VICARIO GENERAL
Tomás de Paredes. Notario Público**

**CENSURA DEL DOCTOR DON FREY FULGENCIO
MALDONADO, DEL ORDEN DE SAN JUAN,
CAPELLÁN DE SU MAJESTAD,
PROTONOTARIO APOSTÓLICO Y CHANTRE
DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LA
CIUDAD DE AREQUIPA**

*E*n este hermosamente vago y docto Apologético he hallado sino entera la acreditada noticia de su autor, aumentada sí con su argumento. Leoni norte insultant lepores. No se le atreviera la calumnia vivo al deliciosísimo e ingeniosísimo Don Luis de Góngora, a aquel a quien en la general estimación de las Naciones todas, cedió Apolo sus laureles. ¿Y quién pudiera valiente defenderlos y conservarlos en sus sienes como el Doctor Juan de Espinosa Medrano? Sujeto que (ayudado de perpetuas vigiliassu caudaloso ingenio) ha llegado a ser admiración de su patria: dando a ver a la envidia, que deslumbrada suele concitarse contra los hijos de ella (Criollos los llaman con nombre de incógnita etimología) que donde crió Dios más quilatados y copiosos los tesoros de la tierra, depositó también los ingenios del cielo. Reprehender tan suave, enseñar tan sin dureza, gravedad tan no pesada, sutilezas tan no legras, decires tan floridos, censuras tan modestas sin descaecer de lo robusto y picante en las Apologías; ¿Quién como el Doctor Juan de Espinosa Medrano pudiera avenirlo?

Mal aprovechó aquel grande, aquel ameno, aquel erudito Manuel de Faria y Sousa el escarmiento del otro que pidió la inmortalidad de su fama al temerario incendio de un Templo. En fin, los sujetos y materias grandes siempre se vieron sujetas a cesuras mordaces. Calumniosos émulos tuvo en sus Eneidas Virgilio; no así en su Mosquito. Todo es seguro, como docto todo en estos discursos, ni la Fe tropieza, ni las costumbres padecen. Así siento en Arequipa 1 de Junio de 1660.

Doctor Don Frey Fulgencio Maldonado

**APROBACIÓN
DEL DOCTOR ALONSO BRAVO DE PAREDES Y
QUIÑONES, RECTOR DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE
SAN PEDRO DE QUIQUIJANA: VICARIO JUEZ
ECLESIAÍSTICO DE SU DISTRITO, COMISARIO DE LA
SANTA CRUZADA EN EL VISITADOR GENERAL DEL
OBISPADO DEL CUZCO, Y QUONDAM CATEDRÁTICO DE
FILOSOFÍA EN EL REAL COLEGIO
DE ANTONIO EL GRANDE**

*E*jecuta mis deseos con precepto al Señor Doctor Don Francisco Henríquez, Chantre de la Santa Iglesia Catedral de la gran Ciudad del Cuzco, Provisor y Vicario General de su Obispado, a que lea el Apologético en defensa del Príncipe de los Poetas Líricos de España Don Luis de Góngora, escrito por el Doctor Juan de Espinosa Medrano, colegial Real y Catedrático Primario de Teología en el ilustre Colegio de San Antonio Abad: cuando sino por méritos, por ruegos frecuentes míos, y favor singular de su merced, se había de introducir mi dicha a tamaña pretensión. *Indulgentia scio istudesse, non iudicy, dijo Séneca. Felicidad suma es ver en esta corta Patria un sujeto, epílogo glorioso de muchos grandes.*

_____Quae spargatur in emnes,
In te mixta finunt, et quae divisa beatos
Efficiunt collecta tenes.

Dijo Claudiano, si con más afecto, no sé si con más propiedad que yo lo repito con experiencia y admiración del Doctor Juan de Espinosa Medrano. Miro en este argumento ya no las luces todas de este Demóstenes Indiano; tienen éstas otra esfera mayor a quien iluminar brillando, siendo usurero el empleo de la atención en los púlpitos: veo no el vuelo entero de este Fénix criollo remontarse con imperceptibles giros al Olimpo, siendo sutil despertador de las Águilas en la Cátedra. Un rasgo sí admiro de sus centellas, que siendo el menor, que ha guiado su pluma, líneas son de oro, en que sin borrón (excediendo esta obra a su materia. *Materiam superabat opus*) de nuevo se imprimirá inofenso el nombre del Lírico Poeta, a pesar rabioso del Cyrisis Lusitano, apelativo que dio muy a pelo el griego Budeo a los

que en oposición de la dulce complacencia, que el consejo de los dioses tuvo que haber fabricado a Venus idea suma de las perfecciones todas, no hallan más punto que atildar en su belleza que ser sus sandalias una tilde; o cuando más de pocos puntos, Sandalium habit nimis faridulum, et argutum. Crítico será y Moro el que ser delira contra los ajustados pies de los cultos versos de Góngora, cuando la fama con sonoros estruendos de su bronce lo publica, por Príncipe sin segundo de la lira castellana.

Sólo con avecindarse en el cielo, y negar sus dilatadas ramas, quiso el Cedro intentar su venganza de las fatigas con que le atormentaban los hombres: consólole un Espino que ciñéndole los pies era fuerte guarnición, y segura corona de sus plantas dícele que el vengativo ensangrentará al que al osado hiriere. Eritris arbores ab hominem injurilis tutoris, si mecum commoritis. No se ciña no desde hoy Don Luis de Góngora con el halagüeño laurel de Apolo, sea ya su corona Espinosa, que si Espinosa es su literal escudo en Apologético heroico de tan viva defensa; por consecuencia le teje la guirnalda Espinosa. Scuto bonae u luntetis coronasti eum, cantó el Músico Rey, por los que formaban lu diadema honrosa del presidio favorable.

Mucho es lo que a este ingenio debe Don Luis, pues con el alma que este Doctor da a sus frases, a sus sentencias y demás retóricos adornos: Non solum safit, sed inebriat. No sólo es apetitoso al paladar más desabrido, sino que embriaga dulcemente el ingenio más hidrópico de erudición. Pero en más precisa obligación le reconoce ésta escondida América, siendo su ingenio, no el ensayo del oro y la plata que pródigas dan sus brutas peñas; de los grandes talentos sí, que produce el mineraje racional de sus hijos. Afianzan esta verdad notas tan curiosas, impugnaciones tan acres, argumentos tan eruditos, con que ilustra el Autor esta obra, sin faltar a las leyes de la piedad, que es la vida de nuestra Fe. Conque juzgo se le puede, y debe dar la licencia, que para imprimir le pide.

Cuzco; y Junio 8 de 1660.

**Doctor Alonso Bravo de Paredes
y Quiñones**

**CENSURA DEL MAESTRO REVERENDO PADRE
FRAY MIGUEL DE QUIÑONES, CATEDRÁTICO DE PRIMA,
GUARDIÁN Y REGENTE DE LOS ESTUDIOS DEL
CONVENTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO
DE LA CIUDAD DEL CUZCO**

*P*or mandato del Señor Doctor Don Francisco Henríquez, Chantre de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad del Cuzco, Provisor y Vicario general de todo su Obispado, vi este tratado Apologético, que en defensa de las obras de nuestro insigne Castellano Don Luis de Góngora ha hecho el Doctor Juan de Espinosa Medrano, y no hallo en él cosa contra nuestra santa Fe Católica, porque es obra de un gran Teólogo: ni contra las buenas costumbres, porque lo hace quien desde niño las ama: muchas sí de gran ingenio y letras, de tantas, que con toda perfección profesa con crédito grande de nuestros desesperados climas para ultramarinos pechos. Responde a todas las objeciones de Faria con ingenio, elocuencia y erudición. Claro es, que no es esto todo lo que sabe; aunque es bastante índice de lo mucho que sabe. Más pudo Dios hacer, que al hombre; pero el hombre es crédito de lo mucho que puede, porque es el Mundo pequeño, que contiene las perfecciones del grande. Un Mundo hay en este breve tratado de curiosidades de su ingenio: pero es el Mundo menor crédito del mayor, que en su ingenio le queda. Habla elocuente, arguye fuerte, parece que habla Góngora, y que responde el ofendido, sin leer al que defiende, puede señalar sus agravios en lo que obra: luego el ofendido responde:

¡Oh qué grande elocuencia! Porque son aún las señas con el agravio elocuente en un mudo; el calor de una ofensa suele dictarle, sino términos a la lengua, sangre sí a los ojos, conque o explique su inocencia, o se satisfaga de la ofensa. Juzgo que, aunque respondiera Don Luis con la misma verdad, porque es toda su alma, más no con el mismo calor del pecho. Remitiérase magnánimo a lo que otro Español en la misma ocasión de calumnia.

Lector, et auditor nofiros prebat Aule libellos,
Sed quidam exactos esse Poeta negat.
Non nimium curo, nam counae fercula nostra,
Mallem conninis, quam piscuisse cocis.

Pero si la magnanimidad mira el desprecio de las afrentas injustas; el celo prudente no debe acreditar con el silencio falsedades, porque cobran fuerzas de verdad, sin la satisfacción las calumnias. Contra las cenizas frías de un Castellano insigne tiende sus banderas un portugués valiente, quizá fiado en que estaban ya frías, pena común de los poetas, se lamenta el mismo.

Viventi decus atque sentienti
Rari post cineres habent Poetae.

Pero podía temer, que si fueron cenizas del Fénix de los ingeniosos Castellanos, de las mismas saldría otro Fénix de ingenio, que le llene las medidas. Gustaba Faria de la miel de nuestro Góngora, y pudiera no haberle ajado las flores, si hablara más con razón de Poeta, que con enemiga Portuguesa. Una gota del Electro castigó en lúcida cárcel y dulce sepulcro a una abeja, que maltrató muchas flores, por beberles la dulzura: ¡Oh qué honrada muerte! ¡Digna de la ocupación de tal vida! y juzgo conforme a lo que ella misma escogiera; dijo Marcial:

Et latet, el lucet Phactonide condita gutta,
Ut videatur apis, nectare clausa sue.
Dignum tantorum pretium tulit illa laborum,
Credibile est, ipsam sic volvisse mori.

Las mejores flores de los Hesperios jardines maltrató Faria, quizá por beberle la miel, pero de la flor de los ingenios le ha caído sólo una gota, en que tienen sus injurias lúcida cárcel, dulce sepulcro, muerte honrada: juzgo que la misma que él cuando le lea, escoja por digno premio de sus trabajos, pues tan felizmente ve acabadas en el mismo néctar de su ocupación gustosa, las calumnias de Don Luis; yo no hallo alguna en esta obra, porque no merezca la imprenta, muchas razones sí porque todos la esperan. Esto es lo que siento, etc. En este Convento de nuestro Padre San Francisco de la Ciudad del Cuzco, en 10 días del mes de Junio de 1660.

Fray Miguel de Quiñones.

LICENCIA DEL ORDINARIO

*E*l Provisor y Gobernador del Cuzco y su Obispado, etc., por lo que toca a la jurisdicción del Ordinario dio licencia para que se pueda imprimir este Apologético, atento a las aprobaciones de su uso. Cuzco, catorce de Junio de mil seiscientos sesenta.

Doctor Don Francisco Henríquez.

**Ante mí.
Alonso Díaz Haldón
Notario Público**

**DE DON FRANCISCO DE VALVERDE
MALDONADO Y JARAVA,
Caballero del Orden de Alcántara,
vecino feudatorio de la Ciudad del Cuzco y
discípulo del Autor en Sagrada Teología.**

DÉCIMAS

Estime, ilustre Doctor,
Góngora tan culta Rosa,
pues la defiende Espinosa
cuanto le corona flor:
sangrienta le dan color
las heridas, que señalas,
bien, quien en sus purpúreas galas
no las colora, ni aviva
talón de Venus lasciva
mano sí de docta Palas

Con una pluma aseguras
a tu fama muchas alas,
si es cañón, que escupe balas,
cañón que escribe dulzuras:
de abrojos, cuando censuras
ciñes a la emulación,
y si a Faria le son
zarzas tus rosas divinas;
lleven corona de espinas los
yerros de su pasión.

**DE DON DIEGO DE LOAISA Y ZARATE,
CABALLERO DEL ORDEN
de Alcántara, Alcalde Ordinario, vecino feudatorio
de la Ciudad del Cuzco, discípulo del Autor.**

ESPINELAS

Si como esta pluma hubiera
espadas en valentía,
como rendis a Faria
presto Portugal se diera:
A Góngora de manera
defendéis jovial y serio,

que en el austral hemisferio
(sino en uno y otro polo)
con emulación de Apolo
os levantáis con su imperio.
Por los filos de su espada
al contrario habéis herido,

Porque es estoque buido
una pluma bien cortada:
Vuestra gloria eternizada,
vuestro feliz trofeo
líneas guén de Timbreo,
pues contra el ferino diente
con espíritu valiente
sois de Góngora el Perseo.
Y con vuestra aprobación
(Gran Doctor Medrano) ya
sin oposición tendrá
general aclamación;
con tan alta erudición
de oro retocáis perfiles

a sus conceptos sutiles,
¡Qué digo! (y no lisonjero)
lo que Alejandro de Homero
viendo la historia de Aquiles.
Así vuestra Apología
os ladea con Apolo
que como él pudiste solo
resolver nieblas del día:
Con tan discreta armonía
sutil vuestro ingenio hiló
en ruelas de oro, que yo
(viendo os penetrar su esfera)
con Pitágoras sintiera
que su espíritu os dejó.

**DEL LICENCIADO DON BERNABE GASCON
RIQUELME, PRESBITERO,
Colegial del insigne Seminario de la Ciudad del Cuzco**

Sienta la herida del arpón Indiano,
Faria o fiera y su veneno ardiente
sufra el castigo que le das valiente,
Montero de Espinosa Peruano
dañó cruel con diente Lusitano
Pimpollo Cordovés, mas justamente
postrado yace, que plumas de occidente
hoy son flechas que envía diestra mano.
Con su uso creando en bellas soledades,
no conoció en las hojas el tesoro,
que el orbe admirará por sus edades.
Tú se lo adviertes, tú (por su desdoro)
si castigas tocando en las verdades,
descubres el caudal con puntas de oro.

MAGISTRI IOANNIS DE LYRA PRAECEPTORI SUO IN LAUDEM APOLOGETICI

EPIGRAMMA

Nec miror, nec laudo, etenim qui máxima semper
vidi, nunc calami cerno minora tui.
Forte Europaeis immanen ex ungue leonem
ostentare cupis, vel digito Enceladum.
Docto pro Musis liceat geminare rugitus,
quos schola pro Thoma nostra Medrane fonat.
Nam lacrae poterat axes torquere Quadrigae
penna Aquila, ungue Leo, Bos pede, mente Cherub.

MAGISTER FRANCISCUS LOPEZ MEXIA ANTONIANUS COLLEGA SACRAE THEOL Professor in laudem Apologetici a Magistro suo praeclare editi

Aetereas dum nube vapo petit arduus auras,
nunc pluvia exundat; fulmine nunc rutilat:
Eloquium, Medrane, tuum sic sudera lambit,
roret ut e superi, imbre; vel igne tonet.
En Tartefiaci illustras monumenta Poetae,
teque ultore loquax caede Faria iacet.
Mordet obunco Aquila innexum sic ungue Draconem,
Littoreas falco sic pede truncat aves:
Haud fecus in cineres sudit Salomonea flagrans
dextra lovis, raucos dum crepat aere fonos
Mens tibi tot Sophiae stelis novus ardet Olympus,
Ingenioque vibrat tela trifulca tuo.
Lector ama; atque time, nam flamma & rore coruscum
siue docet pluvia, fulmine siue nocet.

**AL EXCELENTÍSIMO
DON LUIS MENDEZ DE HARO,
DUQUE CONDE DE OLIVARES ETC.**

**ALCIDES DEL FIRMAMENTO CATÓLICO,
DELICIAS DEL ORBE ESPAÑOL,
PADRE DE LA PATRIA,
PRÍNCIPE DE LA PAZ**

Mucho Padrino es Vuestra Excelencia (Príncipe Excelentísimo) para que mi pequeñez aspire a su patrocinio, pero menester es que sea tan grande, si ha de llegar su sombra hasta el otro Mundo. Acá llegan las luces de su Valor, Prudencia, Rectitud, Magnificencia y Benignidad: hechizo que pudiera contentarse ciñendo su actividad a la esfera de toda esa Europa; pero pasa arrebatando poderosamente las veneraciones a inundar nuevos Climas con la fragancia de tan glorioso nombre. Orlen enhorabuena trozos de cadenas rotas o eslabones desengazados las Armas de Vuestra Excelencia que a lazos de más suave prisión tiene entregados esta Monarquía los cuellos; y rómpanse porque no necesité de cadenas, quien cautiva con las virtudes.

Humillado escucha el orbe el nombre de Filipo (que Dios guarde) y saludándole por tantos títulos Grande, vemos que bastaba para serlo tener por peaña de su celsitud vasallo de este tamaño: de Alejandro no fuera cumplidamente Magno, a faltarle entre la opulencia de sus imperios la amable confianza de su Efectión, ni a Darío dio más fama la innumerable potencia de sus ejércitos, que la suave fidelidad de su Zopiro. Vuestra Excelencia supo merecerse la gracia de nuestro Monarca con créditos tales, que nos deja considerar, que menos que en tantos méritos no

se desahogara voluntad tan soberana. Séanos lícito estimar lo que ella quiere y adorar lo que ella estima: que para enmudecer a toda la elocuencia basta saber que estos elogios nadie sino la Real complacencia acierta a significarlos. Gloríese España de haber entre los Haros producido el ramo de oro que en tan calamitosa edad vuelve a renovar tan dorados siglos como los que hoy goza ceñida de victoriales palmas la guerra, coronada de fructíferas delicias la Paz.

————— Dígalo armada
de paz su diestra, díganlo trepando las ramas de Minerva por su espada. Celebre Francia las que florecen hoy en dulce vínculo de ambas coronas, pues debe a Vuestra Excelencia el que Austria aspirase el suavísimo Austro para fecundidad de los franceses lirios. Con tal Mercurio ha vuéltose la guerra en Copia, en concordia el furor, las armas en júbilos, el horror en gozo, y en serenidad las iras.

Solía la Antigüedad de España enviar sus Caduceatores a establecer la paz, no con ramos de oliva ni con guirnaldas de verbena, símbolos que ostentaron Griega y Romana milicia: pero con los legados que envió a Marcelo exhibió por Caduceo y oliva la piel de un lobo. De quibusdam Hispaniae populis legitur (dice Cartario) qui legatos ad Marcellum pro venia, ac pace impetranda miserunt, cos lupi pellem pro Caduceo, aut olea, vel verbena praetulisse. Profecía fue esta que la ancianidad Española se vaticinó, anunciando la presente felicidad, pues para la Paz más importante del Mundo no se ha enviado el Caduceo, que enrosque la sierpe de los Guzmanes, ni los pacíficos ramos de Olivares, porque no hay más Caduceo ni Oliva que los lobos que en el Real Escudo de los Haros anuncian prosperidades no fieros, sino leales; no truculentos, sino pacíficos: Pro pace impetranda

miserunt lupi pellem pro Caduceo, aut olea. Florezca pues la Paz, cedan las Armas, serénense las Musas y abrigue las letras, el Escudo de tan hermosas Fieras, que si Vuestra Excelencia es el Apolo que las fomenta, cierto es, que por insignia de sus grandezas escogió Lobos el mismo Apolo, Arbitro de las Artes, Padre de las Musas. Sane aliquot insignis Apollinis lupos adscultos videas.

A semejante caso debió Gelón Siracusano sus fortunas, precedió a su prosperidad este portento. Cursando estaba la Academia con sus condiscípulos, cuando entrándose al General intrépidamente un robustísimo Lobo, le quitó los cuadernos de la mano, siguióle sin asombro Gelón; y yo sigo con veneración estas, que la Cantabria procreó Augustas y valientísimas Fieras, que si con violencia me arrebatan hoy este papel; con gusto le consagro a los blasones de Vuestra Excelencia: llévensele en hora buena, que con cuadernos, o tomos demás serios estudios desempeñaré las deudas de haberme honrado estos borrones. Discúlpeme haber pensado, que si el docto y feliz intérprete Don García Coronel dedicó a Vuestra Excelencia los comentarios sobre Góngora, también se le debían las defensas de aquel gran Poeta.

A los Príncipes grandes suelen presentarse las Aves peregrinas, los pájaros que crió Región remota: una pluma del orbe Indiano se abate a los pies de Vuestra Excelencia no de vuelo tan humilde, que por lo menos no ha salvado el Antártico Mar, y el Gaditano: a tributar llega siquiera esta gota al inmenso Océano de sus glorias, Océano, que jamás encresparon las espumas de la elación, ni alborotarán huracanes de envidia tempestuosa. Seguro vive Vuestra Excelencia en la altísima serenidad, que ocupa, que si ese asiento le ha de gozar quien le merezca, ¿Quién ha de ser sino Vuestra Excelencia? Que

ha podido dejar su virtud atrás los límites de la emulación desahuciando los últimos esfuerzos de la envidia.

Solus hic invidiae fines virtute reliquit
Humanum que modum _____

Porque ¿Quién podrá despecharse, de que ardan lúcidamente eternidades los Astros? ¿De que Júpiter empuñe por cetro el rayo, de que Febo sea Príncipe universal de la Sabiduría?

_____ Quis enim livescere possit
Quod nunquam pereant stellae,
quod Iuppiter olim
Possideat caelum, quod noverit
omnia Phoebus?

También tienen los méritos grandes cierto sagrado en su misma sublimidad, ciertos linderos y espacios exentos, adonde jamás arribaron los ímpetus de la envidia más poderosa.

Est aliquod meriti spatium, quod nulla furentis
Invidiae mensura capit. _____

En esta cumbre tienen colocado a Vuestra Excelencia sus ínclitas prendas, y en esa le deseamos eternizado los que en tan remoto Hemisferio vivimos distantes del corazón de la Monarquía poco alentados del calor preciso con que viven las letras, y se animan los ingenios, contentándonos con saludarle siquiera con los afectos.

Guarde Dios a Vuestra Excelencia como puede y se lo suplico. Cuzco, y Febrero 20 de 1662.

**Señor
Capellán de Vuestra Excelencia
DOCTOR JUAN DE ESPINOSA MEDRANO**

AL LECTOR

En la palestra nos ves (Lector mío) pero en palestra de entendimientos, peléase aquí entre estos límites, sin que pase el desidio a la voluntad. Hombre es de crédito mi antagonista, que hace glorioso el triunfo la valentía del enemigo.

No te pido favorezcas este Apologético porque no habrá hombre docto, a quien Don Luis de Góngora no le haya merecido, el que mire con afección pía sus causas. Si eres lego, te ahorro el que me aplaudas, porque no quiero, y me excuso el que me lastimes, porque no siento. Tarde parece que salgo a esta empresa: pero vivimos muy lejos los criollos, y si no traen las alas del interés; perezosamente nos visitan las cosas de España; además que cuando Manuel de Faria pronunció su censura, Góngora era muerto y yo no había nacido. Si alguien quisiere proseguir la batalla, la pluma me queda sana y volveré sin temor al combate. Ya ves, cuan poco me va en defender a quien aún sus paisanos desamparan: pero dicen, que es linaje de generosidad reñir las pependencias de los buenos.

Si al Duque mi señor, y Mecenaz de este papel no desagradare esta ofrenda humilde, tenme por animado a mayores empresas. Ocios son estos, que me permiten estudios más severos. Pero ¿Qué puede haber bueno en las Indias? ¿Qué puede haber que contente a los Europeos que de esta suerte dudan? Sátiros nos juzgan, tritones nos presumen, que brutos de alma, en vano se alientan a desmentirnos máscaras de humanidad. Perdono lo que me cabe: no me atrevo al desengaño; embargo sí las estimaciones: harto es, que hablemos: mucho valdría Papagayo, que tanto parlase; pero sucédenos lo que al de Augusto César. Uleum et operam perdidit, Dios te guarde, etc.

**CATÁLOGO DE LOS ESCRITORES,
QUE AUTORIZAN
ESTE APOLOGÉTICO**

San Alquimo	Clenardo
Alciate	San Crisóstomo
Alfonso de Mendoza	Cicerón
Antonio Verderio	Coronel
Don Antonio de Solis	Cabrera
Don Antonio de Cabrerros	Crinito
Apolonio	Cornelio Tácito
Acuario Lodola	San Cipriano
Ambrosio de Morales	Cesario Cisterciense
Alvar Gómez	Donato
Apuleyo	Durancio
Aretino	Del Río
Aristóteles	Erasmus
Aristófanes	Escaligero
Ascensio	Faria
Asclepiades	Don Félix de Arteaga
San Agustín	Festo
Alexandre de Alejandro	Góngora
Barbosa	Glossa
Bartolomé Leonardo	Gilberto Coñato
Beroaldo	García de Loayza
Brodeo	Galeotto Marcio
Biblia Sacra	San Gregorio Magno
Baptista Mantuano	Georgio Sabino
Camoens	San Gerónimo
Claudio	Garcilaso
Claudio Minoe	Gregorio Silvestre
Cartario	Hali Carnáceo
Camerario	Horario Flacco
Casio	(H) Adriano Junio
Cervantes	Herrera

Homero	Propercio
Hugo Cardenal	Prudencio
San Isidoro	Pedro de Oña
Juvencio	Pedro de Bustamante
Juvenal	Plinio Mayor
Julio Cándico	Plinio Menor
Juan de Mena	Plutarco
Illescas	Pellizer
Jacobo Pontano	Pineda
Juan Grial	Persio
Lactancio Firmiano	Petronio Arbitro
Lelio Ticername	Prontuario de las Medallas
Lorenzo Gracián	Pluato
Lucrecio	Piero Valeriano
Lucano	Quintiliano
Lope de Vega	San Ruperto Abad
Luis Vives	Servio
Laurencio Valla	Sedulio
Luis Barahona	Souza traductor del Bocal
Merlín Cocayo	Teócrito
Marcial	Tibulo
Macrobio	Teodoreto
Marco Antonio Mureto	Tertuliano
Molina el Teólogo	Santo Tomás de Aquino
Matías Havzeur	Turnebo
Natal Comité	Tucca
Nicéforo	Tzetzes
Nebriscense	Tomás Tamayo
Nicolás de Albiz	Trajano Bocalini
Ovidio Nasón	Virgilio
(H) Ortensio Paravicino	Varrón
Ferécides	Vatablo
Pacuvio	Varo
Pausanias	Valerio Máximo
Pinciano	Villalpando
	Zerda

APOLOGÉTICO

EN FAVOR DE
DON LUIS DE GÓNGORA
PRÍNCIPE DE LOS POETAS LYRICOS DE ESPAÑA

SECCIÓN – I –

*P*ensión de las luces del ingenio fue siempre excitar envidias, que muerdan, ignorancias que ladren. Iras entrañables delineó Alciato en el natural canino, que al Orbe luminoso de la Luna en la nocturna carrera de sus resplandores rabioso embiste, enfurecido ladra, más como ve su figura en el celeste espejo retratada (dice el poeta) parécele, que traba risas con su semejante; pero sordo a tan importunas veces prosigue el cándido planeta el volante lucimiento de sus rayos.

Et latrat, sed frustra agitur vox irrita ventis,
Et repagit cursus surda Diana suos.

Bien puede el ingenio docto brillar elevado en los cuernos de la Luna; que el desatino de la envidia poco le contenta lo ilustre, cuando le asombra lo soberano.

Hay algunos hombres no ignorantes; pero ni doctos; sino eruditos a lo Sátiro, medio necios y todos locos, que con arrojo (iba a decir desvergüenza) censuran, muerden y lastiman las venerables letras de varones más insignes: canes llamó a estos Gilberto Coñato, que voceando el argentado carro de la Luna, nos dicen, que el condenar los aciertos, que no podrán imitar, es ladrido que amotina contra la doctitud el desvanecimiento: no hay que culpar a los totalmente ignorantes, que esta osadía no la cometen, sino los que Gilberto llamó sabidillos.

Solet excitari a quibusdam sciolis in vires doctes, ques cum imitare nequeant, ys obloqui non verentur, que sensu accipie illid Alciati: Allatrant; sed frustra agitur vox irrita ventis et peragit cursus surda Diana suos.

Que bien dijo un discreto, que no temía a los muy doctos, ni a los muy ignorantes en la Censura; porque la generosidad de aquellos perdonaba, y la confusión de estos no ofendía. Los entreverados son los bachilleres, mordaces y presumidos. Libreos Dios de quien con su poco de latín leyó cuatro poetas, dos historiadores, un cosmógrafo y medio Teólogo, que no le ha de quedar autor que no margine, poeta que no muerda, escritor que no lastime. ¡O desventura de Gramáticos! ¡Que luego se ha de apoderar de ellos la jactancia y la hinchazón! Tal vez reventaron en errores pestíferos, llórenle Melancton, Erasmo, Vatabio, Escaligero, Laurencio Vala, Luis Vives, etc.; y tal vez fue menester que el Doctor de las Españas San Isidoro nos dijese: Meliores esse grammaticos, quam Haereticos. Que eran mejores que los Herejes los Gramáticos. En verdad, que debía de haber alguna confusión entre ellos, pues fue menester toda esa advertencia; más como unos y otros son hijos de la vanidad y elación, parécense en la facilidad del condenar como en la progenie del presumir. Quia ingerunt hominibus perniciosam mentis elationem. Sobre esta cláusula su ilustrador García de Loayza dio las señas de este linaje de hombres: Grammaticos vocat hic Aristarchos illos, qui sibi de omni doctrina iudicium vendicabant, Censores doctrinae et styli quorum et inanem tumorem repraehendit Augustinus libro de catechizandis rudibus. Estos son los Aristarcos, que con vara cesoria se arrogan el tribunal de todas las letras, Árbitros de toda doctrina, Censores de todo estilo. Luna fue esplendídsima el insigne, y raro Poeta Cordovés Don Luis de Góngora (si es que el ser Sol se quedó solo a juicio del Mundo para el mismo Apolo) pues heredero de sus luces resplandece en el tenebroso siglo de tanto culto, Planeta Mayorazgo del Sol, que en la plenitud de sus esplendores nunca le advierte corbo; sino quien menguante de seso anduviere con la Luna.

No sé qué furia se apoderó de Manuel de Faria y Sousa, para que de Comentador de Camoens se pasase a ladrador de Góngora: pudiera este hidalgo correr su estadio; y proseguir su estudio sin enturbiar en polvo tan ruin el honrado sudor de su fatiga. Vileza es del ingenio no acertar con los fines del aplauso, sino tropezando en los medios de algún descrédito. Vituperar las Mussas de Góngora no es comentar la Lusiada de Cameons. Morder para pulir beneficio es de lima; morder por sólo roer, hazaña será de perro. Cuando al libro le haga bueno la

erudición propia; nunca le hace ni aun razonable el deslucimiento ajeno. De Don Luis de Góngora nadie dijo mal, o quien le envidia o no le entiende: si este último es culpa, pendencia tienen que reñir con el Sol muchos ciegos. Nunca dijo mayor verdad Manuel de Faria que cuando escribió estos renglones. Yo me obligo, que no es tan fácil la respuesta para muchos, que quieren fácilmente entender, y juzgar a los grandes hombres de que resulta, que ni los entienden, ni los veneran como les es debido. Bien dicho, pero cógele de medio a medio: pues si Góngora es varón grande (a pesar suyo) ¿De qué puede nacer no venerarle debidamente, sino le disculpa lo craso de no entenderlo? Pero yo mejor siento del ingenio de Faria, no faltó conocimiento; sobró sí envidia, que herido de esta peste se confiesa el pobre Caballero, cuando hablando de su Poeta dijo: Verdaderamente me hallo con envidia, de que Don Luis de Góngora se le haya parecido tanto, en esta gracia y aventajándose en la copia. Gentil confesión, para que le creamos cuanto delira; sentencia que dictó la emulación ¿Qué equidad puede prometer? Muy de Garnacha, y Magistrado llama a juicio a quienes no le temiera crítico, pero le despreciarán aprendiz. Quien le dio a Faria la vara censoria, para que loco o desvanecido publique exámenes a su juicio y hecho Asesor de Apolo, Oráculo de las Musas, Árbitro del Parnaso prorrumpa en esta bobería, diciendo: Hablo habiéndolos examinado a todos para esta sentencia, que yo confío aprobará el mismo Apolo, porque la di después de haber revuelto todos los textos de las Musas por no parecerme a los que sin examen se hacen jueces. ¡Qué buenos casos! Si Don Quijote lograra el Imperio, o Sancho la Insula no se topará presidente más a propósito. Todo el comento de Camoens le hallo sembrado de estas vanidades, alabanzas propias, fanfarronerías, roncadas, siluacias, desvanecimientos y vanaglorias, ya es consulto del mismo Apolo, ya es Águila, que registrando el menor rizo a las guedejas del Sol arroja en sus exámenes los adulterinos pollos del nido, ya es universal Maestro que enseña a entender lo que nadie, sino él llegó, ni pudo pensar, ya enseña, ya corrige, ya castiga; salve tu Oh Maestro insigne, por ventura hallado, por felicidad venido: gloríese el mundo de haber merecido un hombre (como dijo San Gerónimo contra otro habladorazo) un hombre digno sin Preceptores perfecto, que supo ventajosamente exceder en la elocuencia a Tulio, en la argucia a Artistóteles, en la prudencia a Platón, en la erudición a Aristarco, en los libros a Calcentero, en las escrituras de Didymo,

vencedor de todos los Escritores de su edad. Inventurs est homo sine Praeceptore perfectus, qui eloquentia Tullium, argumentis Aristotele, prudentia Platonem, eruditione Aristarchum, multitudine librorum Calcentherum, Didymu Scripturarum, omnesque sui temporis vincat tractatores. Faria por lo menos así se sueña según juzga y así se pinta según condena. Atrevióse al fin a dar la más impía, soez y afrentosa sentencia contra el mayor Poeta de nuestros siglos, condenándole no menos, que a Mahoma de los ingenios: pero como no descuide el cielo de la tutela de tan divinos Cisnes, como cantó Tibulo.

Nam Divum servat tutela poetas.

No falta quien repare verificado el adagio sus Minervam, viendo al marrano adiestrando a Minerva y perdonadas las orejas, que mereció Midas por censura quizás menos necia. Véanse los procesos, salga a la luz esta iniquidad, examínese el dictamen, y desengáñese el mundo, verá frívolas, vanas y ridículas las razones que bastaron a convencer, un ingenio no sé si más apasionado, que desvanecido. Porpóndranse primero sus palabras y responderá luego el Apologético.

MANUEL DE FARIA. §. I.

No puedo contenerme que no diga en tan buena ocasión, que hallándome en donde se habló de esto en presencia de algunos sujetos, de los que tienen medio pie en los Tribunales, y medio en el Parnaso, y el otro en el aire asentaron que Don Luis de Góngora solamente era poeta, resolución que bien parece de quien no estaban asentado, sino muy aprisa y con los pies como ahí dijimos. Apretándoles por el lugar o lugares, o misterio, o juicio, o alma Poética, en que lo fundaban concurren (uno de ellos es más nuevo, siendo más viejo con pertinacia) en que aquel Hiperbatón y ese otro Hiperbatón. De manera que en la opinión de estos toda la alteza Poética con que Don Luis oscurece a todos es el Hiperbatón o Sinchesis, que viene a ser esto e nuestro Poeta en este lugar y poco más, y en Don Luis esto que se sigue.

Rico de cuantos el agua engendra bienes,
dulce ya concediéndole risueña pasos
no al sueño, treguas sí al reposo,
a la del viento cuando no sea cama,
de fresca sombra, de menuda grama.
Marino, si agradable no instrumento.
A las que esta montaña engendra Harpyas.
Viendo el fiero Pastor voces el tantas,
y tantas despidió la honda, piedras.
Si mucho poco mapa las despliega
a las que tanto mar dividió playas.
Tantas del primer atrevimiento señas.
El fresco de los zéfiros ruido.
El verde de los árboles celaje.
Mientras el viejo tanto acusa tea
al de las bodas Dios no alguna sea
de nocturno Faetón carroza
Tanta ofrecen los álamos zagala.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN II.

No me persuado a que hubiese sucedido esta conferencia con los Juristas, que este Sicofanta refiere; introdúcela él por ocasionar su juicio, porque aunque él dice que tenían medio pie en el Parnaso, pudo entender, que solo quien tiene todos cuatro allá (si a su contacto manaron las aguas Cavalinas) pudo haber dado sentencia tan cavallina, y porque medio pie en el Parnaso basta para saber lo que son hiperbatones, y que la alteza Poética no puede consistir en sólo el uso de este tropo, que eso fuera necedad: dirían que en usarlos tenía Don Luis peculiar felicidad, que no alcanzaron cuantos poetas ha producido España y que dejado aparte el gloriosísimo caudal de conceptos, historias, alusiones, vivezas, metáforas y demás ornamentos Poéticos, excedía a todos en la grandeza y audacia de hacer caber las Hipérbases Latinas en nuestro idioma con tanta gracia, que ni antes remedó a otro, ni después habrá quien le imite alguno: y esto es pura verdad, y juicio irrefragable como después probaremos tratando de los Hiperbatones difusamente.

Dice, que les apretó a que le dijese los misterios, juicios y alma poética de Góngora, y ellos le dieron con los Hiperbatones. No creo tal: pero ¿Quién le dijo a Manuel Faria, que los Poetas y Escritores del siglo habían de tener misterios? o ¿Cuándo los halló en su Camoens? Debe de querer que una Octava Rima tenga los sentidos de la Escritura, o que en la corteza de la letra esconda como cláusula Canónica otros arcanos recónditos, Sacramentos abstrusos, misterios inefables. Sabido es, que en eso se distingue la escritura humana y poesía secular de la revelada y Teológica: que está embozando misterios, descoge humildes las cláusulas y llano el estilo; y aquella toda adorno de dicciones, toda pompa de palabras, toda aliño de elocuencias yace vana, hueca, vacía y sin corazón de misterio alguno; pues decía el Apóstol viendo la opulencia de Sacramentos, que en tiestos de vocablos sin adorno ocultaban las Escrituras sagradas: tenemos el tesoro en frágiles vasos de barro; cuando al contrario toda la majestad de las letras seculares consiste en tener los tiestos en el alma y el oropel de fuera. *Exterius verborum eloquentia nitent (dijo Isidoro) interius vacua virtutis Sapientia manent, eloquentia autem Sacra exterius incompta verbis apparet intrinsecus autem misteriorum Sapientia fulget. Unde et Apostolus: Habemus inquit, thesaurum istum in vasis fictilibus.*

Pues si toda el alma Poética consiste en poco más que nada, que será una alusión a historia, costumbre o fábula, o en un equívoco en una sal, en un concepto de donaire, o gracia, en un viso a la Física o Política, en una conformidad de dicciones con el asunto: como cuando hacen milagros de que Virgilio expresó en la celeridad de los pies Dáctilos la velocidad con que habían de hacer la fuga los Troyanos para escapar de la ferocidad de Polifemo en el 3 de su Eneida.

Sed fugite o miseri, fugite, atque ab littore sunem
Rumpite _____

O cuando encarecen lo tranquilo, y sosegado de los Espondeos con que denotó el poeta la medida y quietud con que respondió el Rey latino.

Olli sedato respondit corde Latinus.

Admiraciones hacia Quintillano cuando le vio acabar un verso diciendo: exiguus mus. Porque con lo menudo de aquel monosílabo expresó la tenuidad y pequeñez del ratoncillo, maestría que imitó después Horacio en su ridiculus mus. Pues, si estas y otras vivezas que Escaligero, Zerda y otros idólatras de Virgilio subliman a las estrellas son los asombros de la poesía, ¿Qué misterios buscaba Faria en los versos de Góngora? o ¿Cuándo han hablado misterios los Poetas, sino los Profetas? Más Faria estaba hecho a comentar a su Camoens, profeta grande, como él lo dice, achacándole notables vaticinios y entre ellos la expedición para la África, adivinada al Rey Don Sebastián aun en la cuna: dícelo Faria canto 9, folio 36 y 37. No sé qué desdicha se tiene el don Profético, que no hay poeta por desventurado y ridículo que sea, a quien no tengan por un Oseas. Hasta de Merlín Cocayo, Príncipe de los Macarrónico dice Aquario Lodola, que vaticinó grandes cosas y entre ellas el pontificado de León Décimo y Julio Tercero. Super omnes, quae in ispo fuerant virtutes, propheticum habuit spiritum, nam de pontificatu Julis et Leonis praedixit, deque Gonzagarum sollicitate, diversorumque nobilium suae civitatis. Mas nuestro Góngora, aunque era Vates por lo Poético, no lo era en lo adivino, con que se excusara el haber de exhibir misterios, para calificarse de Poeta.

Alma poética dice Faria también que les pidió en Góngora; así suele llamar la Alegoría, que, tramando invención Épica, sirve de fundamento al Poema Heróico, mas habiendo empleándose el espíritu

de Don Luis en lo Erótico y Lyrico ¿Qué mayor necedad, que pedir esta alma en sus obras? Mas si alma llamó las centellas del ardor intelectual con que lúcidamente animó tan divino canto, mil almas tienen cada verso suyo, cada concepto mil vivezas. Bien lo significó aquel gran jurisconsulto, diciendo: Nadie consiguió esto como Don Luis de Góngora, honra de su Patria, y lustre de su Nación: pues cada verso es una sentencia y cada palabra una Historia, etc. Además, que cuando tuviera aquella alma poética (que como digo no es menester sino en Poema Heróico) no todos la podrían demostrar, porque no todos merecen raptos, éxtasis, y arrobos en que sus Poetas les aparezcan glorificados, a revelarles sus almas, como a Faria sucedió (¡que necedad tan ridícula!) él cuenta esta visión, o delirio de su vanidad en el canto 10, folio 421, diciendo así: Estoy por dar crédito a algunos sueños que tuve, en que me pareció mi poeta muy rojo y resplandeciente (señal de gloria) diciéndome le había alcanzado el alma, que dejó por este poema y animándome a que prosiguiese. Bien pensé tener esto en secreto siempre, pero la ocasión me obligó a romperle, como ya hizo con San Pablo, que teniendo oculto muchos años su arrebatamiento al cielo, al fin lo vino a manifestar obligado antes de la ocasión, que del deseo o la jactancia. ¿Qué hombre cuerdo habrá que depuesta la severidad no se descomponga de risa, oyendo desatinos tales? Pudiera este hidalgo soñador excusar el compararse con San Pablo en el callar los raptos. Velará más y sonará menos que, a otro loco, que se llamaba Vigilancio, llamó con donaire San Gerónimo Dormitancio. *Ut post multa saecula Dormitantius somniaret*, porque desmintiendo lo desvelado del nombre había roncado los disparates de la pluma. Basta, que sueños de Faria pasan por éxtasis ombreadas con el rapto del Apóstol. Pero soñar es fácil, y cuando fuera ilustración extática y no desvarío; ya digo, que no todos los Comentadores alcanzan estos arrobos, para dar con el alma de sus Poetas, ni todos los Poetas se amañan a aparecerse coronados de gloriosas luces a sus Comentadores. No sé si fue malicia o desaliño el ensartar los versos de Don Luis, confusos y sin distinción pues quien ignorare que son entresacados de distintas partes, para ejemplificar los hiperbatones, juzgará, que no tienen más conexión que la que allí se les da, pues leídos en aquel amontonamiento, parecen disparates, por estar distintos del sentido y travazón, que en sus lugares gozaban, agravio que pudiera deslucir aun los versos del gran Poeta, si quisiéramos hacer otra retahíla semejante. Habíanse de escribir apartados y con distinción numerados como hacemos aquí.

1. §. Rico de cuantos el agua engendra bienes.
2. §. Marino, si agradable no instrumento.
3. §. Viendo el fiero Pastor voces el tantas,
y tantas despidió la honda piedras.
4. §. El fresco de los zéfiros ruido
El verde de los árboles celaje, etc.

Descuido sería el dejarlo de advertir, más es me preciso mirarle a las manos a la envidia.

MANUEL DE FARIA §. II.

¿*M*as, a dónde se nos quedaba esto? Cuanto las cumbres ásperas cabrío. Aquí, para decir, que esta poesía hace mucha cabriola, no le faltó más que prestarle la Música su sexta voz. Bien es verdad, que como el Poeta escribió con tanto juicio puede bien decir quien le comentare, que su intento fue con el salto de la oración exprimir el del cabrío, que vale cabras que son grandes saltadoras de cumbres ásperas; y por eso falta aquí el cabrío esas, desde el cuanto a donde debiera hallarse, hasta esa otra parte, a donde se halla, que es el salto muy de cabra: y allí se descubre que es misterio lo que parece disparate. Pruébese esto, con que en otro lugar dan las mismas cabras otro salto, que no es menos lindo, antes más a lo de cabriola, por testimonio de la sutileza del sentido con que comentamos ese otro, véislo aquí:

Llegó pues el mancebo y saludado
(Sin ambición, sin pompas de palabras)
de los conductores fue de cabras.

Que en buen romance dice (y no le entenderá Platón de otra manera) que llegó el mancebo, y fue saludado de cabras: o bien que fue uno de los conductores de cabras. Porque como era cortés y entendía de cabras, ayudó los cabreros en la conducción de ellas. Venga otro saltico de cabras.

Cabras aquí le interrumpieron cuantas
vagas al pie, sacrílegas el cuerno:

Otro salto ha de venir por la que vende buen vino, aunque salgamos de la esfera de nuestro intento.

El que de cabras fue dos veces ciento.
Esposo etc. Breve de barba, duro no de cuerno.

De modo que las buenas de las cabras hacen aquí su oficio que traviesas a las mil maravillas, y es tan ingenioso esto, que importa que seamos Cabreros para entender este secreto del saltar de las cabras, y poderlo comentar, con erudición benemérita del texto. Pero ¿A dónde iremos a buscar comento de saltos para tantas cláusulas que los tienen, sin tener cabras, con que sanearlos? Mas si todo esto está usado por afectar el estilo grande: pregunto, que linaje de grandeza es decir en otras tantas ocasiones, cosas semejantes a esta. Dando el huésped licencia para ello, que para no bajar de esa grandeza debiera decir, licencia el para huésped dando ello. O así para licencia dado el huésped ello. Con que, de este verso, como de casi todo lo restante se sacaría después de desatado, un gran fruto de sentencia, concepto y juicio. Falta sólo que los entendimientos sean cabras para saltar esas cumbres ásperas de cláusulas: o que para saltar lo que hay en esta Sierra Morena o lucos de locuciones, sean Cacos: o que para romper estos alpestres peñascos sean Aníbales: y bien me estuviera eso; si después de saltar la cabra aquí hallase rama conjuco: y si después de saltar el ladrón hallase hacienda: o si después de romper peñas Aníbal hallase gloria; pero no halla alguno, ni gloria, ni hacienda, ni sustancia, como se halla todo después de saltar, saltar, o desatar lugares de mi Poeta, y aunque este Hiperbatón tan medido con las fuerzas humanas, que no es menester ser cabra, Caco, ni Aníbal para ello: sino que con una moderada atención se descubre un pensamiento razonable.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN III.

*B*ravamente se encabra aquí nuestro Faria, búrlase con toda truhanería de este verso hermosísimo. Cuando las cumbres ásperas cabrió: dice que hace el verso su cabriola, pues podría decir el Comentador que exprimió el salto del cabrió con el de oración. Querer deslucir con el mismo crédito, es como engañar con la misma verdad. Muy bien dijera el Comentador, y con harta más viveza, que otros, cuando quisiera explicarnos así la del verso. Que más halló Gerónimo Columna en el del Divino Poeta cuando dijo: Navigys pinos, domibus cedrosque, cupressosque. ¿Dónde notó que había hecho Virgilio un Hipermetro, sólo porque con lo prolongado del verso y lo prolijo del cupressosque denotó la longitud, eminencia y largura de los cipreses? Con donaire aludió aquí un poeta castellano encareciendo de luengo, y disforme el pie de una dama.

Pie tan largo y liberal,
que es más que pródigo pues
Isabel no es manirrota;
pero es pie rota Isabel

Pie o verso entero, que tiene
Censuras de juanetes:
si fue largo el asonante,
bien tiene a quien parecer.

¿Qué más ocasión halló Georgio Sabino en aquel verso de la Eneida, Turbati fugiunt Rufuli, fugit hacer Atbinas, para vendernos expresada la turbación de los Rutulos en los indeciso, tardío y moroso del primer Espondeo; y luego la fuga del ejército en lo presto y acelerado de los cuatro Dáctilos, que en la cadencia misma van delineando el tropel de la fugitiva gente? El Camoens cuando dijo: Las bombardas horrisonas bramaban, ¿No ocasionó a Faria a que dijese, que al leer el verso se estaba oyendo la artillería? Los Comentadores todos están llenos de semejantes observaciones; y quizá de algunas con menos fundamento afectadas; pues en este verso. Cuanto las cumbres ásperas cabrió, pudiera alguien decir que se expresaba la travesura de ese ganado (como Faria quiere) no sólo en la transposición, que aparta el Cuanto del Cabrió, porque de esta usa el poeta, aun cuando no habla de sujeto, que falte; sino que aquella transposición, acompañada del Ásperas con su acento dactílico y

despeñado insinuaba el arrojito de las cabras, como el Bramaban, y el Horrisonas, dice él, que representan el estruendo de las bombardas. Allá en el gran Poeta despidió sus cabrillas Melibeo, diciendo: *Ite meae quondam foelix pecus, ite capellae*. Andad mis otro tiempo feliz ganado, andad cabritas, donde se ve que el Meae está distante y apartado del Capellae, ni está más lejos el Cuanto del Cabrío en el verso de Góngora, que el Mías del Cabritas en el de Virgilio, habiendo de decir, andad mis cabras. He aquí muy lindo lance para otra frialdad de Faria, pues dirá, que se parten despedidas las cabras, y como su inquietud las aguija a brincos y saltos, denotó el Marón sus cabriolas con aquel salto de dicciones: que aquí viniera lindamente a ser todos los ingenios pajareros como el suyo. Pasa adelante con que dan otro salto las cabras en aquellos versos.

Llegó pues el mancebo, y saludado
(Sin ambición, sin pompa de palabras)
de los conducidores fue de cabras.

No habrá niño de la escuela que no entienda aquí que el mancebo fue saludado de los conducidores de cabras; y no tiene vergüenza un turbado de decir, que no entiende, sino que saludaron las cabras al mancebo: y que ni Platón lo entenderá de otra suerte ¡Pobre Platón, que ya ha dado en apadrinar bufonerías! Días ha, que le dolió a Tertuliano el que a Platón arrastrasen para autorizarle los herejes. *Doleo bona fide platonem ómnium haereticorum condimentavinus factum*. ¿Qué dijera hoy quien sintió ver a Platón padrino de locuras de herejes, viéndole sazoador de herejías de locos? Cosa de risa es queremos persuadir manchas en el Sol, y desaciertos en Góngora con cuatro necedades de cabras, brincos y saltos! El último que trae dice, que es por la que vende buen vino: y cierto que Faria le vende tan malo, que por él no se meneara la cabra. Véndonos el generoso néctar de los versos del heroico portugués y poeta insigne Camoens, pero dale aguado o adulterado con la zupia de tanto disparate, como contra Góngora fabrica: si su comentario era bueno, no le hacía mejor el juicio, que hace contra él, y ciertamente, que si los fundamentos, que trae, para reprobar aquella poesía, no son más que saltos de cabras, e Hiperbatones que son harto ruines, y más para callados, que para exhibidos a la luz del mundo, donde se reirán de él cuantos vieron, que con dos ignorancias frías, se despeja un pobrete a desmentir y

eclipsar el universal aplauso de todo el Orbe. Sucedérale al contrario de lo que piensa, pues los aficionados de Don Luis le quedarán más viendo, que fatigado su metro en los crisoles de la envidia, no le hallaron otros lunares que registrarle. Confiadísimo vive el buen Faria en el vicio, que ha descubierto de lo que él llama hiperbatones: y este es el Aquiles, y el argumento fatal, con que piensa destruir al divino cordobés, y en que toda su opinión escriba para desestimarle. Más en la sección siguiente le daremos a entender, que los hiperbatones no son tan buena gente, que se pueda fiar mucho de ellos.

Hállase confuso sin saber dónde buscar comento de saltos para tantas cláusulas como los tiene, si haber cabras, con que sanearlos y que falta sólo que los entendimientos sean cabras para trepar estas cumbres tan ásperas.

Trabajoso va el argumento, que ya no tiene a qué apelar, sino a chanzas como un carámbano. Digo pues, que nuestro Poeta no ha menester hablar de cabras, para hacer sus galantes y airosas transposiciones, por sobrarle caudal, y artificio para imitar la colocación latina, como después ponderaremos. Y si sólo faltara, que los entendimientos fueran cabras, para entenderle, ya él de Faria estuviera muy adelante, porque esto no le falta.

Nota de inerte a aquel verso; dando el huésped licencia para ello, y aconseja, debiera decir: Licencia el para huésped dando ello, o así: para licencia dando el huésped ello, esta objeción es vulgar y aun rancia sobre el verso del gran Poeta, Irim de coelo missit Saturnia luno. Donde no negará Faria, que aun siendo más propia la colocación al lenguaje y verso latino, que al castellano, ya suelta, llana y humilde la oración, pues como el Poeta otra vez dijo:

————— Aeream coelo nam Iuppiter Irim

Demissit —————

Pudiera decir muy bien: I uno de coelis Irim Saturnia missit, y no quiso sino afectar la llaneza de aquel estilo. Y no siendo descuido este en aquel idioma, quiere nuestro Mastige, que sea crimen en el nuestro, donde sin esa afectación es nativa la frase y corriente la locución, sin que por eso se baje de la grandeza del decir, como ni el verso Virgiliano se apeó de aquella celsitud, por haber dicho Irim de coelo missit

Saturnia luno. Tiene gracia particular ese hombre, para sazonar jerigonzas: y aunque por burla y desprecio trastorna aquel verso: Dando el huésped licencia para ello. Diciendo Licencia el para huésped dando ello: o de otra manera. Para licencia dando el huésped ello. No se le puede negar la habilidad que Dios le dio de trasegar disparates, pues en un verso, que por infelicidad llegó a la ventosa oficina de su ingenio con miserable destrozo ejecutó tan insolentes anatomías. Llama lucos, Sierra Morena, y alpestres peñascos estas locuciones, y que es menester sean cabras, Cacos o Aníbales, para saltar, saltar y romper por ellas; y lo que peor es, que después de todo, ni la cabra hallará jugo, ni el ladrón hacienda, ni Aníbal gloria.

Orador Faria entonces
las armas jugó de Tulio.

No hay piedra que no mueva para disuadirnos del engaño en que vivimos, y declamando a lo Retórico, demuestra la utilidad, que después de asperezas tan arduas se malogra. ¡O cielos inmortales! ¡Con qué claridad se desembaraza la vista, si le quitan los antojos azules! ¡Qué distintamente aparecen las cosas a quien miran sin pasión, a quien juzga sin envidia! Oid al docto Coronel: Quien leyere a Don Luis sin pasión (dice) hallará inestimables tesoros en la propiedad de las voces y en la grandeza de sus sentencias. Quisiera yo, que hiciese juicio de sus obras quien fuese grande en la poesía, o por mejor decir a quien hubiese el cielo comunicado liberalmente el furor, que se consigue por naturaleza, y no con el arte; pero que culpe a Don Luis el profano de esta profesión, es cosa intolerable y digna de castigo. Por ventura algunos quieren hacerse memorables por la distracción, como otros por estudios, hasta aquí este autor, y dispeream, sino lo dijo por Faria. Yo no sé ¿qué jugo, qué hacienda o qué gloria son los que desea para la cabra, el Caco y el Aníbal? Paréceme que los versos de Góngora están bullendo erudiciones, conceptos y sentencias de que se pudieran hacer sufficientísimos jugos, haciendas y glorias para esta cabra, este Caco y este Aníbal, y sino veamos el hiperbatón de Camoens, que tanto aquel sublime en este lugar.

————— Que em terreno
Nam cabe o altivo peito tam pequeno.

¡Válgame Dios! el decir ¿Qué un pecho altivo no cabe en poca tierra, es la hacienda, el jugo y la gloria, que jamás alcanzó Góngora? ¿Es esto lo inimitable? ¿Lo divino? ¿Cuántos pensamientos iguales a este (por no decir otra cosa) ocultarán los lucos y Sierra Morena de Góngora? y el que generosos ánimos no quepan en cortos límites. Em terreno nam cabe, o altivo peito tam pequeño. También lo supo decir Góngora, cuando del Conde de Salinas cantó.

Del león, que en la Silva apenas cabe,
O ya por fiero, o ya por generoso.

Y es tan infeliz esta Musa, que diciendo juntos casi un mismo concepto, aquel tiene jugo, hacienda y gloria, para la cabra, el Caco y el Aníbal: y este otro todo es malezas, lucos y bosques, sin gloria para Aníbal, aunque rompa, sin jugo para la cabra aunque salte y sin hacienda para el Caco aunque saltee. Váyase en hora buena Faria, recoja esas cabras y déjese de corregir tan ínclita Musa, que le podrá decir: Monitor capras age. Enseñador impertinente lleva tus cabras: adagio que usó la Antigüedad (como die Hadriano Junio) contra quien neciamente se pone a instruir a quien sabe más, en negocio que entiende menos. *Quadrabit in consultorem ineptum, qui alteri dictare consilium parat, u se super stuum non sapiens.* Tratando Asclepiades, de que el folio del ánimo no era el corazón, ni el cerebro; trajo por ejemplar unas cabras, que sin corazón balaron y ciertas moscas que descabezadas volaron y enfadado Tertuliano dijo: *Retussus Asclepiades capras suas quaerat sine corde balantes, et muscas suae abigat sine capite volitantes.* Váyase a recoger sus cabras, y a aventar sus moscas, que sin corazón ni cabeza balan y vuelan. Mirad, que dijera de las que Faria hace saltar sin pies ni cabeza.

MANUEL DE FARIA §. III.

Volvamos a ensartar trozos de esta descantada Poesía.

Y los que por las calles espaciosas
fabrican arcos rosas.
Cuantas del uno ya, y del otro cuello
cadenas de concordia engaza rosas.
En los que damascó manteles Flandes.
Los novios entran en dura no estacada.
Dédalo sí del leño, no del lino.
O la que torció llave el fontanero.
O cuanta al peregrino el amebeo
alterno canto dulce fue lisonja.
Del bello de la Estigia Deidad robo.
La tantos siglos y a muda Sirena.
Esta le cuente felicidad (en una
Sea dorada) piedra.
El inmenso hará el celestial orbe,
en sus conchas el Sabo la hermosa
guardó al Tercer Filipino Margarita.
Dulce un día después la hizo Esposa.
Ninguna de las dos Reales personas,
piadoso luego Rey cuantas destina
penas rigor legal; tantas perdona.
Veneciana estos días arrogancia,
de vana procedida preeminencia.
Al sacro opuesta Celestial Clavero
el fulminante aun en la vaina acero.

Pero ¿A dónde voy? Porque esto está a pares en cada verso, y a docenas en cada cláusula y a tantos cientos en tan pocas obras que sólo en el Polifermo, Soledades y Panegírico (poesías singulares en la opinión de los sectarios de locuciones vanísimas) hay más de seiscientos hipérbatos o sinchesis de tal calidad que por la mayor parte mueven a risa (a la cordura y al reposo digo) cuando hubieran de producir respeto si se usaran con templanza así en el modo, como en la cantidad, porque en todas las obras de los latinos (a donde es natural ese término) no se hallan tantos como en solos tan pocos versos de Don Luis con que hace parecer, que sólo de aquello anduvo cuidando.

En los grandes Dante, San Lázaro, Ariosto Taso, Garcilaso y Camoens no se hallará que alguno exceda en usar esto de hasta doce veces, en el que más por tan largos escritos y de esas no se hallará alguna con la deformidad que tantas acá. De este modo se descubren dos yerros en esto: uno, querer usar en nuestro idioma lo que es sólo del latín: otro, que lo use un hombre en pocos versos más que todos los latinos en todos los suyos: y esto con mayor deformidad, que ellos, y casi sin variedad; porque los más se reducen a dos o tres modos repetidos perpetuamente. Dejo a parte, que después de descifraso esto, no contiene sentencia o concepto alguno: así en casi todo, de suerte que se cumple enteramente en esta lira lo que dice Cicerón de los poetas que cantan a ella. *Quos cum cantu Spoliaveris, nuda vene remanet oratio.* Yo no digo, que falten atrevimientos y galas en ingenios tan grandes como el de Don Luis: digo sólo que se halle más que esto y eso menos y que resplandezca el juicio. Trato de lo que escribió de este género.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN IV.

*D*emostación matemática se le ha de hacer a Faria convenciendo su error con evidencias bien fáciles. Toda la munición de combatir consiste en la nimiedad de hiperbátone, que en Góngora dice que redunde, y si en los grandes poetas, así latinos como toscanos y españoles el tropo, que cuando más no pasa de doce veces; repite Don Luis más de seiscientas en tan pocos versos, no carece de deformidad tal exorbitancia. Discurso es este, que con su primera apariencia pudiera persuadir los idiotas a esta barbaridad. Mas va de desengaño.

Hipérbaton, según los retóricos se define: Est transcensio cum verbum, aut sententia ordine commutatur. Es un traspasamiento, en que o la palabra o la sentencia trueca su orden. Dije traspasamiento por estar al castellano del divino Herrera. Defínese aquí un género o especie subalterna, que en su latitud incluye cinco especies de hipérbatos como enseña San Isidoro Hispalense, y divídese en ellos. Huius species sunt Anastrophe, Hysteron proteron, Parenthesis, Tmesis Sinchysis.

La primera especie es Anastrophe, que es trueco en el orden de prioridad, o posterioridad, que debían guardar dos dicciones, como *littora circum*, habiendo de decir *circum littora*, y Garcilaso: Encontra puestas del airado pecho, pudiendo decir: Puestas en contra del airado pecho.

La segunda es Hysteron proteron, que es comutación del mismo orden entre las sentencias. Vulgar ejemplo el de *Postquam altas totigit fluctus, et ad aquora venit*. Después que tocó las altas ondas y vino al mar. Siendo así, que primero se viene al mar, que se toquen sus ondas. No sé en quien leí excluido el Hysteron proteron del género de los Hiperbátone. Pero sólo me acuerdo, que no era tan docto como Servio, que sobre este verse dice: *Hyperbaton in sensu, ut progressi subeunt luco, fluviosque relinquunt*. Demás de la autoridad de San Isidoro, que bastaba.

La tercera es Parenthesis, que es interposición de una sentencia en otra, la cual quitada, queda ileso el sentido de la primera. Abundan ejemplos.

La cuarta es Tmesis, que es una sección o cortamiento de una dicción, por interposición de otras. Como en Virgilio, Circum Dea fudit amictu. En vez de circumfudit; y la del otro versillo. Deficiente pecu defficit omne nia por deficiente pecunia. La quinta es Sinchesis, en que de todas partes se confunden las voces de suerte que totalmente quede barajada la sentencia, como la de gran Poeta.

_____luvenes fortissima frustra
pectora si vobis audentem extrema cupido est
certa sequi, quae sit rebus fortuna videtis
excessere omnes adytis, arisque relictis
di, quibus imperium hoc steterat, succurritis Urbi
incensae, moriamur, et in media arma ruamus

Cuyo orden debiera ser este, luvenes fortissima pectora, frustra succurritis Urbi incensae, quia excessere Di, quibus hoc imperium steterat. Vade si vobis cupido certa est me sequi audentem extrema: ruamus in media arma et moriamur. Estas son todas las especies del hipérbaton, y en la locución poética, la que por antonomasia se nombra hipérbaton es la Tmesis, por ser la más rigurosa sección de todas. Usáronla los grandes poetas pocas veces por gracia, y los principales por puerilidad: cuando niño me acuerdo de haber precipitado un furor este verso. Me súbito fundit velocia carmina dranus.

Mas esto es juego, y en los varones grandes fuera desautoridad. Súfreselos empero pocas veces sólo en la poesía latina y griega: y tengo observado lo que nadie reparó en Virgilio, Gigante mayor de la poesía: que las pocas veces que usa de esta especie de hipérbatos, que llamamos Tmesis, nunca divide la dicción simple como Dominus, sino la que consta, y se compone de dos términos, como Ciceromastix, que los Sumulistas pudieran reducir a los términos, que llaman Complexos. Y así en su Geórgica, hablando de la Región Aquilonar dijo: Septem subiecta trioni, por subiecta septemtrioni: porque Septemtrio consta de Septem, que es siete y de Triones, que son los buyes de la constelación septentrional, que llamamos Carro compuesto de siete estrellas, que por tirarle se llamaron Triones a terento, que es trilladores, o teriones, según enseña Varrón.

Hac Troiana tenus. También fue sección de Hactenus, dicción compuesta de hac y de tenus, porciones diversas.

Nebula circum Dea fudit amictu: aquí dividió a circumfudit en sus dos mitades circum y fudit, que cada una se es todo por sí.

Qui te cumque manent isto certamine casus. ¿Quién no vé, que cortó con el te a quicumque, dicción compuesta de dos diversas voces? Y finalmente su venerador Ovidio siguió estos pasos en el tercero de Ponto, cuando dijo: Quale tamen cumque est, ut tucare rogo. Partiendo siempre lo que por sí se estaba desuniendo. Parecióle al gran Poeta mucha violencia el romper dicciones, y destrozár vocablos, y que, con menos estruendo, y más suavidad los percibiría el oído, desatándose lo anudado, que rompiéndose lo sólido, puesto que sus hipérbatos no quiebran, sino desenlazan, no cortan, sino reparten. Con toda esta blandura hubo de introducirlos; porque de otra manera serían insolencias incomportables, como de Pacuvio, cuando por decir Arte hac vescimur, dijo en Chryse Art ves e hac cimur: y aunque Faria por sólo improbar a Góngora dice, que este hipérbaton puede tolerarse por una vez, es lo más cierto, que sufrirá una albarda, quien tal jerigonza tragare: pues de esta, y otras vejezes de Pacuvio que por caducas pasan a delirios, dijo Marcial (riéndose de los que las leían) que aunque todo se hacía con la boca, no eran palabras, sino vómitos.

Attonitusque legis terrai frugíferas
Attius, et quioquid Pacuviusque vomunt.

Digo esto porque en admitir este género de hipérbases, los ingenios y juicios grandes escrupulizan, aún mucho más que Faria, a quien todavía no le supo mal esa de Pacuvio: y porque realmente aun en verso griego o latino fuera viciosa su frecuencia; puesto que en Castellano aun sería el primer atrevimiento cosa de risa; como dijo el Pinciano: El hipérbaton es dicho cuando se trató del vocablo peregrino cuanto al cuerpo, porque en el cuerpo parece su modo diferente, como se ve en el ejemplo dicho, elegante habláis mente: el cual modo de decir lícito fue a los griegos mucho y aun a los latinos, como se ve en Virgilio, en sus Geórgicas, hablando del Septentrión: a los italianos, ni españoles no es lícito, y sería figura muy ridícula, cuanto más a los históricos y oradores. Ya se ve, que aquí se trata de hipérbaton, que es Tmesis, como parece del ejemplo, elegante habláis mente. Cuya introducción dice fuera ridícula en la poesía Castellana, ya que en la griega o latina con moderación traída, se ve, que es adorno.

De estos principios pues, mal entendidos y peor aplicados infiere Faria su pésimo discurso. Ciertamente es, que la multitud de hiperbátos, aun en el lenguaje latino es viciosa y esto hasta el mismo Faria lo entiende de las que son Tmesis o secciones y si estas cuando más en los grandes poetas no pasan de doce veces, porque fuera vicio; en Góngora no se verá ni una porque todo es bellezas.

He aquí el argumento de Faria: Los autores latinos pocas y raras veces usan del hiperbaton que llaman Tmesis, luego yerra Góngora en frecuentar muchas la colocación de sus versos. Mala consecuencia: y el antecedente fundado en ignorancia, pues las transposiciones de Góngora no son Tmesis, y los ejemplos que él trae lo son, como la de Pacuvio, y el *conquegregantur* que dijo Lucrecio, por decir *congreganturque*. Mirad pues cuan ciego está Faria, que compara estos hiperbatos con aquellos versos de Góngora.

De oyentes copia el sitio le ofrecía
silvestres y volátiles inmensas.

Por ventura ¿Esto es lo mismo que decir *conquegregantur*? Ciertamente es, que imitar esto de Lucrecio, y frecuentarlo sería necedad, por ser Tmesis insufrible: pero ¿Qué conveniencia tiene esto con los versos de arriba, para inferir un vicio de otro? ¿Qué uniformidad halló en dos especies diversas, como rábanos y turbante, para que del reprobado uso de la una se colija la proscripción de la otra? Yo le concederé a Faria, que Góngora es el peor Poeta del mundo, si es verdad, que en sólo pocos versos afectó más de seiscientos veces lo que Virgilio y otros poetas insignes en todos sus libros no usaron doce. Pero va de lo que dice este hombre a la verdad *Quansum distat Ortus ab Occidente*. Véase cuan al revés lo piensa la envidia todo pues en lo que Virgilio, y todos los poetas latinos por excusar deformidad se abreviaron a doce veces. Góngora no se verá que lo usase, ni media, como experimentará quien le resuelva: y lo que Góngora más de seiscientos veces usa, no sólo lo escasean doce veces Virgilio y los latinos: pero a millares, cuentos e infinidades lo usurpan en cada libro. No piense Faria que le habemos de dar con la docenita de lugares, a que él responde muy fanfarrón diciendo: Algunos defensores de esta nueva secta piensan, que lo dejan concluido todo con traer uno o dos y sean doce lugares de Virgilio, semejantes a los que condenamos, sin acordarse de que él trae estos doce en todo un libro; y que los modernos los usan en cada un verso. Veo que Faria no se acuerda,

que sean hiperbátos, pues los que él dice que son doce en Virgilio, no sólo no los usa Góngora en cada verso, pero ni los toma en la boca por todo el libro, como ya dije.

Lo que frecuenta Don Luis con felicidad notable no es hipérbato ni Sinchysis; sino una mera disposición de voces elegante, que los construyentes y sintaxistas llaman colocación, estructura genuina del lenguaje latino, y tan natural al artificio de metrificar que jamás le conoció el verso por hipérbaton ni por otro tropo poético, sino por lenguaje común y corriente como *gracili modulatus avena* y aquello de *summas perlabitur undas* y también *arentia temperat arva*. Colocación ordinaria como la de aquellos bellísimos versos.

El manso de los zéfiros ruido;
el denso de los árboles celaje.

Y verase de no ser especie de hipérbaton, discurriendo por ellas: puesto que no es anástrofe, ni Hysteron, ni paréntesis ni Tmesis, porque en su vida no la hizo Góngora. Sinchysis mucho menos, porque esta es total y prolija confusión de unas sentencias con otras, y una que hizo Virgilio se ocupó de seis hexámetros, que en castellano gastarían veinticuatro: y ya se ve que en los versos de Faria trae por Sinchysis, no caben sentencias, ni cláusulas barajadas, como en aquel: Fulminante aun en la vaina acero.

Ni en este: Veneciana estos días arrogancia.
Ni en este otro: Ninguna de las dos Reales persona.

Y finalmente no habrá bárbaro que diga, que aquí hay Sinchysis, *patulae sub tegmine fagi*; ni aquí, *et pressi copia lactis*. Luego ni aquí que es lo mismo. El manso de los zéfiros ruido. Pues aún no es media oración y la Sinchysis pide muchas seriamente confundidas.

El Hacha de Hércules en los cuellos de la Hidra se echará menos al consultar el error de Faria, de que tantas falsedades porfiadamente brotan. Dice, que en los versos de arriba se comete sinchysis: es falso porque no les compete su definición. Dice que de eso que Góngora frecuenta, gastó Virgilio cuando más doce veces. Es engaño, porque si eso Sinchysis, en Virgilio no llegan a cuatro las que son célebres en todos sus libros, luego ni Virgilio las usurpó doce veces, ni Góngora las

frecuentó seiscientas. Si no es Sinchesis, luego no es culpable Góngora, que no las usa.

El capital y último error es decir que estas transposiciones, o colocaciones son hipérbatos, no como quiera tales, sino de aquellos, que cuando más llegan a doce en libros enteros de poetas latinos. Esto es ignorancia, pues no hay poeta latino que acierte a hablar medio verso sin ellas; tanto, que cuanto dicen, cuanto escriben, cuanto componen, está bullendo esos hipérbatos (si es lo que son) a millares y a cientos en cada plana, no hay más que decir, sino que el probar esto con ejemplos, sería trasladar quinientos tomos de versos latinos, pues que toda la universal Poesía empieza, media, prosigue y concluye con este preciso barajar de los términos, que a ser defectuoso, no entrarán tropezando en él a los umbrales del poema. Mirad comenzar a Virgilio.

Tytire tu patulae recubans sub tegmine fagi. Que en castellano suena. O Titiro tu de la coposa recostado debajo del toldo haya. La Divina Eneida.

Ille ego, qui quondam gracili modulatus avena. Yo soy aquel en que otro tiempo con rústica canté zampeña. Horacio ¿Cómo entró?

Mecaenas atavis edite Regibus. O Mecenas de ascendientes Reyes. Ovidio ¿Cómo empezó?

In nova fert animus mutatas dicere formas corpora. En nuevos pretendo las mudadas decir formas cuerpos. ¿Cómo principia el floridísimo Claudiano?

Inferni raptoris eques afflataque curru.

Sydera Taenariorum, etc. Del infernal robador los caballos, y las empañadas con el carro estrellas Tenario. Marcial ¿Cómo entona sus primeros versos?

Barbara pyramidum sileat miracula Memphis. Los bárbaros de las pirámides calle milagros Menfis. ¿Cómo entro Propercio?

Cynthia prima suis miserum me caepit ocellis. Cintia la primera con sus miserable me cautivó ojuelos. Y Tibulo.

Dimitias alius fulvo sibi congerat auro. Riquezas otro en rubio agregue oro. Y Lucano.

Bella per Aemathios plusquam civilis campos. Guerra por los Ematios más que civil campos. Y Bautista Mantuano.

Sancta Palestina repetens exordia Nimphae. Los santos de la Palestina repitiendo principios Virgen. Y Prudencio.

Christe graves hominum Semper miserate labores. O Cristo, que de los graves de los hombres siempre te apiadas trabajos. Y San Alquimo.

Quod varis eveniunt humana in gente labores. El que varios sucedan en la humana gente desastres. Y Juvenco.

Rex fuit Herodes Iudaea in gente cruentus. Rey fue Herodes de la hebrea gente sangriento. Y Sedulio.

Paschales quicunque dapes convina requiris. Pascuales, o cualquiera que manjares convidado buscas. Y Apolonio Colacio.

Exitium Solymae, et tristes a stirpe ruinas. La destrucción de Jerusalén, y las tristes desde el cimiento ruinas. Hasta Merlín.

Phantasia mihi quaedam phantastica venit. Fantasía me una fantástica vino.

Pero ¿A dónde voy, que esto está a pares en cada verso, a centenares en cada folio y a millones en cada libro? Por no exhibir toda una librería, sólo apuntamos los primeros versos de cada poeta y juraré que a ninguno de ellos se les pasó por la imaginación el hipérbato, y si entraron con él, para perpetuarle desde el primero hasta el último verso; ya se ve falsificada la bachillería de quien los redujo a doce. No es esto misterio no paradoja, preceptos de la niñez los atiende el Gramático, líneas del puntero son las que demuestro. Discernir las hipérbases figuradas de las colocaciones vulgares, empleo es de la puerilidad; admírame, que Varón tan erudito tropiece tan feamente en estas niñerías; divirtiéndose sin duda en investigar los inefables sentidos de su Poeta y en maquinar calumnias a Góngora. Menospreciando desdeñoso los gritos de tanto Gramático y Orador. Illud miro (dice el

máximo Doctor) quod Aristarchus nostri temporis puerilia ista nescieris; quanquam tu occupatus in sensibus, et ad struendam calumniam cernuus grammaticorum et Oratorum praecepta contempseris. Sépase pues Faria, ya que hasta hoy lo ignoraba, que decir. De vana procedida preminencia, es lo mismo que de abuelos procedido Reyes. Atanis edite Regibus. Y esto ningún simple lo ha llamado hipébaton poético y si se lo ha llamado ha hecho la cuestión de nombre, pues concediéndome, (como a su pesar deben) que esa colocación anda a millares en cada plana de los oradores, y a cuentos en cada folio de los poetas; y que no es esta la que no llega a doce veces en Virgilio, sino la Tmesis, importa nada que la llamen hipébaton: o que la nombren passa Gonzalo.

Lo que importa advertir mucho es, que esta colocación (llámase o no latamente hipébaton) es tan genuina y natural a la numerosa fábrica del verso que aun el nombre de verso (como dice Georgio Sabino) se derivó de este resolver los términos, invertir el estilo, y entreverar las voces. Stylus saepe vertendus est, ut inde etiam nominates esse versus, periben posse videatur quod dum fiunt vaerse buc, atque illuc vertantur. Tan lejos está la inversión de las voces, tan distante de viciar los versos, que en ellos no es tropo; sino alcurnia, no es afeyte; sino fayción, (sic) no defecto; sino naturaleza.

No negaré que este lenguaje como nacido en los países de la latinidad es menos propio al castellano, y nativamente acomodado a la poesía latina, puesto que le usaron los estrados de la oratoria, la verbosidad de los históricos, la enseñanza de los padres, la gravedad de los concilios. Pero ¿Quién duda, que habilitar el idioma castellano a entrar en parte los adornos de la grandeza latina no es atrevimiento ínclito, proeza ilustre? Por ventura ¿El adornar el patrio dialecto con los atavíos demás excelente lengua no fue siempre heroicidad loable? Por ventura ¿Podrase recabar esta facción sin desviar el lenguaje de la plática común, vulgar y rusticana? Por ventura ¿Esta colocación latina que hasta hoy ardua, incontrastable y desdeñosa se esquivó a nuestra lengua ¿No era la que habíamos menester para mezclarla, variarla y repartirla? Oídsele al más apasionado patrón, y acérrimo defensor de la lengua castellana, el Regio Cronista Ambrosio de Morales. Y ¿Quién habrá que diga que el cuidado que se pusiere en así adornar nuestro hablar castellano, no le ha de desviar mucho del común uso? No en los vocablos, ni en la propiedad de la lengua (que sería gran vicio) sino en el escogerlos, apreciarlos, repartirlos y suavemente con diversidad

mezclarlos, para que resulte toda la composición extremada, natural, llena, copiosa, bien dispuesta y firmada, y este pulir de esta manera la habla ¿Cuán ajeno, cuán diferente y cuán contrario es de la afectación? El cielo y la tierra, lo blanco y lo negro, lo claro y lo oscuro no están más lejos de ser una cosa, que estas dos de juntarse y parecerse. Por tanto, no condenemos en nuestro lenguaje el cuidado de buen hablar, sino dolámonos de ver que estamos tan fuera de quererlo y saberlo hacer, que tenemos por mal hecho aún sólo intentarlo, y lo que sería gran virtud, y excelencia culpamos como vicio y fealdad. Hasta aquí este insigne escritor. Tampoco niego, que sería afectación querer exactamente regular el verso castellano con el latino en este modo de colocar dicciones. Como si dijéramos con Virgilio.

O Titiro tu de la coposa recostado debajo del toldo haya.

Pero Góngora con su gran talento no quiso remedar lo escabroso de esta construcción, aprovechose si galantísimamente dando a este modo de hablar un temple suave, una moderación apacible, que dejándole lo suyo a la latinidad, se robó con feliz osadía todo el aseo, de que era capaz la Musa Castellana Empresa difícil fue, pues no faltando aptitud en nuestra lengua para recibir este ornamento, desmayaron cuantos lo acometieron dejando en tal y cual transposición las lánguidas señas de su deseo, bien que generoso, mal afortunado. Senda fue esta, que o por no verla no pisaron; o que aun viéndola no hollaron, por temerla *Caeteri Autem (Petronio) aut non viderunt viam, que iretur ad Carmen, aut visam timuerunt calcare.* De ignorar pues esta capacidad de nuestro lenguaje, y la dificultad, que había de aplicarle el ornato de la elocución latina, nace el condenar neciamente aquellas osadías. Juicio fue de Ambrosio de Morales. Esta falta de no poder juzgar fácilmente en el castellano lo acertado, viene de ser la lengua en sí de tal cualidad, que aunque es capaz de mucho ornamento, pero recíbelo con gran dificultad. Y más abajo. En otras muchas partes también de la elocución es nuestra lengua, y su lidesa dificultosa de alcanzar mas no es esta la principal causa, que al fin trabajo y diligencia vencerían esta dificultad y con el uso se amansaría lo que ahora espanta con representarse casi imposible. La causa verdadera de no acertar a decir bien, ni diferenciar lo bien dicho en el castellano, está principalmente en no aplicarle el arte de la elocuencia en lo que ella enseña a mejorar la habla; no para la propiedad, que está, el uso la muestra; sino para la elegancia y la fineza donde no llega el uso; y el arte puede mucho suplir el defecto. Pues siendo gran parte y

fundamento de la elocuencia latina esta colocación ¿Quién culpará a Góngora, que con tal valentía la supo aplicar a nuestra Poesía, sino es quien apasionado no atiende a los elogios de la patria, y emprende deslucimientos del honor materno?

Decir Faria, que es yerro usar en nuestro idioma lo que es propio del latino, es error suyo, pues eso es aliño de la poesía latina, no es tan inepta, baja, o incapaz nuestra lengua, que desmerezca romper aquellas galas. Y tenerle respondido el mismo Ambrosio de Morales, diciendo de él y de otros: Estos con sus tan ciegas persuasiones piensan que todo lo que es elocuencia, estudio y cuidado de bien decir, es para la lengua latina o griega; sin que tenga que ver con la nuestra, donde será superfluo todo su cuidado, toda su doctrina y trabajo, yerran mucho sin duda.

Por tan imposible como quitarle el rayo a Júpiter y a Hércules la clava juzgó la antigüedad el usurpar los versos a Homero, y habiendo aprovechándose el Marón de muchos, para adornar su Eneida; respondió a la calumnia de sus Emulos, que estaba tan lejos de arrepentirse, que en usurpar los ornatos del griego para su Musa, le había parecido haberle despejado a Júpiter del rayo, y arrebatado de los Hércúleos puños la clava; de que quedaba tan glorioso cuanto parecía mayor la imposibilidad de tanta hazaña.

Asómbrese Faria, clamando por imposible el trasladar a nuestra lengua la travazón latina, que esto en Góngora es proeza valiente, audacia loable, hazaña heroica y recoja esos dos yerros por suyos, pues el exceso de hipérbatos a Virgilio, fue engaño, y el usurpar la inversión latina no ha sido sino grandeza, *clavam Herculi extorquere*.

Añade Faria, que Góngora la usa con mayor deformidad que los latinos. Esto no merece respuesta. Véase la inversión que arriba trajimos de *Tytire tu patulae*, y cotéjese con estas, que me dictó rimas sonoras. También nota, que hace la colocación sin variedad. Respondo, que es culpa común a toda la latinidad (si culpa llamarse puede) pues toda la variedad de los poetas latinos consiste en colocar sus términos por interposición del verbo entre el sujeto y adyacente, como *arentia temperat arva*. Dulce fue lisonja. Y de los casos entre el sujeto y el verbo o del nombre entre adyacente, y sujeto, como *pressi*

copia lactis. El verde de los árboles celaje, etc., que todos juntos se reducen a tres o cuatro modos, que repetidos perpetuamente en toda la latinidad los tiene contados de memoria los muchachos; pues si toda la poesía latina, cuya dice Faria es propia esa alhaja de colocaciones no tiene otra, ni más variedad ¿Qué necedad es esta de quererla mayor en quién lo imita todo? El lugarcillo de Cicerón cerca de los Músicos, Quos cum cantu spoliaveris, nuda vene remanet oratio; ni es de importancia, ni a propósito, pues claro es, que si a los Músicos les quitan el canto, no quedarán cantores; y si al orador le despojan de la elocuencia, no quedará retórico; y si al poeta le cercenan sus números, no quedará más sino prosista, quítenle a Virgilio el ornamento poético y quedará bárbaro. Tengo respondido hasta aquí a los que los hipérbatos latinos, a los de los Toscanos, y Españoles diré con más oportunidad luego.

MANUEL DE FARIA. §. IV.

Lo mejor es que hallaban aquellos apoyadores de esta gran suerte de poesía que Don Luis había sido el inventor en vulgar, como si allí no estuviera Juan de Mena con anterioridad de centenares de años, que dio motivo a centenares de risas con esos modos, y por dicha, que no le faltó Don Luis con las suyas al tiempo que escribía con reposo. Véislo aquí en la cop. 92. A la moderna volviéndome rueda. Petrarca otra vez. Han fatto un dolce de morir desto. Otra Boscan: Nacieron de la cual otros. Garcilaso otra. Como en luciente de cristal columna. Y usábase mucho aún en coplas pequeñas. Gómez Manrique en las que hizo el Contador Diego Arias: Hartas hallarás tristezas. Y abajo: pues el blanco como pan. Y más abajo: que hartos te tienen días. Luego este que pone sello a todos. Que con esta son nacidos condición. Y úsalo tanto que se parece a Don Luis, o que Don Luis se cansó mucho por parecersele y está en la novedad solemne, que solemnizaron aquellos solemnísimos Legisladores, para darle el primer lugar entre los poetas. No traigo más de estos ejemplos que saqué del Cancionero general antiguo, así porque está lleno de ellos, como porque estoy con las narices tapadas, mientras los copio, y todavía si esos autores anduvieron atrevidos en este modo no fue así

en el número, pues al fin puede contarse todos, y sufrírselos más, y hasta allí puede correr un hombre cuando a rienda suelta desatina, porque Hipérbaton no es otra cosa, que una transgresión, que perturba, y pervierte el orden del hablar, y hablar pervertido si cual, y cual vez fuera gala; muchas, serán vicio grandísimo sin duda alguna, y quien hay tan insensato que no juzgue por gran atrevimiento una vez esto: Las que fabrican arcos rosas. Y por desatino muchas veces ¿Qué concepto, qué juicio, qué ingenio, qué elegancia arguye eso?

APOLOGÉTICO. SECCIÓN V.

*D*ifícil cosa fue siempre corregir a los hombres grandes, y no fuera lo peor lo difícil, si ello no fuera tan infeliz. Quédanse siempre grandes los que lo son, y malógranse los filos de quien los quiere cercenar, dejándolos mayores.

Corrigere at res est tanto magis ardua, quanto
Magnus Aristarcho maior Homerus erat.

No inventó Góngora las transposiciones Castellana, inventó el buen parecer, y la hermosura de ellas, inventó la senda de conseguirlas. Era ese lenguaje ornamento poético de la Majestad Romana, no cabía en nuestro idioma tanta imitación de lo grande. La ropa, que sirvió de gala a las musas latinas, arrastraba más aina a la Castellana: tal vez, que se atrevió, a ostentar esos aparatos, le decía el aliño, mal; porque ella decía mal el aliño. Más ¡Oh prodigios del ingenio de Góngora! Levantó a toda superioridad la elocuencia Castellana: y sacándola de los rincones de su hispanismo, hízola de corta sublime, de balbuciente fecunda, de estéril opulenta, de encogida audaz, de bárbara culta; maravilla que reconoció el mayor Orador, que admiró España, Hortensio, cuando dijo:

O tu Lelio, que heredando
al Docto Marcial la pluma
las sales, que el mundo admira
Pindaro mejor renuncias.
A quien el layan de Ulises
cuarta de Trinacria punta
debe más luz, que a su frente
apagó la griega astucia.

Cuyas sacras soledades
misteriosas, sino mudas
cuanto respeto las puebla
tanta Deidad las oculta.
Hijo de Córdoba grande,
Padre mayor de las Musas,
por quien las voces de España
se ven de bárbaras cultas.

Harto mejor pues, que Júpiter en su cerebro a Minerva este Padre mayor de las Musas, volvió a dar nuevo ser a la Castellana en la regeneración de su soberano ingenio, y amaneció entonces nuestra poesía de tan divino taller, grande, sublime, alta, heroica, majestuosa, y bellísima, digna entonces de mayores ornatos, de pompas mayores,

crecióle la estatura, igualóla al tallazo de la gentileza latina, y quedaron comunes los arreos, indiferentes las galas. Adornáronla entonces con decencia los áureos collares, que antes la brumaban con melindre. Esto fue lo grande, esto lo raro, esto lo nuevo, para Jayán ropaje, agigantar el bulto y proporcionar con la Regia loriga de Saúl la rústica ternera del Pastorcillo, que apenas rodaba oprimido del peso de tanta malla. Fullería del Teatro fue, para hacer capaces las personas de la grandeza trágica, fingir lo corpulento a diligencias del Coturno, porque lenguaje de los Héroe, si no los desmiente el Zueco, no cabe en talles ordinarios. En siendo enano el idioma ¿Qué ha de hacer por qué no le atropelle el vulgo, si diligente Zaqueo no trepa al Higuero y encaramado al árbol, no remienda la estatura con el tronco? Mas, la musa de Góngora no ha menester zancos teatrales, ni mentirosos, para arrogarse todo el fausto de la elocuencia latina, estrenándole las joyas de su mayor estimación, y los adornos más comunicables de su vanidad, porque este divino Dédalo le cultivó el lenguaje, le reformó la sentencia, le encrespó la elocución, le abultó la frase, le aseó las voces, le sazónó las sales, con que la dejó capaz de todo aquel ornamento, y llegaron a caber en ella sin azares no sólo esas colocaciones latinas; pero muchas osadías de frases, construcciones, casos y esquemas latinos, como ponderáramos, si este papel, como es Apología, fuera comento.

Verdad es que Juan de Mena las vió con anterioridad de centenares de años, ocasionando centenares de risas como dice Faria, y también esos otros tres, o cuatro que traen muy gozoso de haberlos hallado, pero todos son unos friones, y (prescindiendo las materias o asuntos) es quererlos equiparar a la elocución de Góngora, conferir con Sol flamante al candil moribundo. No me olvido de lo que dijo Faria de todos los poetas de España; para hacer príncipe de todos los Camoens, que eso mismo vuelvo yo a decir, añadiendo, que en ese siglo estaba la poesía castellana desceñida, inculta, rústica y humilde, y quererla cargar de los aseos de la latina, era cosa de risa: pues si como Faria dice esa colocación, o hipérbasis es ornato natural, y propio de la grandiosa Musa de los Latinos; nunca le vendrá bien a la que no fuere de aquel tamaño.

Todos los demás anduvieron muy cuerdos en haber usado raras veces de la transposición, y lo fueran más si nunca las usaran: porque cadenas de oro, que sirvieron de adorno a robusta Matrona, colgárselas a Musa pueril, más es prenderla que ataviarla. En la poesía latina

aquello es gracia; a la castellana y en aquellas infancias sólo fue bisoñería: que no está la gallardía en cargarse los estosos del atavío; sino en lograr los perfiles del donaire. Ni dejará de parecer ridícula ante la generosidad de un caballo, por más que pasee enjaezada una mona. Por eso los hipérbatos dan qué reír en Mena, y burlar en Gómez Manrique. En los demás, o Toscanos, o Españoles son rarísimos, porque nunca arribaron a aquellas líneas en que Góngora llegó a igualar la Musa Castellana al copete de la latina. Supieran ellos sublimar el patrio dialecto, y engrandecer la genial elocuencia como hizo el Padre Mayor de las Musas. Que yo fió, cupieran con desahogo en ella todas esas colocaciones o hipérbatos pues cuando en el lenguaje latino es tan plausible su frecuencia, nunca los extrañará poesía que fuese de su misma capacidad.

Cierto es que el hipérbato fue una figura, como ahora aun antes de Góngora; pero antes de Góngora el hiperbatón sólo fue una figura. Con haberlos primero usado otros; se compadece el que Góngora los inventase en castellano. Nunca saber ser después las facciones grandes: por eso se llama primor el acierto heroico. Atropella los tiempos, y de la dignidad del adelantarse en los excesos, capta los elogios de la primacía en las estimaciones. El primero, que usó de la quijada, que esgrimió Sansón, fue el jumento; pero fue Sansón el que primero hiriendo en las Palestinas tropas hizo de una quijada estoque, asombro, terror, muerte, estrago, rayo. No siempre es primero él que empieza. En el orden gradúan los filósofos los procedimientos de la naturaleza, echando lo ruin por delante. Y finalmente (en dos palabras) no fue Góngora él que halló los hiperbátos en el castellano; sino él que primero habilitó al castellano a gozar con igualdad de sus colocaciones con el latino. No inventó la tela, pero sacó a luz el traje. Y así hacen muy cuerdamente los que carecen del altísimo espíritu, y suma la elocuencia de Góngora de abstenerse de colmar sus versos de ornatos de poesía latina, porque como he dicho, ha de hombrearse con ella la que quisiere ajustarse sin desaire sus vestidos.

El Docto Chileno, y arificiosísimo poeta indiano, el Licenciado Pedro de Oña, con ser de los que sintieron, y aun escribieron mal de este dulcísimo Cisne (ignoro el motivo) nunca le reprobó los hipérbatos, jamás le afeó las transposiciones, antes las frecuentó con celo y las logró con valentía en su Poema. Y cuando sin poner nota en la colocación halló, o buscó otros tropiezos (escrúpulos serían) en que emplear la severidad de su censura; cierto es que aquel erudito y

cabalísimo juicio no tuvo que condenar a la colocación, pues aprobándola con dejarla indemne, dejó advertido, que quien rabiare por acumular defectosa Góngora, ha de rastrear otros; sin acordarse de los hipérbatos. En el Ignacio de Cantabria son raras las octavas, que carecen de estas inversiones, y aunque las frecuente bien, como es lenguaje nativo, y peculiar a la sublimidad latina, nunca las logra mejor que cuando levanta el estilo a esa cumbre, como cuando describe la ferocidad de Plutón en guisa de comenzar el razonamiento al ejército infernal con este valiente hipérbole.

Dos veces rodeando fue la esquina
sangrienta vista en torno del Teatro,
y tres la testa sacudiendo altiva,
mostró de férreo diente andanas cuatro;
con que se estremeció de abajo arriba
no el Orco a solas, no el voraz Báratro,
que aún Abila su asombro dijo al Calpe,
y pompa desgajó nevada el Alpe.

Templado otra vez a lo teológico el plectro, entonó grave la creación de los órdenes angélicos así.

De a corros tres crió tres jerarquías,
que son de Trinidad como unos lejos,
unas de la verdad alegorías,
unos de aquel Divino Sol reflejos;
fue el Ángel primer paso de sus vías,
el Hombre imagen, lo demás bosquejos,
o gradas para Dios muchas y bellas;
pero tan alto es él, que aún faltan ellas.

Bueno, grave, docto y aun tan artificial, que juzgamos de este Varón lo que de Sillio Itálico pronunció Plinio el Menor *Scribebat carmina maiori cura; quam ingenio*. La solemnísima novedad, que dice Faria, solemnizaron aquellos legisladores, como digo, consiste en explayar la capacidad de la elocuencia castellana, hasta hacerla benemérita de la colocación latina, con aprovechamiento, y sin desaire: y esta gloria conoce por su Colón el espíritu de Góngora; sin que le hagan sombra vejeces anteriores, con ser sombras: y me espanto de contentarse Faria, con citar a Mena, Garcilaso, Boscán, y Gómez Manrique de los

Españoles, pues para el coraje, con que embiste a todo lo que es aplauso de Góngora, pudiera traer más lugares; pero cegóse, y cayósele una entre mentira y descuido, diciendo que Garcilaso sólo una vez había dicho como en luciente de cristal columna. Pues con esta son diez las hipérbasis, que a primera mano se topan en él.

1. Como en luciente de cristal columna.
2. Ya de rigor de espinas intratable.
3. Los accidentes de mi mal primeros.
4. Guarda el verde bosque verdadera.
5. De aquel mancebo, por su mal valiente.
6. Más helada, que nieve Galatea.
7. Escondiendo su luz al mundo cara.
8. Aquella tan amada mi enemiga.
9. Entre la human puede, y mortal gente.
10. Y con voz lamentándose quejosa.

Y otros pudieran ayudarle, como Luis Barahona de Soto: La cual de cifras consta clandestinas. Gregorio Silvestre: Estos veréis, aunque pequeños lazos. El Pinciano: Interior tiene morada. Y más abajo: Por misma que tenía abierta entrada. Alvar Gómez: De aquel que más santa nos da invocación. Miguel de Cervantes: Que la gran culpa le vistió primera. Pero ¿A dónde vamos? Digan todos los que quisieren, cite Faria los que se le antojaren, aunque es mucho, que quien se acordó del Conquegregantur de Lucrecio, no topase con Apuleyo. Ferocissimos equos nimio libidinis calore laborantes, atque obid trucos, vesanosque adhibita detestatione mansue exinde factos. Que le socorriera con trincharle el mansuefactos. Más no cuidó más que del Conquegregantur tan deslumbrado, que diciendo, que una vez lo dijo Lucrecio; le sucedió lo que con Garcilaso: pues sólo en el libro sexto, donde cita a aquel poeta, hay catorce hiperbátos de la especie Tmesis tan feroces como el Conquegregantur, véase ahora que de ellos habrá en toda la poesía, y véase con cuanta verdad se arrojó a decirnos, que sólo una vez en el sexto había salídosele el Conquegregantur, pues una hoja antes había dicho inquepeditur y después proquevoluta en lugar de impediturque y provolutaque. Pero vea los catorce quien quisiere en el margen, porque aquí darán fastidio ensartados, y porque no es mi intento autorizar las inversiones de Góngora con hipérbatos ajenos: puesto que aquellas son colocación corriente como ya dije, y estos son Tmesis anatómicas como ya vemos.

Vuelvo a nuestro intento advirtiéndolo que cuando digo que es grandeza el de imitar la de los latinos, no apruebo la introducción de sus vocablos, que eso es ignorancia de muchos que piensan que no hay elocuencia donde no salpican de Calepino sus planas: que puede elevarse la frasi sobre la plática vulgar, pero no hablando en Moscobio, y el lenguaje castellano se ha de desviar mucho (como dice Ambrosio de Morales) del común uso, no en los vocablos (que sería gran vicio) sino en escogerlos, apropiarlos, etc. Esto hace Don Luis con tan inimitable valentía, que aunque dijimos remedaba la coturnada y altísima elocución latina, no lo dijimos todo: porque falta por decir, que la elocuencia latina tiene mucho que aprender de la Gongoriana, mucho que imitar de sus primores, mucho que admirar de su espíritu. Cada rato lo experimentamos en los lances, que ocurren en competencia, de un mismo argumento. El del Polifemo escribieron Homero en su Odisea, Virgilio en su Eneida, y Ovidio en sus Metamorfosis, pero ¿Quién llegó a la eminencia de la Musa Castellana de Don Luis? Sólo este parece, que escribió el Polifemo, porque sólo en su estilo llegó a ser Gigante aquel Cíclope. Conferida una elocuencia con otra, mira la española para abajo las demás. Bien levantaron las arduas cumbres los montes de la elegancia griega, y latina, pero de ellos puede el Jayán Castellano decir.

¿Qué mucho si de nubes se corona
por igualarme la montaña en vano?

No le igualan, aunque los imita, excédelos, aunque los trasunta, que como adelanta las ideas, remeda ventajoso, y copia dejado que aprender a los dechados mismos. Imite pues el latino aquella pompa de frases, aquel caudal de conceptos vivísimos y aquello cespado, del impetuoso torrente de su elocuencia. Eso llamó Faria ruido de palabrones. Pero este ruido de palabrones enamoró a toda la poesía latina, cuando se dejó enseñar de la vizarría española. Aquel hablar brioso, galante, sonoro y arrogante es quitárselo al ingenio español, quitarle el ingenio y la naturaleza. Luego que las musas latinas conocieron a los españoles, se dejaron la femenina delicadeza de los italianos, y se pasaron a remedar la braveza Hispana, tan amarteladas de ella, que se arrastraron a toda la clase de sus poetas a querer imitar aquel natural orgullo de los otros. Confiésalo Marco Antonio Mureto (bien que apasionado, y sentido de que el ingenio español hiciese tal contaminación, como él dice). Hispani poetae praecipue, et Romani sermonis elegantia contaminarunt, et cum inflatum quoddam, et

tumidum, et gentis suae moribus congruens invexissent orationis genus, averterunt exemplo suo caeteros a recta illa, et simplici, in qua praecipua Poetarum sita laus est. Hinchado lo llama, y tumido, y lenguaje natural de aquella gente: y bien se ve, que es natural, pues con no florecer entonces (como ahora) la locución castellana; sólo dictaba aquellas bizarrías el ingenio, y la naturaleza, que genuinamente la prorrumplía, aun en el idioma extraño: y esto no es tan nuevo, que no haya cerca de diecisiete siglos, que los españoles hablan como españoles: pues casi desde los tiempos de Augusto César se reconoce, que introdujo España este lenguaje en Italia. Itaque sere post Augusti tempora, ut quisque versum maxime inflaverat, sententiam maxime contorserat, condenique modo loquutus fuerat, quo nemo serio soleret loqui, ita in praetio haberi caepit. Esto dice el buen Marco Antonio con mucho estómago, recíbasele la confesión; y perdonémosle los desdenes: que ya estamos advertidos, que es muy del genio español nadar sobre las ondas de la poesía latina, con la superioridad del óleo sobre las aguas, sin ser la vez primera que poetas Cordoveses den que admirar en lo desusado, peregrino, y sonante a sus maestros; como sucedió con Tulio, comúnmente citado. Qui usque adeo de suis rebus scribi cuperet, ut etiam Cordubae natis poetas, pingue quiddam sonantibus, atque peregrinum, tamen aures suas dederet. Donde tomo yo el pingue, como se debe en el adagio pingui Minerva, y como quiere Marcial, que se entienda, cuando dijo Facunda loquitur Corduba: y el peregrinum, como yo con Aristóteles explico en la sección 6, num 47. Hemos dicho esto, porque nadie se asombre de oír a Góngora, no sólo compitiendo a la Lyra Romana, sino venciéndola, pues cuando advertimos tan ventajosa imitación, sólo recordamos lo que tan de atrás confesó la antigüedad, aprendiendo lo culto, y lo sonoro, y peregrino de los poetas Cordoveses. Con que nunca nos empachará el remedar a los latinos lo crespo, y bizarro de su decir; puesto que ellos primero lo aprendieron de nosotros. Y eso que Mureto llama tumido, y lo que nombra ruido de palabrones Faria, tan ingénito, y tan propio al ardor hispánico, no es lo que menos excelencia acumuló al grave y facundísimo mártir San Cipriano, lustre y gloria mayor de la elegancia latina, de quien dijo Erasmo, que su lenguaje no era de quien hablaba con elocuencia; sino de quien tronaba con asombro. Non elocui sed tonare. Cornelio Tácito fue la flor de la gravedad histórica, y cultura romana, y eso que llama hinchado Mureto inflatum quoddam está tan lejos de anublarle el aplauso, que Alciato le recomendó con ese elogio, y calificó la majestuosa corriente de su locución con lo inflado y soberbio de su lenguaje. Sed gravior Tacitus, inflaturque magis, sine quodrerum

dignitas hoc expostulet, sin quod sub Vespacianis id dicendi genus magis placuerit.

Vamos adelante: discúlpase Faria de no haber trasladado más ejemplos de la poesía de Góngora, porque estaba con las narices tapadas mientras los copiaba. Respondo, que tenía mucho que tapar, porque hombre tan judicioso y crítico tan severo, sería todo narices, pues el censurar de este modo llamó la erudición Naso agere, y es vulgar lo de Plinio Nassum novi mores subdolae irrissioni dicavere. Y lo de Horacio Naso adunco suspendere. Porque el juez que mofa contrae; y frunce la nariz naturalmente. Y así enojado Marcial dijo a su crítico:

Nasutus sis, usque licet, sis denique nasus
burla hago de cuanto dices
cuando en juzgarme te empleas,
más que narigudo seas,
o seas todo narices.

Pero es menester preguntarle a Faria, si se las tapaba con la izquierda, cuando con la derecha escribió aquel chiste de las Portuguesas. Cuenta, que una libre riñendo con otra altiva, le dijo. Todas somos de barro (respondió la otra) sí, más hay barro de que se hacen vasitos regalados; y otro de que se hacen servicios. A que la otra: También de ese se hacen esos muy regalados, y yo tengo uno. Añade aquí Faria: No huela mal la cita, por ser de autor tan nuevo. Pero para él nada olera así; si como se tapó allí las narices para Góngora, se las tapiara para sí a piedra y lodo. Sentidísimo también de que le quitasen cierta secretaría, quizás porque otro la merecía mejor, y él no lo creyó de soberbio, escarneciendo de un secretario, dice así: Sucediendo responder al ayuntamiento de una ciudad, que en portugués se llama Camara al suscribirla dijo. A la señora Camara: y de cámaras son verdaderamente tales secretarios, sin es mejor Cámaras de secretarios tales sujetos. ¡Oh mundo, oh príncipes, o miseria! ¡Qué a tiempo, y qué hermosa exclamación! Al mundo, y a los príncipes llama: como si los príncipes, y el mundo no tuvieran olfato. Grosería por ciento, cuidar sólo de sus narices, agraviando las ajenas.

En el juicio que hace de la Lusiada queda por disolver otra objeción, parienta de la pasada: muérdele pues a Góngora la voz Cuerno (sin ver que muerde cosa dura) y dice así. ¿Cuántas veces se

hallará la voz cuerno, o el cuerno voceando? Yo me obligo, se hallará materia para millares de artifices de tinteros en millares de siglos. ¿Tan dulce armonía es la del cuerno? Si Don Luis fuera casado, y amigo de ganar con su mujer, no pudiera mostrarse más amigos de ellos. ¡Qué lenguaje tan indecente! ¡Qué indecencia tan ajena de escritor cuerdo, de pluma grave! Responder, que Don Luis sólo usa de ese término, describiendo monterías estruendos bélicos, aplausos festivos, donde es preciso suenen bocinas, trompetas, o clarines y apadrinar de autores la honestidad de esa voz, cuando sólo supone por instrumento corbo, sóplele la caza, o ánimo la guerra; fuera ahora bisoñería: baste que acordemos a Faria, que en el abusar de esa voz él solo es el delincuente. Pues después de haber en el canto 2 estancia 72 corneado al lector hora y media, y repetido once veces cuerno en sola una columna, reparando al fin en tan cornígera dilación, concluye con esta frialdad. Bien me perdonará el lector que me haya detenido en darle con este cuerno. Y mucho antes, en su prólogo llama a los Comentadores de mucha voz y poca armonía voces de cuerno. Y sobre otros oprobios concluye, que paran en cuernos tales comentarios. No es esto lo más deseado de este término: que en el canto 4, estancia 4 refiere la censura de algunos, que por haber Camoens cantado adúltera a la Reina Doña Leonor con el Conde Don Juan Fernández, haciendo célebre su incontinencia dijeron (dice Faria) que este poema merecía ser quemado, porque debiendo enseñar virtudes, publica vicios, y procurando exaltar a los príncipes y héroes y actos portugueses, hace patentes sus defectos, y teje al Rey Don Fernando una corona de cuernos, y otra de oprobios a la Reina su mujer. A que responde Faria, que hizo bien el poeta en ceñirle de tan sucia guirnalda, porque los que son insignes, no sólo han de solemnizar con dulzuras las virtudes plausibles, sino también vituperar con hieles los vicios odiosos: y en esta defensa gasta columnas enteras. Abstraigo mi juicio: ni culpo a Doña Leonor ni condeno a Camoens; acuso sí a Faria, que pudiendo excusar la disputa, de que tan feos desdoros provenían a sujetos Reales; osó a descomedírseles, escarbando sus venerables cenizas. ¡Qué fea es la envidia y qué melindrosa con ser arroz! ¡Qué haga ascos Faria de que Góngora ponga cuernos en sus versos; y que no se desdeñe de amontonarlos en la cabeza del Rey Don Fernando! ¡Cosa rara! ¡Qué sea culpa en Góngora usar de esa voz en su natural, y sencilla significación, y que en Faria aplicársela a su Rey en la maliciosa y torpe sea mérito! ¡rigor grande! ¿Tantas iras tiene el ánimo presumido? ¿Tantos rigores sabe fulminar la emulación altiva?

¿Cegarse hasta caer, tropezando en la materia de las bocinas y no reparar en los oprobios del adulterio? ¡Furor notable!

Dejemos este con otras obscenidades indignas de este lugar, que no queremos repetir: y prosigamos respondiendo a lo último de la objeción. ¿Dónde dice son insensatos cuantos no tienen por atrevimiento el decir una vez, las que fabrican arcos rosas? Y por desatino muchas veces: y ¿Qué concepto, qué juicio, qué ingenio, qué elegancia arguye eso? Decir con esta facilidad, que tantos son insensatos, y no probarlo más que con decirlo con facilidad, no muestra más habilidad que la de ser desvergonzado. No es las que fabrican, sino los que fabrican arcos rosas, que va mucho a decir: y puesto que esta colocación no tiene más que todas las demás de arriba y todas quedan bien defendidas, no hay para qué reiterar lo discurrido ni dar tornos al quicio, sin ganar tierra, como Faria, que no acaba de rumiar estos hipérbatos, qué tantas veces ha mascado. Vedme en la sección 6 número 47. A lo demás respondo preguntando, que para qué digo Camoens Noutras a cabeceira de ouro finas. Y en otro lugar: E escritura dignas elegante. Y en otra parte: Que em terreno nam cabe o altivo peyto tam pequeno, y otras muchas veces: ¿Qué concepto, qué juicio? ¿Qué ingenio demuestra eso? Pues lo mismo que Faria respondiere a esto, le responderemos a él en lo otro. Pero por si él no acertare, o porque no nos salga con sus muchas veces, o pocas veces (cosa de burla, pues el número no varía la esencia de la entidad) respondo absolutamente, que la Oratoria y la Poesía tienen dos géneros de adorno, uno que sea parte del argumento, o de la materia, que pertenece a la sentencia y otro que sea de parte del modo de decir que pertenece a la elocución (como si a lo metafísico dijéramos uno formal, y otro objetivo) la colocación, o inversión no pertenece al ornato primero, y así ni es ingenio, ni concepto, ni juicio: pertenece sí al segundo, que sólo consiste en hermohear la plática con los modos de decir, sin cuidar de si es buenos lo que se dice: y de esto sirven todos los tropos y figuras que enseña la Retórica. Puede un pensamiento ser hermosísimo en el concepto, ingenio y juicio, y decirse desnudo de toda elegancia, aliño y elocución, como puede haber un talle muy bien proporcionado, y muy mal vestido; y al contrario podrá una elocución elegante vestir un pensamiento humilde (maestría de Homero en sus Ranas y de Virgilio en su Mosquito). De las figuras pues que solo sirven y las inventó el arte para la elocución, es bobería pedir que sean concepto, juicio o ingenio. Pues, aunque todo esto se admira en los versos de Góngora; nunca hemos dicho que todo eso esté vinculado al

hipérbato: pues sus pensamientos, vivezas y conceptos cuando carecieran de esas inversiones, nunca perdieran lo sólido de la sentencia, puesto que les faltase mucha porción de la elocuencia y atavío formal. Y no negará Faria a Ley de Gramático que esa transposición que los oradores llaman latamente hipérbato (no siéndolo poético) es una de las hermosuras de la oración, cuando el Nebrisense por haber dicho Tulio, *in duas divisam esse partes*, despreciando el orden simple de decir, *in duas partes*. Llamó esa inversión virtud, ornato, gracia y decoro de la oración. *Cum orationis structura decoris gratia variatur neglecto simplicis sermonis ordine, non vitium est; sed virtus, quae Hyperbaton appellatur, id est, transgressio verborum.* Cicero: *Animaduciti Indices omnem accusatoris orationem induas divisam esse partes. Induas partes divisam esse simplex erat ordo.* Período es que hurtó entero de Quintiliano lib. 8 cap. 6. Enójesenos ahora Faria, y dígale también al mayor Orador del Mundo, que decir *induas divisam esse partes*, ¿Qué concepto, qué juicio, qué ingenio, qué elegancia arguye?

MANUEL DE FARIA. §. V.

No lo argue más ese otro de metáforas y términos remotísimos y violentísimos, como: En ruelas de oro rayos del Sol hilan. Para decir cera y miel: y la verdad es, que es solamente cera el modo de decirlo. Que dijera de esto y de cosas semejantes usadas a cada paso Macrobio, si por una sola vez, que Virgilio dijo: *Et liquidi simul ignis*, lo censura con rigor diciendo, *Illud audaciae maximae videri potest.* Y esto que en Virgilio fue lo más, es lo menos en Don Luis. Por ventura ¿Don Luis iguala a Virgilio en juicio, o exceden sus defensores a Macrobio?

APOLOGÉTICO. SECCIÓN VI.

*H*emos venido al segundo fundamento, que mueve a este Sicofanta (después de los hipérbases) para condenar esta poesía que es lo remoto de los términos y metáforas y hemos visto, que en tachar la hermosura de Venus, porque los ojos no están en el colodrillo, Faria sacó de puja a Momo. Parece que Aristóteles no nos ha enseñado poesía o que no nos dio reglas Tulio para la retórica y el mismo filósofo en los libros ad Theodecten.

No fuera la poesía de Góngora tan alta y peregrina a no florecer con términos tan remotos de la plática vulgar y plebeya. Lo peregrino definió Aristóteles. *Peregrinum voco varietatem linguarum, translationem, extentionem, tum quodcumque a proprio alienum est. Llámese vocablo o término propio, el que vulgarmente usan todos. Proprium voco, quod omnibus in usu est. Y todo término que saliere de esta vulgaridad será peregrino, o siendo extraño o translaticio, o fingido, o figural, etc. Aut ab alia lingua, aut translatio, aut ornatus, aut fictium, aut productum, aut substractum, aut conmutatum.* La oración que constare sólo de términos propios, será clara, pero humilde y descaecida. *Quae igitur ex propriis nominibus constabit, maxime perspicua crit humilis tamen. Pero la que de peregrinos términos se compone, saldrá grave, sonora y veneranda, como dice el Filósofo. Illa veneranda, et omne prorsus plebeium excludens, quae peregrinis utetur vocabulis.* El grande ingenio de Don Luis, aunque pocas veces usa de los términos peregrinos por extraños, pero perpetuamente sus frasis lo son ya por alusivas, o translaticias, o figurales, o conmutadas, etc. y en fin remotas (como Faria confiesa sin saber que se degüella) remotas de la vulgaridad y plebeismo y así de sentencia de Aristóteles erró Faria en haber acusado ese lenguaje en remoto, siendo esto lo que más la sublima. *Qua propter errant non parum, qui huiusmodi dictionis genus accusant, quique poetam ipsum incessere audent. De ignorante trató el filósofo a Aripades, porque había censurado a los Trágicos el que hablasen, no como se habla comúnmente, ni como el vulgo razona; pues por decir de Aquiles, decían Aquiles de; y por decir de casa trocaban casa de, y otras cosas así, Aripades praeterea carpebat Tragaedos perinde ac intragaediis suis his uterentur, quae in communi semone diceret nemo ut domibus ab, pro ab domibus, Achille de, pro de Achille, caeteraque huiusmodi. Sin advertir que el lenguaje trágico, que por alto había de alejarse mucho de la plática común, siquiera de*

esa suerte llegó a huir del razonamiento trivial de la plebe. Prorsus ignorans, quod haec omnia dum proprium vitant; plebeiam interim dictionem effugiunt. Mirad ahora, si con no faltarle razón a Aripades, bastó el fin de huir la vulgaridad, para que en una posposición tan ridícula, saliese un Aristóteles a la disculpa llamando ignorante al Censor; pregunto, viendo que Faria llamaba desatino una colocación grave decente, y no monstruosa, como decir:

Y los que por las calles espaciosas
fabrican arcos rosas.

¿No os parece que nos lo tratara de ignorante para abajo, o de majadero para arriba?

El riesgo que pueden traerse los términos remotos, y peregrinos, es escurecer la oración, pero Góngora (como ya dije) no frecuenta los peregrinos por extraños, sino los translaticios, y metafóricos, y los hombres grandes aunque usen de metáforas altísimas y remotas, con las palabras consecuentes las dejan declaradas, o con las anteriores dejan abierta la senda de entenderlas. En castellano lo dijo lindamente el Pinciano. Eso mismo también dicen los gramáticos, que de lo que precede, y de lo que se sigue, se saca la claridad de la cosa: y así vemos en Virgilio metáforas altísimas y remotas, las cuales de esta manera son entendidas del mundo todo. Y sea ejemplo, cuando de lo que precede se saca lo por venir el que se ve en el octavo de la Eneida a donde dice de Caco.

Vomita por la boca espeso humo
la casa envuelve de tiniebla ciega
arrebata la vista de los ojos,
y mezcla claro a oscuro en noche humosa.

¿Quién pregunto entendiera la altísima algarabía del último verso, que no estuviera apercebido con el primero? Trajimos el ejemplo de cuando se declara la oración de lo anteriormente dicho, para responder a Faria, que culpa de remotas las metáforas de Góngora, y exhibe la de En rucas de oro rayos del Sol hilan. Por decir cera y miel. Este verso es el último de una octava, en que aquel Gigantazo describe la afluencia de miel, y panales que le rinden sus colmenas, árboles y cortezas diciendo así:

Sudando néctar, lambicando olores
senos, que ignora aun la golosa cabra
corchos me guardan más; que abeja flores.
Liba inquieta, ingeniosa labra:
Troncos me ofrecen árboles mayores
cuyos enjambres, o el abril los abra,
o los desate el mayo, ámbar destilan,
y en ruelas de oro rayos del Sol hilan.

Sola esta octava vale más que todos los versos juntos de Faria y cuantos puede hacer en toda su vida. Y lo mejor de ella es el último verso, que quedó claro, abierto y patente con las frasis que le precedieron. Había primero los corchos y los senos sudado néctar, y habían destilado olores, precedieron las abejas libando inquietas, y labrando ingeniosas las flores, ofrecieron antes los troncos enjambres, que desatados, o esparcidos a la amenidad del mayo o abril destilaban ámbar, y concluye últimamente, que en ruelas de oro rayos del Sol hilan. ¿Hemos de pensar por ventura, que los enjambres tiraban oro de Milán o hulaban (como suena) las guedajas rubicundas del Sol? O ¿Hemos de entender, que en las pellas de cera pálidas o doradas devanaban las rubias hebras de la olorosa miel? Júzguelo Apolo. Remota es la metáfora. ¿Quién lo ha negado? Pero parece que le oyó ese término a Faria el Pinciano cuando dijo: Así vemos en Virgilio metáforas altísimas y remotas, las cuales de este modo son entendidas del mundo todo. ¿Y esta y otras como, y cuando se dejan entender? Cuando (dice) de lo que precede se saca lo por venir. Luego malamente lo pensó en condenar de remotos los términos y metáforas Gongorianas: pues con lo peregrino que sublima los números de su verso, los califica de grandes, y con lo pródigo que asegura la perspicuidad de su inteligencia los acredita de claros y comprensibles. Y es lo más graciosa, que por ejemplo de las que reprueba, trajo esta bellísima metáfora de la cera y de la miel. ¿Qué más hermosa y poéticamente pudo describirse el melificio, que diciendo de los enjambres, que en ruelas de oro hilaban rayos del Sol? ¿No es frase benemérita del furor verdaderamente poético? ¿No enseñó Aristóteles en el tercero de sus Retóricos, que otro era el lenguaje del poeta, y otro el del Orador? ¿No están las Musas cansadas de inspirar esos atrevimientos? O ¿Sepamos con qué privilegio llaman los poetas a las alas remos, a los remos pies; copa de Marte al escudo, escudo de Baco a la copa? (Sabed lo de Aristóteles en su poética en el texto Proporcione vero). Y ¿Qué algarabía es la de Virgilio cuando para

significar la navegación dificultosa dice: Luchan en tardío mármol las tranquiladas. Lento luctantur marmore tonsae. Llamando mármol al mar, y tranquiladas a los remos? Más dicha tiene los pícaros que se les tolera, y aun aplaude en su idioma jacarando, que llamen trena a la cárcel, jaque al valiente, chillón al pregonero, gurapas a las galeras, mosca al dinero, trongas a las rameras, y finibus terrae a la horca, y otra inmensidad de términos disparatados que merecieron tener quién los quisiera entender, y quién por diversa clase lo segregase por estilo de ladrones, azotados, pícaros y tacaños; y asómbranse de que los poetas tengan otra categoría de frasis, otro aparato de locuciones.

Dejo aparte el que la cera se llame ruelas de oro, que es elegante y clarísima traslación, por el color y el oficio en la colmena: como deben de explicar, e ilustrar los Comentadores de Góngora sobre este verso, a quienes dejo estas observaciones. Y vamos a lo que parece más oscuro, aun con tenerse hilado todo el Sol en luces, que es haber llamado a la miel rayos del Sol. Y veréis, que habiéndola llamado Virgilio aérea o etérea y dádiva celeste aeris mellis caelestia dona. No se le quedó atrás quien la adelantó hacer rayos del Sol. Y si Faria antes de condenar la metáfora hubiera dado una vista a Plinio en el libro once, capítulo doce, supiera que la antigua filosofía jamás creyó que las abejas formasen miel de las flores, sino que la recogían de los pimpollos, donde la llovía el Sol a rocíos, o el cielo a gotas. Duélese Plinio, de que no gocemos este licor, que descende de entre las luces del cielo, como de allá destila puro y líquido; pues ahora cayendo de tanta altura no dejándose de enturbiar y desvanecer mucho mientras por tanto intervalo baja, y luego inficionado de los vapores térreos que al encuentro le reciben vaheando, y luego chupado de los ramos bebido de las yerbas y luego trasegado a los ventrículos de las abejas, y sobre esto mezclado y corrompido con el jugo de las flores, macerado en las colmenas y con tantas mudanzas alterado; aun todavía retiene aquella dulzura soberana y causa aquel deleite de su celestial naturaleza. Hasta aquí Plinio: y se le preguntáis, que qué es al fin ese humor celeste, que las flores baña, responde: Silve ille est caeli sudor, sive quaedam siderum saliva, sive purgantis se aeris succus. Que debe de ser el sudor de los cielos, o la saliva de las estrellas o zumo de los aires alambicado. Cierto que parece poeta Plinio, pues con no requerir Tulio elocuencia en los filósofos; este parece que poéticamente confunde el contar con el cantar. Demos caso que Góngora sólo hubiese dicho lo que Plinio y que hubiese faltado a la poesía, que debe levantar el contrapunto sobre la plática oratoria y filosófica. ¿Qué dijera Faria, si

hubiera dicho, que los enjambres habían hilado el zumo del céfiro, el sudor del sol y la saliva de los luceros? Dijera que era desatino, que era delirio, que era confusión, que era locura: y ahora decimos que la suya fue pensar, que habiendo un filósofo sin afeites poéticos, metáforas, ni hipérboles llamado a la miel de las abejas sudor del cuerpo celeste, o saliva de los astros; era desafuero en un poeta grande, haber dicho de los enjambres, que en ruelas de oro rayos del sol hilan, habiendo de subir el estilo a mayor eminencia, que Plinio cuanto va de filosofar, a metrificar, y cuanto va de lo físico a lo metafórico, pues aún están las hebras transparentes, y rubias de la miel más cerca de que el sol las prohíje en rayos, que de que el sol las sude en gotas o las escupa el astro en salivas o las solloce el lucero en lágrimas: pues a toda esta erudición filosófica atendió Góngora aquí, como cuando ilustremente dijo:

República ceñida en vez de muros
de cortezas, en esta pues Cartago
reina la abeja, oro brillando vago,
o el jugo beba de los aires puros,
o el sudor de los cielos, cuando liba
de las mudas estrellas la saliva.

Dijimos que de aquella octava el mejor verso era: En ruelas de oro rayos del Sol hilan, y bien. Porque el circunspecto y profundísimo poeta Bartolomé Leonardo, Febo aragonés, quiso honrar un epigrama suyo con ese verso, estimándole por joya de su musa, y ornamento de sus versos, bastante calificación de aquel ser (sin empacho de tan gran poeta) admitido por lucidísimo esmalte de un soneto, que el judicioso Gracián llamó grande. He aquí:

Rompe la tierra, y en el centro afila
el buey pesado y la esplendente reja,
de varias flores la discreta abeja
en ruelas de oro rayos del Sol hila:
no solo labra el ruseñor, perfila
nidos de paja, que en las ramas deja,
de hurtada yerba la inocente oveja
nevados copos al vellón destila:
mano enemiga su labor desflora
triunfan malos, y trabajan buenos
discanta el grajo, lo que el cisne llora,

gozan por propios los que son ajenos,
que en los premios del mundo no es de ahora,
que él que merece más, alcance menos.

No advertí ya, que en todo el soneto el cuarto verso brilla por astro de todo él, pues por tal le puso allí quien debidamente estimaba sus esplendores. Pero Faria por desprecio dice que esto de la cera y la miel como lo demás todo es cera: y cierto que, si todo es cera para él, haremos que todo sea cebo, y parecerá mejor.

En negra hora se topó Macrobio, que llamó atrevimiento el haber dicho Virgilio: *Et liquidi simul ignis*, y aplícanoslo, culpando estas osadías, por inexcusables cuando aún llamar líquido al fuego fue reprehensible en el Príncipe de los Poetas. Bien sabemos que Macrobio fue mejor gramático que filósofo y que de Virgilio y de Macrobio en puntos filosóficos (como en las demás artes) sin controversia se ha de juzgar, que erró Macrobio y no el grande Marón y divino poeta, que ninguna ciencia ignoró ni en facultad alguna erró como confiesa el mismo Macrobio libro I del sueño de Sipión. *Nullius disciplinae expertis disciplinarum omnium peritissimus*. Y en el libro 2.

Virgilius, quem nullius unquam disciplinae error involvit. Luego, o Macrobio se contradice o si jamás Virgilio erró en ciencia alguna, no fue yerro en filosofía llamar líquido al fuego. Tan lejos está ese fuego así líquido de tizar o chamuscar aquellos admirables versos, que antes dijo Turnebo había agradádose tanto el poeta de ese epíteto, que adornó con él como con una brillante y preciosísima joya la hermosura de sus bucólicos. *Quae tamen adiectio ita Maroni arrissit ut suum bucolicum carmen hac tanquam gemma ornatum sibi putarit*. Parecióle a Macrobio, que lo líquido era propiedad del agua, y de lo húmedo; y siendo el fuego sumamente seco y cálido, no se pudo arrogar títulos de licor, llamándose líquido. No ignoramos lo que los gramáticos aglomeran aquí de textos en defensa de este líquido. Servio explicó. *Purum aetera*. Mejor que todos Turnebo entendió líquido por sin heces, por puro, por no turbio, por claro, por limpio. *Sed liquidum etiam appellatur quod defaecatum, quod purum, quod non turbidum, quod clarum, quod sincerum*. Tomándose la metáfora del vino cuando más depurado del borujo en los coladeros, (dice él) con que en esta acepción fuego líquido será de puro, el que no ofusca pavezas, el que no añublan humos. *Qua notione liquidum ignem dici reor purum, non admixtum, neque inquinatum a fumo*. Aunque si fuéramos con el rigor

gramatical, fácilmente dijéramos, que liquidum nace de liquet, estar claro, patente y perspicuo: y así los oradores, como los dialécticos a cada paso nos dicen, que sus razones liquet, son claras, y patentes; y con todas sus razones no son agua, ni húmedas. Dejo nuestro término español de liquidar cuentas, números y trampas, que todo le sale a sacar a luz y aclarar. Lo más cierto es, que aquí no habló el poeta para gramáticos sino como profundísimo Filósofo y Teólogo Natural. Introdujo en aquella Ecloga a Sileno cantando las infancias del mundo, los principios del universo, la disposición de los elementos, la procreación de las formas y la serie de las mutaciones meteorológicas y así llamaron esta Ecloga los antiguos Sileni Theologia. Después desde aquel verso, Hinc lapidet Pyrrae, pasa a cantar transformaciones raras, amores fabulosos pues porque no fuese todo filosofía, hizo tránsito de la física a lo poético, como agudamente reparó aquí Asencio. Post Physicam narrationem poeticam, ac fabulosam interserit... Nam si ipsis dumtaxat Philosophica recitasset: non bucolicam, sed Philosophiam profiteri videretur. Colijan de aquí Macrobio y su ahijado Faria, que cuando Virgilio llamó líquido al fuego estaba hablando como delicadísimo filósofo y llamó dignamente líquido al fuego por lo sutil, penetrable, pervio, y diáfano a distinción de grueso, sólido, denso, corpulento y opaco. Líquido aquí es lo común al aire y al fuego y el mejor término para explicar aquella delgadez de su rareza, según que se contrarían a los demás elementos pesados y densos porque si es verdad, que lo raro y lo denso son cualidades añadidas a una misma cantidad, como siente la mejor escuela que es la Tomística; líquido es lo que mejor explica esa sustancia sutil aun antes que se considere sobrevivir la rareza.

También líquido expresa mejor y más absolutamente la levedad de ese elemento, porque aunque esos términos grave y leve denoten la ligereza, y pesadumbre de diversos elementos; empero la explican en orden al ubi, y al centro porque leve entendemos quod tendit sursum, lo que vuela arriba y grave, quod pergit deorsum, lo que se derriba abajo. Y es llano que muchas cosas absolutas, por entenderlas mejor y por penuria de términos significantes las demostramos por los respectivos: como discurren los metafísicos en las especificaciones de las potencias, hábitos y respectos transcendentales y los teólogos en lo de omnipotencia y otras formalidades divinas, que parece dicen conexión esencial con las criaturas. En el fuego pues si queremos absolutamente significar lo leve, sin el respeto al centro, no hallaremos término más apto, ni cómodo que líquido, que expresa la sutileza,

levedad y ligereza de ese elemento y la del aire que como leve participó del mismo epíteto, llamándole también líquido el poeta en su Eneida cuando le rasgaban las alas de aquella célebre paloma.

Radit iter liquidum, celeres neque commovet alas. Y Claudiano, quioquid liquidus, complectitur aer. Ilustremos este sentir con todo el oro de Crisóstomo, que maravillado del rapto de Elías se asombraba del ardiente carro, que atropellando nubes elevó la pesadumbre de un bulto terrestre y grave. Espántame (dice) que el cuerpo líquido y ténue del fuego pudiese levantar y sostener el pesado y sólido del Profeta. Hoc ipsum magis mirum est, tenue, ac liquidum corpus ignis solidum auferre potuisse (sea versión de Erasmo, o de Lelio Tifernate) ya veis aquí lo tenue, y lo líquido hechos sinónimos, veis también lo líquido contrapuesto hermosamente a lo sólido en la misma elocuencia del divino Crisóstomo, cuya autoridad sola pesa aquí más en nuestra veneración que la póliza de quinientos Macrobios y Farias. Antes había de pensarse, que de los elementos el agua y el aire y de los mixtos, las sustancias fluidas eran y se llamaban líquidos por lo rarefacto o con distinto de denso, y por lo que se parecen al fuego, que siendo sumamente raro (o ralo como quiere el castellano) obtiene el principado sobre todo lo líquido y de cuya liquidez participan proporcionalmente la denominación esos otros. Y dado caso, que este atributo fuese peculiar y singularísimo del agua (como quiere Macrobio) aun con todo debió llamar el poeta líquido al fuego.

Porque la opinión de Thales fue muy plausible en la antigüedad (mayormente entre los poetas) de que el agua, era el principio de todas las cosas y padre del universo, el océano. Cómo dice Aristóteles en el primero de su Metafísica. Primo Theologizantes sic putant de natura existimandum, Oceanum, et Thethin Generationis parentos facerunt. Con que procediendo todos los elementos mixtos, y cuerpos celestes del agua, era preciso haber también el fuego brotado de los licores, y encendiéndose en la misma humedad el calor como advierte sobre este lugar el angélico Doctor Santo Tomás. Calor autem ex humore fieri videtur, cum ipse humor sit quasi caloris materia. Y que Virgilio fuese de la misma opinión de Thales, es más, que cierto, pues casi con las palabras de Aristóteles lo confiesa diciendo: Oceanumque patrem rerum, Nimpbasque sorores. Conque pudo llamar el poeta líquido al fuego, por denotar su líquida materia, como se llama florida la miel por haberse destilado de las flores.

Ni tiene esto menor fundamento en las sagradas letras cuando queramos Teologizar, puesto que es probabilísimo dogma de muchos Teólogos que no crió Dios al fuego en el principio del mundo; sino que dedujo de la materia aquella que criada le antecedió. Persuádele el Oráculo Divino en el capítulo uno del Génesis, refiriendo que Dios al segundo día de las infancias del orbe mandó conglobarse el firmamento entre las aguas, dividiendo las ínfimas de las superiores: Dixitque Deus fiat firmamentum in medio aquarum, et dividat aquas ab aquis, et fecit Deus firmamentum, divisitque aquas, quae erant sub firmamento ab is quae erant super firmamentum, et factum est tita.

De donde fácilmente se forma este discurso. El firmamento fue hecho en medio de las ondas, y con él dividió Dios las aguas de las aguas (como expresamente enseñan las Escrituras) luego antes del firmamento no había aire, ni fuego, porque a haberlos, ya estarían las aguas superiores divididas de las inferiores por el aire, y el fuego y consiguientemente no las hubiera Dios dividido con el firmamento, ni refiriera la Escritura, había dicho Dios: Fiat firmamentum in medio aquarum et dividat aquas. Siendo así pues, que este intersticio, o espacio, que ahora ocupa el firmamento no estuviese vacío desde el principio de la creación del cielo y tierra hasta el segundo día en que fue construido el firmamento, ni haya otro cuerpo, que hubiese llenado esa capacidad si no son las aguas, que el Oráculo refiere, haberse criado con el cielo y la tierra; colígese bien, que ocuparon este espacio las aguas y que de ellas fue fabricado el firmamento, esto es todos los orbes celestes y juntamente el aire y el fuego como infiere bien Molina. Colligitur profecto ni eo spatium fuisse aquas ex eis que fabricatum fuisse firmamentum, hoc est orbes omnes caelestes, ignemque, et aerem. He ahí el sequísimo y calidísimo fuego nacido de los líquidos humores del agua, ni hay qué decir que esas aguas, que el espacio del firmamento ocupaba, se aniquilaron o tornaron a su nada, y que de nada el segundo día se cuajó el firmamento, se encendió el fuego y se explayó el aire: no, porque el Autor del universo, cuanto por rigurosa creación produjo, todo lo crió junto y en un día como dice el Eclesiástico: Qui vivit in aeternum creavit omnia simul. Y también porque es común, y constantísimo sentir de los Doctores, que Dios jamás redujo a la nada ninguna de sus criaturas y últimamente porque no es conforme a razón, que Dios al principio hinchese de aguas aquel espacio para aniquilarlas luego al segundo día, por producir de nada al fuego, al aire y al firmamento.

Ved pues al fuego líquido desde su origen, y aunque por la mutua generación de los elementos (aun disímbolos) hoy nace cada día el fuego del agua; empero esto se ha dicho por demostrar que le viene de alcurnia lo líquido, pues aun la primera llama del mundo prendió en las líquidas humedades de aquel elemento, y de liares fue encendido el ardor primero. Claro está, que al poeta no le persuadieron estos motivos revelados, aunque bastaron los filosóficos, para llamar congruentísimamente líquido al fuego habiendo sido buen filósofo el primero que lo dijo, que fue Lucrecio.

Denolet in terram liquidi calor aureus ignis. A otros citan en esta comprobación los comentadores de Virgilio, pero escapóseles aun a los más presumidos el lugar de Lucano:

*Largus ítem liquidi fons luminis aetherius Sol Irrigat
assidue caelum candore recenti.*

Y otro del Platónico Apuleyo en la filosofía del Demonio de Sócrates. *Praeterea cum tot vaga sidera, ut iam prius dictum est, sursum in aetere, hoc est in ipso liquidissimo ignis ardore compareant.* No se haga pues espantadizo Macrobio, de que se le atribuya al incendio cualidad, que a ninguna de sus pasiones se contraría. Déjelo para cuando oiga al Madaurense Filósofo cuyo anillo de oro en la elocuentísima oración que hace a la luna, entre otras útiles benignidades de influjo le dice, que a sus fuegos húmedos deben su nutrición alegre las semillas. *Luce faeminea conlustrans cuncta maenia, et udis ignibus nutriens laeta semina.* ¿No es más esto? ¿Cómo no los asombra el fuego húmedo y los admira la llama líquida? ¿Cómo no reclaman contra estos aguados o mojados incendios, *udis ignibus?* Pues es verdad, que Filipo Beroaldo dijo que esta plática de Apuleyo con la luna era de entre los arcanos de la filosofía y erudición egipcia, *Plurima ex secretariis Philosophiae, et Religionis Aegyptia:* y que esta oración no era jumentil (como se finge) sino Teológica. *Eloquenter explicatur orationem Asinalis; sed Theologica.* Parece que han dado los filósofos en mojar los incendios, o en humedecer las llamas. Responda Macrobio, o sus fiadores ¿Qué es lo que entienden por *udis ignibus*; húmedos fuegos? Y si afuera de buenos filósofos dijeren que a los rayos de la luna, que aquí se llaman fuegos, denominó el otro húmedos, causaliter, pero no formaliter. Les preguntaremos, que porqué el fuego de Virgilio no será también líquido causaliter; siendo su efecto liquidar, no menos que lo es de la luna el humedecer.

En fin, pues aquí Macrobio se admiró mal, y juzgó peor, como dijo Cerda: Non apte Macrobius exprompsit in Virgilium suam criticam, cum scripsit, audaciae maximae fuisse, dici ignem liquidum. También Faria, que en eso lo sigue, censura ineptísimamente, y con menos disculpa que el otro que sólo dice que fue atrevimiento y no más: y cuando esto se le note a Góngora, no lo negamos. Que atrevimiento fue embestir Atilio cortado el brazo diestro, con sólo el escudo, vibrando rayos de furor por los ojos con toda la nao de Masilia hasta rendirla él solo, pero fue arrojo ilustre. Atrevimiento fue acometer Aristómenes con todo un ejército y matar cuatrocientos lacedemonios de una mano, pero fue osadía heróica. Atrevimiento fue prender el famoso Cortez al Emperador Montezuma dentro de su corte misma ceñido de innumerables bárbaros; pero fue audacia loable. Atrevimiento fue conquistar Góngora frases nuevas, periodos exquisitos, metáforas peregrinas, pero fue insigne atrevimiento, que no hubiera admirado el mundo hazañas grandes, a no haberse usado gigantes osadías. Y así a Faria, cuando nos dice, que qué dijera Macrobio de estas cosas, si de Virgilio dijo aquellas. Le respondemos, que, si había de juzgarlo tan ruinmente, como de Virgilio, haríamos de la suya el caso, que de la censura de Faria contra Góngora. Luego nos embiste, con que si Don Luis por ventura iguala a Virgilio o sus defensores a Macrobio. Desatinada pregunta, indigna es de respuesta interrogación tan furiosa. Pero si hay defensores de Góngora que a Virgilio entiendan también, como Macrobio, otros lo digan: que aquí con más modestia sólo dijimos que en algunos lances que ocurren entre Don Luis y Homero, Ovidio y Virgilio, no pocas veces sale más airoso Góngora, venciendo algunas la lyra castellana a la grandeza griega y latina: porque lo demás se quedó para Faria, que para ensalzar a su Camoens echa a rodar los Virgilios, los Horacios, los Píndaros, los Homeros, los Plautos y Menandros. Aquí los atropella, aquí los excede, aquí los anochece, pues la fábula de Adamastor, dice él, que sin duda hace sombra a Homero y a Virgilio. Y es tan dueño de estas arrogancias, que ya no nos quiere dejar de barato algunas migajas de vanidad, para que comparemos a Góngora con Virgilio, pues pudiera, ya que Camoens le oscurece y excede con tantas distancias, sobramos el que le cotejemos igualado, ya que él se lleva lo excedido.

MANUEL DE FARIA. §. VI.

*P*or ventura ¿La poesía no está sujeta a leyes, o juicio, a cordura, a inteligencia, a suavidad y a cláusulas líquidas? Dicen algunos que me atrevo a mucho, en querer deslucir lo que tantos aprueban. Respondo, que no pretendo negar a Don Luis la alabanza a donde la merece: ni tengo por ignorantes los que le aprueban a donde no lo merece: pero téngolos por mal informados y que miran sólo a la flor superficial; y el seguir muchos una cosa no la califica; aunque la esfuerce. La mayor parte del mundo sigue a Mahoma. Pregunto, si eso califica sus preceptos. Pues entiendan cierto, que Don Luis es el Mahoma de la Poesía, que predicando que venía a mejorarla en España, la inficionó con errores: Cogitavit, ut faceret uvas; et fecit labruscas.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN VII.

Gran patrón tienen las leyes poéticas en Faria. Celoso de su observancia acusa a nuestro Góngora por transgresor de ellas. Pero ¿Quién no se reirá de ver acusado de ese crimen, a quién no contento con sólo observar todas las de la poesía castellana, pero introducido en las clases griega y latina, descubrió nuevos preceptos a que regularse y solicitó leyes extrañas a que ceñirse? Él lo dijo hablando con los Patos de Aganipe.

Pisad graznando la corriente cana
del antiguo idioma, y turba lega
las ondas acusad cuantas os niega
ático estilo, erudición Romana.

Olvidósele a Faria el que poco antes conjurado con Macrobio condenaba la osadía Virgiliana, de llamar líquido al fuego. Y ahora dice, que la poesía está sujeta a leyes y cláusulas líquidas. Como si las cláusulas tuvieran bula para ser más líquidas que el fuego: y no siendo atrevimiento esto, ha de ser audacia aquello. Demos, que Góngora tal vez exorbitase de la norma poética (que es falso y soñado). Por ventura el mismo Faria defendiendo a su Camoens no dijo: Tanto respeto se debe a los grandes hombres, que ni de todo se les ha de pedir cuenta, porque pueden dar leyes ellos, y dárselas a ellos, sólo lo podrán hacer otros mayores. Pues véase ahora si quién lo dijo es mayor que Góngora, para doblarle la cerviz al yugo de sus leyes: Que Don Luis con la autoridad que le decora, puede estatuir las y discernirlas como varón grande. Como creyó su comentador Don García Coronel, cuando viendo la novedad de la composición del soneto 88 dijo: Autoridad tuvo Don Luis de introducir estas novedades. Deseamos ver estos quebrantamientos de las leyes poéticas, salgan a luz estas facinerosas transgresiones: porque hasta ahora Faria no ha exhibido más que saltos de cabras ridículos, hipérbatos mal entendidos y metáforas peor penetradas. Cuerdos eran los que le decían que se atrevía a mucho, en querer deslucir lo que tantos aprueban, porque eso de deslucir al Sol, es vanidad imaginaria de vapores ruines que suben borrones, para despeñarse lágrimas, siendo así, que lo pardo que anubla sólo es tiniebla de la nube; no opacidad del flamantísimo planeta. Dice que no

pretende negar a Don Luis las alabanzas, a donde las merece. Como si aquí hubiéramos menester sus elogios. Nunca las diga ni jamás las de, que de sabio que (fuera de Camoens) no supo más que alabarse a sí mismo, y en cuyas palabras padecieron común oprobio y vilipendio universal tantos hombres insignes: más son de estimar los desprecios que los loores, pues vituperios de quien aborrece tanto bueno; más que lastiman, halagan, más que afrentan, acreditan. Por eso dijo Tertuliano que cuando no afianzaran a la religión Cristiana tan soberanos créditos; bastaba para calificarla de loable, el haberla aborrecido Nerón. Tali dedicatore damnationis nostra etiam gloriamur, qui enim so it illum, intelligere potest, non nisi grande aliquid bonum a Nerone damnatum.

Añade, que no tiene por ignorantes a los que le aplauden sino por mal informados, etc. Pero diciendo después que Góngora inficionó a España con errores; ¿Qué más ignorantes los ha de llamar, si les culpá, que aplauden errores? Y no entendemos ¿Qué es lo que quiere decir en que el seguir muchos una cosa no la califica, aunque la esfuerce? Porque la certidumbre, o probabilidad, que proviene de principios extrínsecos a una opinión, lo mismo es esforzarla muchos, que calificarla muchos; y si no la califican, menos la esfuerzan, y si la esfuerzan, es imposible no calificarla; porque como dijimos proviene esta calidad de principios extrínsecos. Pero aquí este gran Lógico ha hallado nuevas formalidades que enseñarnos.

Si a Mahoma sigue la mayor parte del mundo, y no califica su pestífero dogma el innumerable séquito de tanta muchedumbre; sepa Faria, que no supo lo que se dijo: que a Mahoma por la larga del apetito, y por lo licencioso de la sensualidad bestial, le siguen hombres ignorantes, brutos, ciegos, bárbaros, selváticos y bestiales, pero a Góngora que no escribió para todos, penétranle los discretos, sóndale los eruditos y apláudenle los doctos. Pues de aclamar bárbaros, y de calificar doctos, véase la distancia que hay. Siempre son pocos los Sabios, y si por haber banderizado Góngora más doctos en su aplauso, que otro poeta, parece que son muchos los que le aclaman, perdónesele a Faria, haberlos comparado con los Sátiros y jumentos de la Morisma. Perdónesele también el desahogo de llamar a Góngora Mahoma, que inficionó de errores a España: porque aquí no tratamos de vengar oprobios con oprobios, que es puerilidad, sino de satisfacer calumnias con razones y desvanecer escrúpulos con evidencias.

Pésanos de que tan indignamente traiga un texto sagrado para profanarle con su mordacidad, con ser que el Cogitavit ut faceret uvas, et fecit labruscas, por más que adulteró el Expectavit en cogotavit, ni es a propósito, ni él lo entiende.

MANUEL DE FARIA. §. VII.

*P*eor sus secuaces. Estos serán gustosos en parte. Pero razonables jamás lo serán en las orejas cuerdas y judiciosas científicas: y el ingenio (que ese no se le negamos insigne) no coloca a nadie en el asiento de la verdadera gloria. Yo venero a Don Luis: y digo que en lo que escribió antes de aquel capricho, o libre de él, es excelentísimo y casi invencible en muchas cosas, al menos en las burlas; y esto es porque esas no constan de ciencia sino de ingenio y genio para ellas; y seguramente creo que, si esto faltase en el tomo que vemos impreso de sus obras, poquísimos le conocieran. Y si yo fuera enemigo de quien le alaba por lo otro, no le deseara mayor mal que haberle descubierto el juicio.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN VIII.

*I*mitar lo grande siempre fue tan difícil como deseado, mal se remeda lo soberano. Por eso diría Aristóteles, que abatió las plumas la pintura, y sofrenaron su osadía los pinceles en retirar el Arco celeste. Aquel nácar de los cielos, aquel zafiro de las nubes, aquel verdor del iris etéreo, aquel colorido celestial quizá por serlo, no se permiten traducir fielmente a la tabla, por más que Apeles encienda los carmines, o sude los pinceles, Soli colores Iridis non possunt fieri a pictoribus.

Muchos acometieron a la imitación de Góngora, y viciando sus versos, por alcanzar aquella alteza, ocasionaron a Faria, a que dijese, inficionaron peor, que Góngora sus secuaces a España. Contestamos que aquel peregrino ingenio tan soberanamente abstraído del vulgo, fue inimitable, o se deja remedar poco y con dificultad. Eso tiene lo único, eso tiene de estimable el Sol, que no admitir émulo feliz tolerando las competencias, es la valentía de lo singular. Si os parece fácil imitar a Góngora, durará la presunción hasta la experiencia; pero estimaréis la hermosura de sus versos a costa de vuestra flaqueza y desengaño: así decía Plinio el Menor que entonces reconocía la sublimidad de los versos de Antonio, cuando él intentaba emularlos. Cum versus tuos aemulor, tum maxime, quam sint boni experior. Suele atreverse el pincel a copiar una perfecta y absolutísima pintura, y refiriéndose el original, rebatiendo conatos y esgrimiendo primores turba al Artífice, tanto que mientras más trabaja, por trasuntar la idea con vizarría, empeoran las porfías el trabajo con desaire. Así las imitaciones que acometen al ejemplar de aquella poesía, resbalan del original y desmienten con el desempeño sus esforzamientos. Ut enim pictores pulchram, absolutamque faciem raro, nisi in peius effingunt, itam ego ab hoc archetypo labor, ac decido. Y eso ha sido lo mayor de Don Luis, escribir versos, que todos anhelan por imitarlos y nadie, o pocos, arriben a conseguirlos. Ut quam plurima proferas, quae imitari omnes concupiscant; nemo aut paucissimi possint. En particular lo dijo de Góngora su comentador Don Joseph Pellicer en la Dedicatoria al Infante Cardenal. Irritados (habla de envidiosos) de genio tan más allá de todos, que pudo y supo mejorar el idioma castellano, enseñando rumbo entre la novedad misma docto; y grave con la imitación de griegos y latinos, conspiraron contra él y echando la culpa al estilo bien

admitido de todos y mal imitado de muchos, de cuanto los cansaba su ingenio se dio por ofendida la calumnia, se agravió la envidia, etc. Sin duda dijo bien: pues por más que lo afecte curiosidad presumida, siempre se queda aquel estilo bien admitido de todos y mal imitado de muchos. Porque son sus colores los del Arco celeste inimitables a la fatiga, Fénix en fin raro cuya pluma y matices en líneas de celestes renglones iris forman no corbo, que en altísimos vuelos se ostenta a los remedos fugitivo, y a las admiraciones sereno. Así lo dijo él de sí mismo en cabeza del Fénix.

El Pájaro de Arabia, cuyo vuelo
arco alado es del cielo
no corbo; mas tendido.

Ya su colocación se ve introducida aun en lo sagrado de los púlpitos. Los mayores oradores de España y América imitaron la transposición. Allá Hortensio severísimamente hablando dijo: Armará en ojos insoportables, iras fulminará eternas: y en otra ocasión: al espejo de sus claridades inmenso. Acá Don Juan de Cabrera: Una de las más erróneas al parecer impiedades. Y otra vez. En este que me escucha vigilante corazón. No es de extrañar en Hortensio, que le siga en prosa, cuando siempre le emitió en verso. También Don Joseph Pellicer y Don García Coronel son perpetuos discípulos de aquel bizarro espíritu. Hortensio en el tomo que anda de sus poesías, demuestra bien, cuánto se fatigó remedando aquellas ideas. Calló otros así Españoles como Peruanos, que siguieron esta senda: pero de todos habla agriamente Faria en su fuente Aganipe, tomo 2 y espumando las hieles, que suele contra Don Luis, dice de él y de ellos. Góngora ingenio grande; más duro siguiéronle en esta composición otros, errando menos en eso, que en pensar, le imitaran, que si bien no es digno de imitación, y ninguno de los que intentaron la consiguió, es dignísimo de veneración por el singular ingenio, que por allí vino a descubrir. Quede recomendada esta dificultad con sólo que el más elocuente ingenio de España más fina se hizo inimitable en el estilo oratorio suyo, que émulo del poético de Góngora. Este es el Maestro Fray Hortensio Félix Paravicino, varón sin duda grande; y no lo fuera a proseguir la imitación de Góngora por las floridísimas veredas de aquel monte, que tan studiosamente tuvo emprendidas, quiso imitar con los pinceles de todo su caudal aquella idea; no pudo arribar más que a la hazaña de haberle

con los diseños dado algún aire. Desquitóse empero en la oratoria haciéndose en ella el Góngora de los Declamadores: pues de tantos que aspiraron a su competencia apenas hay quien dibuje sus huellas, cuando apenas hay quien no amague sus pasos. En cierto estudio nos hallamos un día donde se descogió un hermosísimo lienzo de aquella mano. Era de la fuga y desastre de Absalón célebre por cierto con razón por la viveza de los colores, y por la valentía de su primor. Corrióse el velo, y era esta la pintura.

Hortensio fer. I de Adu. §. 3. “Mirad hacia lo más de ese campo, veréis que viene huyendo Absalón la indignación de su Padre, desapoderada corre la bastarda bestia, en que se escapa el pie frecuente al cuidado, largo el freno a la huida, caliente al hierro la boca, ya llega a aquellas encinas, algo medroso a las sombras, más al estorbo medroso. Detente ardor juvenil para fugitivo inconsiderado, que te despeñas en llano, guarda, guarda de ese tronco, baja la cabeza a esa rama, recoge las guedejas, que vuelan mucho: a que te traban en ella, a que sirven no de lazo sólo, sino de sogas, ten atado el freno: ay que perdiste las riendas, no pierdas los estribos también, que no hay detener el bruto firme, que deja la silla, échale a la cerviz o al cuello las manos, no te falte su cabello, ya que el tuyo te ha sobrado, pasó la bestia mestiza, así infiel: ay que te quedas pendiente también del árbol, maltratado de las ramas mal atento joven; ay negro cabello de oro, y que altamente te pierde, así es. No veis que le viene siguiendo un soldado, no es sino un Capitán, el Generales, si: Joab sin duda, Joab es, terciando viene la lanza, ya se detuvo y la arroja, por el pecho le atraviesa, otra le da un soldado, y otra: todas tres las logra en el desdichado, ellas quedan blandiendo, Absalón palpitando, Joab triunfante. O malograda hermosura, miserable juventud, espectáculo horrendo a todos”.

Enamorado otro de la descripción, cogió el carboncillo, y afilando el dibujador con propósito de no dibujar a Joab, más que al Absalón, por copiarle, acometió a este rasguño. “Tened la vista del espíritu por el llano de aquella campaña, envuelto en nubes de polvo se desbarata un poderoso ejército entre el estruendo de alaridos y a tambores: fugitivo atraviesa el bosque en apresurado tropel un mancebo, que del estrago escapa. Absalón es, que huy de la batalla, Absalón sobre un bruto, que bañado de espumas el freno, teñidos de mucha sangre los

hijares, a todo correr endereza a los encinos. Pica, pica Príncipe mal aconsejado: Cometa parece en la fogosidad, como en lo cabelludo, pues lamiéndole el viento la melena en ondas de oro dilatada, se tremolar poderosamente sus rizos por el aire. Más hay que al romper por la espesura, el ganchoso tronco de una encina le trabó enmarañadas las guedejas: confuso ignora, si ataque el bruto que apresura o desgaje la rama, que prende, tiró repelado las riendas; mas mordiendo los alacranes el freno, pasó espumoso el mulo desbocado, crujió el tronco, cabeceó el árbol, encorvóse el ramo, sonaron las hojas, pendió el joven: ay belleza desdichada, infeliz hermosura, malograda juventud que perdiste la ocasión de reinar con más venturas; ¿Y cogióla por el cabello tu fortuna? La verde encina, que coronara el copete a tu fortaleza, ya sirve de frondoso patíbulo a tu osadía; pues rindes en miserable suspendio el pelo a los ramos, el corazón a tres lanzas, la esperanza a los aires, la vida al malogro, la lástima al orbe y el escándalo a los siglos”.

Solemnizóse el bosquejo, examináronse fracciones, aplaudiose la copia y no faltó quien la hombrease en lo crespo de la frase con el original, como quiera que aquello de ¡Ay negro cabello de oro! Es una exclamación tan bella que, aunque las demás porciones de la hipotiposis quedaran competidas o superadas; ella bastaba sola a asegurar de vencimientos al ejemplar. En fin, más a riesgo de venturosa emulación vemos a Hortensio en sus prosas, que, a Góngora, de que Hortensio le remede los versos con felicidad; con ser que Hortensio y Góngora han echado a perder más ingenios en su imitación, que juicios la Piedra Filosofal en su seguimiento. No tienen la culpa las facciones grandes de que se le atrevan competencias, aun a la misma individualidad. De que Salmoneo mintiese el estruendoso embeleso de los rayos, ¿Qué culpa tuvo Júpiter, que únicamente los fulmina? ¿Cuándo sea muy bien lograda la imitación junto a las vivezas de la idea; no sólo descubre la memoria: pero aun la monería? Eso tiene de vitalidad el genio propio, que menos que en el sujeto nativo, no tendrá consistencia en otro. Empresa fue siempre ardua el lograr las semejanzas, afectando las imitaciones, lo que se compite, mejor suele ser tal vez repasallo, que seguillo: porque quien lleva bríos de exceder, puede lograr la ventura de igualar. Nam qui agit, ut prior sit (dice: Quintiliano tratando del punto) forsitan si non transierit; aequabit. Pero sólo a aquel no podrán alcanzar, a quien siempre le atienden los pasos

y le compasan las huellas, por ser preciso, que siempre se quede atrás, quien siempre trata de seguir. Eum vero potest aequare, cuius vestigis sibi utique insistendum putat; necesse est enim Semper sit posterior, qui sequitur. Acabáos de persuadir que muchas veces fue más fácil hacer más, que hacer otro tanto: tan ardua es de recabarse una semejanza; que apenas acierta a dibujarla aun la naturaleza misma. Adde quod plerumque facilius est plus facere, quam ídem, tantam enim difficultatem habet similitudo, ut ne ipsa natura in hoc ita evaluerit. Y donde aún estas esperanzas acabaron de marchitarse, es en la imitación del estilo de Góngora, que de suerte se levanta, sublima y erige, que rematan sus cumbres en despeñadero, como decía Plinio de la elocuencia eminente. Effernescere, efferti, ac saepe accederé ad praeceps. Porque no hay celsitud, que no empariente con los amagos del precipicio, Nam plerumque altis, et excelsis adiacent abrupta. La de Góngora está tan cerca de él que de su sublimidad al despeño sólo dejó un paso; quien le diere primero se hará pedazos, que se le adelante. Pues ¿Para qué le compiten carrera, en que no han de ganar sino ruinas o atrasamientos?

Aun en las excelentísimas oraciones de Tulio (entre otros defectos) repararon, era enfadosa una cláusula continua, un deo frequentísimo en que remataban los más de sus períodos, que era el esse videatur. Pues de a legua se le puede adivinar, que la sentencia tiene precisamente de cerrar con su esse videatur. Notolo Tácito. Nolo irridere, rotam fortunae, et ius Verrinum, et illud tertio quoque sensu in ómnibus pro sententia positum: Esse videatur. Muchos imitaron la elocuencia de Cicerón y muchos que no pudieron, dieron qué reir a Quintiliano con dar a entender, que ya le tenían imitado con sólo largar el esse videatur una y otra cláusula. Noveram quosdam, qui se pulchre expressisse genus illud caelestis huius indicendo viri sibi viderentur, si in clausula possuissent: Esse videatur. Así pues, entre nuestros imitadores vemos, que quien sabe decir, el ronco de los bárbaros estruendo. O dice: Esta si no mortal, veloz saeta. Con dos hipérbatos, seis veces y pluma calzada o aljófares vestida. Si tiene persuadido, a que el alma de Góngora se le pasó a sus carnes. Pues desengañáos legos, desengañáos presumidos, (aunque lo mismo sóis presumidos, que legos) y teneos por notificados, que lo sumo, lo grande, lo superior de los oradores o poetas nunca se puede imitar como el ingenio, la invención, el vigor, la facilidad, y todo lo que no enseña el arte, algo

tiene empero común, y mediocre la elocuencia grande, y esto sólo se os permite, que remedéis. *Ea, quae in Oratore máxima sunt, imitabilia non sunt, ingenium, inventio, vis, facillitas, et quidquid arte non traditur.* Y concluye: *Habet tamen omnis eloquentia aliquid commune, id imitemur, quod commune est.* No me arguyáis, que os niego el imitar a los varones grandes, cuando no hay escuela en que no se nos propongan ejemplares insignes para eso. Porque aquí sólo os distingo dos porciones en el estilo: una, hija de la naturaleza, que no se alcanza y otra parto del arte, que se consigue. Así os lo enseñan juicios grandes. Tienen los dechados un no sé qué de natural gracia y hermosura, un cierto donaire insito (como dice Halicarnáseo) *Quod omnibus archetypis et exemplaribus naturalis quaedam venustas, et gratia conveniat.* Y aunque la copia haya llegado a la suma excelencia de la imitación, jamás deja de traslucírsele lo contrahecho de la afectación desairada. *Quamuis ad summam imitationis excellentiam perveniant, affectarum quiddam et non naturale accedit.* El estilo de Don Luis sólo puede ser suyo, en él es facción; en otro máscara. Siempre la veneramos, nunca presumimos imitarle. Dar a logro el talento de la naturaleza si le adelanta el arte, y le duplica la cultura, tenemos por úsura hidalga y por la más segura; porque quien se halla mal con el genio propio ¿Cómo hará milagros con el ajeno? Finalmente, el refrancillo de cada uno estornuda, tenemos por infalible, porque cada una está necesitado de la naturaleza a no desmentirla. Aun de aquellos cuatro Divinos Animales, que tan lúcidamente volátiles tiraban la carroza de Dios con ser que todos volaban poblados de alas, y esgrimiendo plumas reparó el Profeta, que el águila sobresalía remontada encima de los demás. *Et facies Aquilae desuper ipsorum quatuor.* Y era que, aunque todos batían plumas, eran nacidas las del águila, y las del novillo advenedizas. Mucho volaban el hombre, el león y el buey con sus alas, pero eran prestadas y cedían ventajas a las nativas, y apostar un buey por emplumado que esté con un águila al vuelo, sólo es colocarla sobre su cabeza a que remontada le enseñe, no ser lo mismo arrastrar flemáticamente la reja por el barbecho, que aventar con velocidad el plumaje por las nubes, *desuper ipsorum.* Por eso llamaría (claro está) Lope de Vega, Icaros a los imitadores de Góngora, porque siendo contrahechas las alas de su osadía, es preciso ser arriesgado el vuelo de su emulación. Alábale primero, y luego dice que sus imitadores son los que han menester las defensas, que por Don Luis se hacen ostentosas.

Claro Cisne del Betis, que sonora
y grave ennobleciste el instrumento
más dulce, que ilustró músico acento
bañando en ámbar puro el arco de oro.

A tí la lyra, a ti el Castalio Coro
debe su honor, su fama y su ornamento,
único al siglo, y a la envidia exento
vencida, sino muda en tu decoro.

Los que por tu defensa escriben sumas
propias ostentaciones solicitan,
dando a tu inmenso Mar viles espumas:
los Icaros defiendan, que te imitan,
que como acercan a tu Sol las plumas,
de su Divina luz se precipitan.

Es forzoso el precipicio, siempre que tratare de volar quien no ha nacido pájaro, que no bastan plumas para el vuelo, pues aunque de ellas se hacen las alas, también los plumeros.

Basta esto de los que Faria mentó diciendo, peor sus secuaces, lo demás es mera pugnacidad sin fuerzas, ni fundamento. Dice serán los versos de Góngora gustosos en parte; pero no las orejas judiciosas y científicas.

A que decimos, que conocemos muchos de hombres más doctos que él, que no sólo se deleitan mucho con su armonía, sino que la recomiendan con veneración. Dice que también él le venera; pero esto es hipocresía, cuando constan sus vejaciones. Llámale casi invencible en lo que escribió antes de aquel capricho, y el capricho es hipérbatos. Que las burlas en que es excelentísimo no han menester ciencia, sino ingenio, y genio para ellas. Hasta los aciertos que confiesa, los pellizca con el rencor, como si todo lo científico, y artificioso que puede ennoblecer una lyra, no hubiese resonado en la de Góngora con admiración del mundo. Mirad lo que decimos a esto en la sección undécima, número 116.

Añade, que a faltar las burlas en sus obras, poquísimos le conocieran. Este hombre, aun de los pensamientos ajenos y futuros quiere ser árbitro. Pero diga si el Polifemo, Soledades y Panegírico tienen burlas. Y si no las tienen, ¿cómo los conocen tantos por de Góngora, y él mismo las llama poesías singulares en la opinión de los sectarios? Y si son muchos los que siguen a Góngora, y aun tantos que los comparó con los discípulos de Mahoma: ¿Cómo dice ahora, le conocieran sin las burlas muy pocos, cuando eso, que carece de ellas lo conocieran tantos? Añade que no le quisiera mayor mal, si fuera enemigo de sus aplausos, que haberle descubierto el juicio: ¡Qué gracia! Ciertamente, que puede estar muy vano de tan glorioso descubrimiento. Desde que Faria escribió este (¡Ay triste!) ya no hay quien lea a Góngora, no hay quien aplauda sus versos, no hay quien estime sus números. En verdad que no pudo hacérsele mayor daño, que haber desengañado al mundo. Descubrióle Faria el juicio y eclipsóse Góngora, espiró aquella Musa. O poder grande, o elocuencia fatal de Faria, que su arbitrio deguellas aplausos, apagas opiniones, destruyes famas, aniquilas renombres. Mas como le venera ¿Quién así le desacredita? O ¿Cómo le vitupera quien tanto dice que le respeta? Delira la envidia, titubera el odio, confunde contrariedades la iniquidad. Importa un ardite, le venere o no le venere, le precie o le desestime: porque la Musa de Góngora es de la complexión de la Virgiliana, en que ni crece con los elogios, ni con los vituperios mengua. Ea est Maronis gloria (die Macrobio) ut nullius laudibus crescat; nullius vituperatione minuat.

MANUEL DE FARIA. §. VIII.

*H*ablo en general, que en particular no hay duda, que en el Polifemo y Soledades hay cláusulas beneméritas de poeta de estima. Más por una parte la lujuria del ingenio, y por otra la falta de fuerzas para concluir las obras le ataba e impedía: sino díganme sus devotos ¿Por qué no acabó la obra que empezase de las que aspiraban a tener cuerpo de principio, medio y fin? Las Soledades, Panegírico y dos Comedias, tuvieron principio, pero no tuvieron fin, ni aun medio: y el Polifemo acabado tiene poquísima traza.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN IX.

*P*areciose a Faria, que descubría mucho la venenosa y profundísima llaga de su envidioso corazón en haber prorrumpido tan pestíferos hábitos: y por no hacer patente su dolencia, moderó la censura y templó artificiosamente el juicio, como enmendándole con decir: hablo en general, que en particular no hay duda, que en el Polifemo y Soledades hay cláusulas beneméritas de poeta de estima. Estas son caravanas de desmentir la envidia, pues por disimularla en hábito de celo, o crítica doctrina a cada paso nos enfada con sus reverencias y veneraciones. Ya confiesa cláusulas estimables y de poeta benemérito en el Polifemo y Soledades, y no ve, que de allí se colige, serlo también las restantes, porque la frase, la sentencia, el estilo, la colocación, es tan semejante, y tan indivisible en todas, como fue uno el espíritu, que en sagrados furores las dictó altamente arrebatado. Esto no necesita de más probanza que de la exhibición de los versos, léanse, y sean los ojos árbitros de su igualdad con el juicio: que si hay cláusulas de estima, todas la merecen, o todas deben proscribirse, si períodos hay dignos de obelo. Tal es su uniformidad, tal su consonancia.

El que Don Luis no hubiese dado fin a las Soledades, Panegírico y Comedias, no convence falta de caudal en aquel espíritu; sino poca ambición de dar a la prensa sus escritos. Lujuria de estos tiempos insaciable; que en los pasados era sólo comezón importuna, como dijo Juvenal.

————— Tenet insanabile multos
Scribendi cacoetes.

Y fue también notaria falta de Patronos, pues no habiendo Mecenas, que aliente propicio, no hay que extrañar Poeta que fallezca desvalido. Fuese en fin esto o lo otro, el no concluir algunas obras, habiendo otras que basten para el crédito, no arguye en hombres de aquel tamaño falta de capacidad. O dígase que el mayor Poeta, que conoció la naturaleza no la tuvo, pues no sólo dejó de acabar su Eneida, poema divino, pero versos particulares de ella no pudo o no quiso concluir, de que vemos tantos hemistiquios en sus obras. Y quien será

tan ignorante, que porque Virgilio no pudo acabar una decena de versos, o no quiso, le acuse de crimen de lesa Poesía, por falta de fuerzas de ingenio y espíritu. El mismo poeta en su testamento mandó que por imperfecta y no acabada su Eneida, se entregase a las llamas, Testamento comburi iussit (dice Donato) ut rem inemmendam, imperfectamque. Pues los retazos de versos, que así quedaron, digan Tuca, Varo y otros muchos, si han podido ser zurcidos, con haber acometido este suplemento los mejores ingenios de aquel siglo. Y responderán, que aquello imperfecto, manco, y no cabal de Virgilio se quedó así para confusión de presumidos y arrogantes, que con todo su caudal no pudieron remendar cuatro hemistiquios: ¿Qué fuera todo el poema? Ni Virgilio acabó su Eneida, ni Lucano dio fin a su Farsalia, ni Claudiano concluyó su Rapto de Proserpina, ni Ronsard su Franciada, ni otros muchos clarísimos varones, ni por eso perderán la corona, que sus gloriosas fatigas les ganaron. Pues del ingenio de Góngora se ha de presumir, que no acabase una Comedia, porque no pudo, cuando no hay hoy zapatero de viejo en España, y aun en nuestras Indias, que no las escriba a docenas? Digan eso los que se atrevieren a calumniar de sin fuerzas, de enervado, de lánguido el genio Virgiliano, sólo porque no pudo acabar aquel verso.

Proice tela manu sanguis meus —————

Eso imperfecto, eso por acabar, que se dejó Góngora, es mucho mejor, que lo muy concluido y sellado de los otros. Y eso poco ha sabido arrastrarse al mundo erudito a sus admiraciones.

Lo grande no está en lo mucho. Nunca es poco lo bueno. El bulto del libro sólo denota que tiene mucho papel. No crecen los tomos por echar hojas, sino por madurar frutos: eso les quedó a los libros de su linaje de árboles. Al otro profeta se le mandaba hacer un libro grande, Sume tibi librum grandem: y al cabo no contenía más que cuatro palabras todo aquel tomo. Spolia detrahete, festina, praedari. Y aun de todas estas las dos primeras eran título (dice Vatablo) con que no quedaban más que otras tantas para toda la profecía. Haec duo verba sunt vice tituli, duo sequentia sunt ipsius epistolae. Para que acabásemos de creer, que podía ser libro grande libro de dos palabras.

Escribió Faria unos cuatro o cinco tomillos de versos, y parecele que estos le hacen mayor poeta, que es Góngora con el suyo. Más como no se regula por pliegos el espíritu, podrá aquel decirle lo que Marcial al otro.

—————Tu bis denis grandia libris
qui scribis Priami praelia magnus homo es.
No facimus Bruti puerum, nos Lagona vinum,
tu magnus luteum Gaure Gigante facis.

Libros grandes, grandes prosas escribes con grande nombre, porque es fuerza ser gran hombre quien escribe grandes cosas.	Tú en lo grande eres vizarro; y es chico cuanto yo escribo. Yo hago un niño, pero vino, tú un gigante, mas de barro.
---	---

El Polifemo acabado dice que tiene poquísima traza: y en verdad, que se lo hemos de averiguar. Esta poca traza ¿Respecto de cuál es poca? (porque poco y mucho no son contrarios, como enseña el filósofo, sino relativos: y es preciso que esta traza en orden o alguna mucha, o mayor sea poca). Diga pues Faria si es poca, o porque Don Luis la pudo hacer mayor o porque los poetas griegos o latinos, trazaron mejor esta fábula. O porque el mismo Faria la pudiera haber mejorado, o escribe otras fábulas de más traza.

En lo primero fácilmente queda convencido, con que bastó haber Góngora dado aquella traza, que otros no sólo no han excedido, pero ni aun igualado y aunque de su ingenio se cree la pudiera haber superado; él no estaba obligado a exhibir la mayor de su posibilidad: pues aun Dios con obrar con sólo querer, no debe hacer lo mejor que puede obrar. Ganen el tiro de aquella barra, que, si Góngora la puede adelantar, eso está por hacer y respeto de lo que no es, nada es mayor, ni menor. En lo segundo, salgan a luz de los griegos Teócrito y de los latinos Ovidio, que más profesamente cantaron los amores de Polifemo. El griego no sólo no escribe mejor que Góngora este asunto en el Idilio undécimo, no intitula Cyclops. Y comienza: Nullum contra amorem est remedium aliud. Pero es indigno aun de ser admitido al certamen. Allí propone al Jayán Pastor enamorado, y a Galatea Ninfa desdeñosa, y

luego introduce rústicamente aquella cantilena pastoril, que comienza. O candida Galatea. Consta de requiebros a su hermosura, y ofertas a su esquividad, y con dos frialdades, se acabó el cuento. Además, que la campestre Musa de Teócrito (según Quintiliano) no sólo huye de la majestad cortesana; pero aun de la policía cívica se aleja temerosa. Sed Musa illa rustica, et Pastoralis, non sorum modo; verum etiam ipsam urbem reformidat.

El latino la escribió con acierto en el treceno de sus Metamorfosis y así le atendió Góngora por dechado de aquella labor insigne y tal cual es aquella traza del ingenionísimo Ovidio, toda la embebió en su Polifemo; pero con tantos raíces, que variándola de bellísimos episodios, descripciones, frases, sentencias y esquemas, queda el dechado, como suelen quedar las líneas del dibujo, sobreviniendo la bordadura de oro y perlas. A quien esto dudare le es fácil abrir ambos libros, y conferir una traza con otra, un ornato con otro. Dejó los lances en que de Homero y Virgilio se vale con ventaja en lo que toca a la robustez y deformidad del Gigante en cuya descripción los dejó atrás. Ya por esta parte no le exceden, ni Teócrito, ni Ovidio en la traza de esta fábula; aquel porque ninguna tiene: este, porque sobre toda la de él, añadió Góngora la suya. Luego respecto de estos no es poquísima la traza del Polifemo, como dice el Sicofanta.

Resta lo tercero, ¿Ver si es poca, respecto de la que puede, o suele disponer Faria en sus poemas? A que responderá Góngora lo que Marcial en semejante caso.

Ista tamen mala sunt, quasi nos manifesta negemus
haec mala sunt; sed tu non meliora facis.

Cuanto escribo, es manifiesto,
que es malo, mas si lo igualo,
veo, que siendo esto malo,
nada haces tu mejor que esto.

Por ventura ¿Es muchísima la traza de Faria en su fábula de Dafne y Apolo, o la de Tamiras y las Musas? ¿O es mayor la de Pan y Apolo y la de otros poemas ridículos, fríos, lánguidos, forzados, inertes, malpuestos y bien cacareados, como los que su clueca Musa abortó en

el 2 tomo de su Aganipe? (Dejo los pecados de los demás, porque se haga la comparación de fábula con fábulas). ¿Y a quién no asombrará tanto disparate, como agregan en los esdrújulos forzados de que tejió el poema de Tamiras? Donde por consonante de número, largó cucumero, qué malos cucumerazos le habían de dar al cucumero de sus cascos, pues aun en latín es cucumis. Pero donde se ensartan saturnicos, admirables, eburnicos, orfenica, puerpera, perpera, faxatiles y otras monstruosidades semejantes, bien podía pasar el cucumero. Y la gracia de todo es, que al fin de tanto desatino sin traza, quiere persuadirnos en un párrafo en prosa, que en aquel género de poesía ha excedido a cuantos con fama y acierto la ejercitaron en nuestro idioma, como el insigne Cairasco, Lope de Vega, etc.

Dejemos los consonantes forzados, que a cada paso descubren los callos del remo, y las ronchas del látigo. En la fábula de Pan acabó la estancia 56 así:

— — — — Del gran Petrarca
de líricas cadencias Patriarca.

Y es tan bueno esto, como si dijéramos, alabando al famoso historiador.

— — — — Fue Salustio Crispo
de Romanas historias Arzobispo.

Pues no sabemos si le faltaba algo para ser arzobispo a Salustio en sus historias, cuando el Petrarca con sus versos llegó a ser Patriarca.

No es tanto nuestro ocio, que le hayamos de malograr en espulgarle las boberías: basta decir que este hombre censura los versos, como que nadie es mejor; y los escribe como es peor ninguno. Horror es oírle fulminar intrépidamente su crítica, siendo en ella Corte Real, mero prosista Valdivieso, no mondado, Boyardo, mero Romancista y gran hablador, Góngora; Duro, Montemayor, infelice. El Marino, arrogante sin saber nada. El Taso, desnudo de erudición. ¡Válgate Dios por hombre! O escribe como censuras, o censura como escribes: que quien te oyere árbitro de ese Dozel condenar tantos

defectos en poetas tan ilustres, juzgará, que o los excedes, o los enmiendas, hablando de ellos como superior a sus aciertos. O cuando le valió a Lope de Vega haber sido su amigo, y dedicádole una Comedia, pues a bien librar escapó, con que escribía mejor redondillas, que otra cosa. Y aun esas dice, que las aprendió del buen aire de su Camoens. Fuele preciso prorrumpirlo, porque Lope no se le fuese sin nota: como de Escaligero advirtió en semejante ocasión Antonio Verderio. Plane adverto, Scaligerum haec in illum eructasse, ne ei innotatus abiret. Esto la valió a Francisco Rey de Francia, para acallar el mordacísimo espíritu de Pedro Aretino: (Faria de aquel siglo) pues temiéndole venenosamente satírico de las acciones de los príncipes, le presentó una cadena de oro, eslabonada de lenguas, con que enfrenó la maledicentísima del Aretino. Tra gli altri Francesco il primo Rey de Francia con averli fatto presentare una gran collana d'oro fatta a lingue raffrenó quella lingua si maledica (dice el Prontuario de las Medallas). Y el mismo temor se apoderó de quien nunca le supo tener del invictísimo Carlos Quinto, que por lo propio cohechó su malignidad con una ropa de brocado recamada de orejas de oro, y decía el picarón, que aquella dádiva le haría ensordecen, para no oír mal del Emperador, pero que no le dejaba mudo. ¡O poder fatal de una dicacidad sangrienta, que haga templar de una lengua al Héroe, que no amedrenta una bombarda: Lope de Vega con su dedicatoria y sus versos consagrados a Faria, logró lo que Ulises con el brindis del Cíclope. Donum Cyclopi.

En fin, no quedó poeta, no comentador, ni varón insigne por favorecido que fuese de las musas y la fama, que no lastimase esta pluma, y parecele que todo el humano acierto desdeñando cuantos ingenios tiene el mundo vive únicamente entronizado en el suyo, por sus frigidísimos versos entre los poetas, y por sus quiméricas observaciones entre los comentadores.

Que de estudio le costaría el comentar aquello de Camoens. De tecida seda. Donde dice, que en aquel coudir de sonidos cida seda, significó el Poeta el ruido de la seda, que con su tejido apretado suena cida seda. Como el tafetán, que en su mismo vocablo dice su sonido, tafe tafe. Esto es cosa grande. Y Góngora carece de estos misterios.

Trabajo notablemente en acomodar los dioses, que poéticamente introduce el divino Camoens en su Lusiada: y válese de unas analogías

ridículas, vanas y fantásticas, para que sean santos aquellas deidades. Y dice que Marte es San Pedro Apóstol (sería porque desorejó a Malco) y que Venus es la Iglesia Católica. Pero como la conexión de los disparates no tenga más consistencia que la que el antojo quiso trabar, en otra parte ya Marte dejó de ser San Pedro y es Santiago. Y en el canto I, estancia 37 deja de ser uno y otro; y es ya Alonso de Alburquerque: y Venus la Reina Doña Isabel. Y Júpiter, que era Cristo se pasó a ser el Rey Don Manuel y San Pedro que lo habían hecho Marte, se trueca en Neptuno en el canto 5, estancia 50. Y la razón es, porque Neptuno es abogado de pescadores en la gentilidad: y porque (es notable y profundísimo el misterio) reina Neptuno en el mar de agua salada y es fuerza que sea San Pedro, porque el agua del bautismo lleva sal: ¡Qué necedad!

Venus vuelve a ser la Iglesia Romana, y en el canto I, estancia 34 lo prueba con que el alba, que los sacerdotes visten es blanca, y así es la Iglesia Venus (a quien pintó el poeta vestida de lino puro) y hace monacillos a las Parcas, porque acompañan a Venus, y como las vestes blancas (dice) son las propias de la Iglesia, propiamente son las Parcas sus acólitas de esta acción, etc. Aquí mismo convida a los golosos de secretos, agurezas y arcanos a que le oigan en otra parte diciendo: los apetitosos de delgadezas, y secretos me vayan a oír en la estancia 18, canto 9. Quien esto oyere, pensará que yendo allí, registrará las hojas de la sibila, o romperá los siete sellos del Apocalipsis. Vayan en hora buena allá los apetitosos de delgadezas, y secretos: y verán probado, que Venus la Iglesia es tutora de sementeras, con que la Doctrina Evangélica es representada en las divinas letras por la mies: y porque Cristo dijo al Rey Don Alonso en Orique, que tenía elegidos a los Portugueses para una sementera suya en partes remotas. Si estos son misterios, secretos y delgadezas díganlo los apetitosos de ellas que a Faria, sutilísimo le pareció este hilado, pues antes de decir estas delgadezas, nos previno diciendo: Aunque todo esto no es hilado muy gordo, vuelvo con otro más delgado. ¡Presunción vana, arrogancia necia, ciega altivez! Pues a hilar estos cables el araña, no sólo prendiera moscones; pero enredara elefantes.

En el canto I, folio 128 da en que el Rey Don Manuel ha de ser hijo de la Iglesia que es Venus (y no se acuerda de esto, cuando después hace Júpiter al Rey Don Manuel, pues Venus no es madre,

sino hija de Júpiter). Pruébalo con que el ama que hizo el oficio de madre con el Rey Don Manuel criándole, era de la Iglesia, por ser amiga de un Obispo. ¡Qué iniquidad! ¿Quién tan impía, y violentamente arrastró congruencias mendigadas, para una analogía tan impropia y remota? Un príncipe tan ilustre y famoso como el Rey Don Manuel, no ha menester que le acomoden necedades sacrílegas para que la Iglesia le reconozca por uno de sus más esclarecidos hijos, y si él viviendo viera, que esta filiación le confirmaban por el lado de haberle criado una ramera y con tan notorio y escandaloso descrédito del estado pontificio, mandará borrar (creémoslo de su piedad) los insolentes caracteres, que en este libro infaman la autoridad Regia y Episcopal.

Aprenda Faria siquiera de la profanidad gentílica más modestia, pues aun en la educación de los mellizos Príncipes de roma, por no confesar los alumnos de una mujer deshonesto; los celebró colgados de las ubres de una fiera: juzgando más decente a la majestad, el que Rómulo y Remo mamasen de una loba, que no que debiesen pecho a pechos de una perdida.

Hic patrius Manortis amor, faetusque notantur
Romulei, post amnis inest, el bellua nutrix.

Había el famoso Camoens fingido con la felicidad, que suele, que el Cabo de Buena Esperanza habló una noche a los Portugueses en forma de un terrible gigante, y dícholes que fue uno de los Titanes, que dieron guerra a los dioses, y que convertido por esta osadía en aquella robustísima punta, que se descuella en esos mares, serviría de naufrago peligro a las Lusitanas flotas. Mete aquí sus misterios Faria, y persuídenos, que aquel cabo representa a Mahoma, cosa que se la creyéramos con la misma facilidad que la dijera él, pues como quiera que el sentido acomodaticio en todas materias es tan fácil, que cualquier Beata simple puede producirle con media similitud hallada, y treinta salteadas, no había para qué aglomerar tantas boberías en su probanza. Dejémoslas por muchas; aunque ¿Quién dejará de reírse de algunas ilustres? Como decir, que el gigante al responder volvió los ojos y torció la boca, señal infalible de que es Mahoma, pues como condenado está en el infierno haciendo gestos. Mas si aquel cabo primero se llamó Tormentorio, y hoy de Buena Esperanza, cuando fuese Mahoma por el primer apellido; es forzoso, que Faria haga

mayores gestos que el gigante al torcer la violentísima aplicación de esta plácida, hermosa y santa denominación, a ese infame seductor y falso profeta.

Que se llama el Jayán Adamastor, y que este nombre se deduce de adamo adamas, que es enamorar. Con que es Mahoma, porque fue enamorado de mujer ajena y concedió el trato de muchas de su seta.

Que el tal gigante, peñasco, cabo o promontorio de piedra es Mahoma, porque está en sepulcro de piedra imán.

Que Mahoma es también de piedra, porque los Moros echan por entre los muslos unas piedras hacia atrás, ceremonia suya.

Que rodean al cabo las ondas del mar, y Mahoma murió hidrópico, que es lo mismo.

Que el tal cabo por lo menos es el Demonio en figura de Mahoma, o es Baco, pues habiendo sido hidrópico Mahoma, representa a Baco, a quien pintan con gran barriga y aquel murió con otra tanta.

Pero ¿A dónde vamos? Que en estas vanísimas y mendicantísimas alusiones gasta este hombre veinticinco columnas de a folio, para risa de los cuerdos y burla de los doctos, que es el afán estudioso de la araña (como decía Camerario) cuando la trabajada tela, que tramaron sus entrañas urdida del tesón y tejida de la fatiga, al fin viene a parar en ultraje de la atención y desprecio del reparo.

Ingenti studio componit Aranea telam
et tamen a cunctis spermitur illud opus.
Sic magnas magno promissis molimine nugas
dum vigilas studiis vane Faria tuis.

Toda esta exposición es lo mejor, y más misterioso que él celebra en su libro, que todo se funda en gestos, hidropesía, amo amas, barriga grande, piedra imán, etc. Y siendo estos los misterios, no hay que admirar que anden tan a rodo, que aun sus olvidos y sus descuidos son misteriosos como él dijo: Olvidábasemelo mejor, si ya no fue misterioso

el olvido. Mirad si no se han de temer avenidas de misterios, cuando no hay olvido, ni desatino que no lo sea.

Sobre quien es el Dios Nocturno (de quien hace mención Camoens en el canto 2, estancia 1) llama a Lambino pesado hablador, y con la hinchazón que suele, dice que a él y a Jacobo Durancio les ha de enseñar quién es Nocturno en Plauto. En fin, asienta, que es el Sol. Y en probarlo se muestra que Lambino es pesado hablador, y Faria hablador de livianidades, pues además de que hacer a Nocturno el Sol, es contra el texto de su poeta, que le introduce abriendo al Sol la puerta del marítimo palacio y contra San Agustín, acérrimo multiplicador de estas deidades gentílicas, son las pruebas tan ruines, como ya veremos. Fúndase en que Plauto introduce a Sofía, que porque le pareció que tardaba el día y era prolija la noche, dijo, que dormía Nocturno borracho, según emperezaba la noche. Y porque después acusando la tardanza del Sol, dice también que debe estar roncando el Sol muy bien bebido. Credo edepol equidem dormiré Solem, atque appotum probe. Colige: luego Nocturno es el Sol. Mala consecuencia: pues de los gallos si no cantan a medianoche, se pudiera decir, que dormían borrachos y no son los gallos el Sol.

La razón filosófica con que confirma este disparate es graciosa. Oídla. Digo, que este Dios Nocturno es el Sol, porque el Sol es autor de la noche con su ausencia. Linda ignorancia: pues a ser esto así no habrá negación, ni privación, que no sea causa positiva del efecto formal de su hábito contrario (bien sé que esto es hablarle en griego a él y a los ignorantes de filosofía con ser lo más fácil y humilde de ella) a ese tono diremos que la ceguedad es causa de la vista del lince, porque con su ausencia causa a la vista la ceguedad: que la ignorancia con su receso produce la ciencia: que las tinieblas alumbran el mediodía. Porque con su falta se ilustra el aire; que la muerte es autora de la vida, pues su ausencia nos deja vivir, y al contrario. Finalmente, el Sol con su ausencia es autor de la noche, como la vista con la suya lo es de la ceguedad. Debámosle pues a Faria este disparate, y aprendamos a decir, que la vista es ceguedad, o ciega, como el Sol es noche, o Nocturno.

Dando de ojos en principios filosóficos, pasa a ostentarse escriturista: y acaba de probar esto, con que, pidiendo Ezequías, a

Esaiás señal de la certeza de su salud, le dijo el Profeta: Vis, ut ascendat umbra decem lineis; an ut revertatur? A dónde explican algunos autores, que quiso decir: ¿Si quería que el Sol volviese atrás o pasase adelante? Y el mismo Profeta en el capítulo 38 refiriendo el propio suceso: Et reversus est Sol decem lineis. Luego si lo que allá es sombra, es Solaquí, y la sombra es la noche, bien es Nocturno el Sol. Todo el Sol tiene Faria sobre los ojos, o toda la noche en el entendimiento, pues con miserable ceguedad no ha visto el espigón del Reloj de Achaz, o no acertó a leer el contexto de aquel lugar que dice: in Horologio Achaz. Advierte, o el más presumido de los hombres, que yerras en probar que el Sol es noche, o Nocturno con que el Sol es sombra; yerras en pensar que la Escritura llamó sombra a ese clarísimo planeta; yerras en creer que somos simples los que te escuchamos; yerras en suprimir las cláusulas del Sagrado Texto.

Volvió el Sol diez pasos atrás, y retrógrados los ejes de su brillante carro cejaron la carrera del día, retirado al aurora en diez líneas todo el flamante viaje de las luces. Reparó el Rey en el reloj de su padre Achaz, que la sombra del puntero, que señalaba los grados conforme al movimiento solar, había retrocedido diez líneas, que para el ocaso tenía atrasadas el apuntador: y coligió a posteriori, que las había desandao el día: Et reduxit umbram per líneas, quibus iam descenderat in Horologio Achaz retrossum decem gradibus. Pues ¿Qué tiene que ver esto con el desvarío de Faria? ¿Demostrar la retrocesión del Sol en las líneas de un reloj de sombra, es decir, que es sombra el Sol? Gentil gramaticada.

SECCIÓN X.

*P*rosigamos aprendiendo algunas doctrinas, que ostenta nuestro Mastige. Enseña en el canto 9, estancia 54. Que los naranjos cidros y limones son los pomos de oro, que guardaban las Hespérides y cogió Hércules y los que se echaron entre las tres diosas, por premio de la Hermosura y a Atalanta para grillos de ella.

No ignoramos que toda fruta de color pajiso llama la poesía pomos de oro. Como observan los intérpretes profanos sobre el Aurea mala decem missi del gran Poeta Egloga 3 y los sagrados sobre la Mala aurea in lectis argentéis del capítulo 25 de los Proverbios. Pero sobre cuales sean, cada uno pinta la fruta que se le antoja. Válida opinión, el que sean cidros o naranjas los del Sagrado Texto, como veréis en Martín del Río. Quidam volunt indicari mala aurea, hoc est Medica, seu Citria. Y también los del poeta: aunque estos últimos otros los presumen membrillos (como Brodeo y Galeoto Marcio) otros manzanas (como Antonio Augustín, Cerda y otros). Esto es cuando a las frutas de oro en común sobre esos lugares. Mas en particular sobre la Hespérides, unos pintan que fueron ganados que robó Hércules: porque en griego es equívoco el nombre de manzana con el de oveja: pues con decir myla lo significan todo: y como tenían vellones dorados a pajizos, asentáronles lo áureo. Y en fin si aquellas reses eran como nuestras vicuñas y pacos, que por su color rubio y encendido merecen el pelo de oro; mejor que en África, pudieran en nuestro Perú haber fingido el huerto de las Hespérides. Y el dragón, que guardaba estas manzanas era (dicen) un río, que porque las rodeaba flexuoso, y culebreado, le fingieron serpiente: vulgar metáfora de los poetas llamar los ríos sierpes de plata, culebras de diamante, etc., como del Luco dijo nuestro Cordovés.

En roscas de cristal serpiente breve
por la arena desnuda el Luco yerra.

Otros pensaron, que las Hespérides fueron hijas del famoso astrólogo Héspero o Atlante, que por especular el movimiento de los cielos, dijeron de ellas, guardaban en el occidente las manzanas de oro. Esto es, observaban las estrellas, que por su esplendor dorado y su

rotundidad bermeja parecen pomos de oro: fingiendo, que sólo en el occidente nacía tal fruta, porque sólo al ocaso del Sol comienzan a brillar los astros. Y el dragón jardinero hicieron al zodíaco de los signos, que como sierpe en luciente rosca voltea por todo el globo. At quis est Draco, qui haec mala servabat? Signiferum circulum nonnulli sunt arbitrati. Natal Comité.

Más luces que las de su zodíaco conduce a esta opinión una agudeza de Agustino Reparó, en que sobre distribuir estrellas a sus deidades el gentilísimo, andaba el astro matutino en desidio sobre si había de ser de Venus o de Juno, porque unos adjudicaban el lucero a la una, y otros a la otra. Luciferum enim quídam Veneris; quídam dicunt esse lunonis. Pero tan luciente y hermosa estrella (dice) manzana puede ser de oro, sobre que dignamente contiendan otra vez Venus y Juno, Quamuis de ille fulgentissimo sydere apud eos, tanquam de malo aureo luno, Venusque contendant. Pero en verdad, que por estrella de Venus aclaman al lucero todos los crepúsculos del alba, todos los arreboles del ocaso; porque Venus al fin vence como suele, Sed ut solet, Venus vincit. Y suya es la manzana, si son fruta dorada los astros. Últimamente Faria dice que no fueron sino limones. Vaya con Dios: pero mirad la inconsecuencia de este hombre, que dice de los limones. Que el apropiarse a esta fruta el color de oro es frecuente, y no sólo eso, sino llamarla totalmente pomos de oro. Pues si esta fruta por el color pajizo es pomo de oro ¿Por qué la cera por su palidez no será rucos de oro? ¿Cómo acusa a Góngora el que por la cera de la colmena dijese: En rucos de oro rayos del Sol Hilan? Si el color motiva estas licencias ¿Por qué no será oro la cera por rubia, si lo es la cidra por pálida?

Ilustre necedad decir, que se echaron limones, para el certamen de hermosura entre las diosas, y mayor el motivo de haberse ellas desnudado, pues dice que fue limón, sobre el que se desnudaron las diosas, por ser fruta exquisita entonces. Reparad mucho el porque: ¿Por qué se desnudaron? Por ser fruta exquisita entonces. Ya véis, que un niño dirá aquí, que no fue, sino por obtener el lauro y corona de la mayor belleza, por ser aquella fruta índice de la victoria: pues si venía escrita de estas letras: Pulchriori? Dese a la más hermosa: no por fruta exquisita, ni por ser limón (como Faria sueña) pero por un guijarro, que se propusiese en el certamen con esa circunstancia, se desnudaron

ellas, cuando aun el refrán de las vejezuelas vulgarmente clama: No por el bueno, sino por el fuero. Y realmente Juno en el gran poeta no tiene por injuria el que le salteasen la fruta nueva, sino el que pospusiesen su hermosura.

Indicium Paridis, spretaeque iniuria formae.

Díganlo los griegos desnudándose en el Olimpo por un ramo de encina: díganlo los romanos vertiendo su sangre por una guirnalda de grama. Además, que es disparate sin más fundamento, que el antojo de decirlo, decimos que era fruta exquisita entonces el limón, naranja, cidra o toronja. Pruébolo con evidencia. Esa fruta lo es de Venus, y su árbol es dedicado a su deidad.

Aurea sunt veneris poma haec, incandus amaror
Indicat.

Dice Alciato de la cidra, y aquí Claudio Minoe: Medica malus, quae et citrus, et apud nostros ob aliquam cum auro similitudinem nomen reperit, amoris potest esse nota; etc. Luego no pudo hacérsele nueva a Venus fruta, que nace a su influjo, luego no era exquisito árbol, que por tal le obligase a desnudarse el que se plantó a la protección de esa deidad, y al concurso de ese planeta: pues también se le hicieran nuevas las uvas a Baco, y las espigas a Ceres. Apuro más. Estas frutas según Faria confiesa son los pomos de oro de las Hespérides: luego no eran exquisitas, ni nuevas para Juno. Pruébolo. Luego que se casó Júpiter con Juno tributó en el occidente aquel solar esas doradas frutas, como dice Pherecydes, libro 10 citado por Natal Comité; pero traigo os un autor, que nunca habréis visto citado para el caso. Este es Tzetzes, que cuenta, que para las bodas de Juno se trajeron los pomos áureos de las Hespérides, para que fuesen dote esponsal de la diosa.

Ex Hesperidibus ferre, ex hiperboreis
Iunonis poma aurea Iuppiter, quae in nuptis habuit
in Iunonis sponalibus, ut pro pulcherrima dote essent.

Luego no se desnudara Juno, porque la fruta era exquisita, cuando por dote suya había tanto que la conocía y poseía. Venus mucho menos, pues si el pomo era un limón, como el otro quiere, no había menester certamen, o litigio para llevarse lo que notoriamente era suyo: como ni Palas se desnudara para llevarásela, si fuera aceituna. Luego Venus ni por esa fruta, ni con ese motivo hizo el célebre alarde de su hermosura.

La vez que se vistió Paris
la garnacha de Lycurgo
cuando Palas por vellosa,
y por zamba perdió Juno.

El que fuesen también limones los que entorpecieron la velocidad de Atalanta, también es error contra toda buena mitología, y contra toda la intención de la moralidad filosófica de la antigüedad, que fue enseñarnos cuanto puede armado de oro el interés contra la honestidad, y como rinden las dádivas el recato y esquividad femenil, cuando a tiros de moneda no hay almena segura en las murallas del decoro. Por eso fingieron a Júpiter penetrando la torre y la clausura de Danae en lluvias de oro, como enseñan Lactancio Firmiano, Catsio, Natal, y todos. Sino es, que digamos, que la conquistó granizando limones o a naranjazos: pues es cosa ridícula pensar en Atalanta dama incansable, esquivada, cruel, zahareña, y en negocio que le iba no menos que la sujeción conyugal, había de rendirse en la verdad histórica con tres limones; y no a repetida profusión de escudos y doblones. Últimamente convencemos a Faria ad hominem (como dicen los artistas) reconviniéndole consigo mismo. Pues después en la estancia 76 se contradice y en explicación historial de esta fábula se deja los limones y lleva lo que todos, diciendo: Es buen remedio de alcanzar damas, que huyen la campaña del rigor, echarles palabras de oro, para detenerlas: y eso parece es lo que descifra la fábula de que se echaron pomos de oro a Atalanta, para detenerla en la carrera. Entendiése esto con las que obedecen las penas del verdadero amor: que a las otras no hay palabras de oro, como monedas de cobre, porque es de hierro su amor, ya veo lo que dijo la copla por ellas:

Aunque venga Salomón
disfrazado en un soneto,
no hallaré mejor concepto,
que en las letras de un doblón.

En el canto 2 sobre el Auri Sacra Fames del Poeta, dice: que llama sacra a el hambre, o condicia de oro, por sacrílega y así se ha de entender aquel lugar, y no de otra manera. Y a este modo el de Improbis labor, por trabajo grande, aunque sea glorioso: acordándonos, que en su parte usan aquí estos valientes nombres del tropo, antífrasis o ironía, que es llamar bueno a lo malo, por un modo de darle peor nombre, que malo, y malo a lo bueno, por encarecer más la bondad. ¡Notable vanidad la de este hombre! ¡Rara presunción de gramático! Que podría pasar con su interpretación de sacrílega por sacra, y no que, con aquella arrogantísima decisión, que a prorrumpirla parece que se encaramó a la universal cátedra del mundo, diciendo: Así se ha de entender este lugar, y no de otra manera: nos obliga a que veamos, si se puede entender de otra manera. Dejo que la inteligencia de sacrílego, si es lo mismo aquí, que execrable o maldito por sacro, es común y vulgar, que no hemos menester, que ahora nos la enseñe Faria, pues esa en su llana significación, sin que sea necesario recurrir a antífrasis ni ironía, como enseña Festo, y como veréis en Jacobo Pontano sobre ese lugar. Sólo le preguntaremos (si sacro es sacrílego) ¿Por qué llaman al espinazo os sacrum, o sacra spina? Y ¿Por qué a la lepra blanca, o fuego de San Antón nombran Ignis Sacer? ¿Cómo no siendo sacrílegos esta peste, y aquel hueso se llaman sacros? Y si estos se llaman así, dándole otra inteligencia a lo sacro ¿Por qué Sacra Fames no se dirá por ella inteligencia? Decid lo que quisieréis del fuego sacro, llamándole así por pestilente, mortífero y abominable, que no lo habéis de decir del espinazo. Y si sacro se dice por cosa grande, crecida y desmesurada: (como quieren otros) ¿Por qué no lo será la hambre del oro? Luego de otra manera puede, y aun debe entendese Sacra Fames. Advertid aquí, por si os place saberlo, que ese hueso espinal se llamó sacro, por ser eso en las hostias, y sacrificios lo primero que consagraba a sus dioses la gentilidad, como dice San Isidoro Hispalense. Ideoci ex hostia id primum a gentilibus Diis suis dabatur, unde et sacra spina dicitur.

De Improbis también dice Faria lo que se le antoja, que allí no hay antífrasis, ni ironía, porque cuando el poeta dijo: Labor omnia vincit improbus, no quiso llamar al trabajo glorioso ni ilustre (encareciendo lo bueno con nombre de malo) sino trabajo perpetuo, infatigable, instante, porfiado, continuo, importuno, sin descanso, con tesón. Improbis labor est indefessus, continuus, requietis impatios labor, dice Jacobo Pontano. Insigne lugar el de San Lucas. Aquel que a medianoche fue a pedir prestados tres panes a su amigo, dice el Evangelio, que repelido muchas veces instaba muchas más: en fin, tanto le golpeó las puertas, tanto le desasosegó el sueño, tanto le rebatió las repulsas, que se levantó a darle los panes, más por su importunación, que por la correspondencia: Et si non dabit, eo quod amicus eius sit; propter improbitatem tamen eius surget et dabit. He allí improbitas, la instancia, importunidad, tesón y porfia (dejo textos profanos). Mirad si para labor improbus, trabajo continuo, es menester antífrasis, ni ironía.

También se metió en encarbar etimologías, y dícenos, que teta se dijo en castellano de tita, cierta letra griega, que parece teta, y píntala así ☉_☉. Sin duda ignoró este hombre cuán mal han salido de este negocio de etimologizar cuantos han querido escudriñar los abolengos al vocabulario: empresa en que se acometen de contado los peligros, y el acierto en libranza. Origenes verborum qui tradunt (dice Joan Grial sobre Isidoro) periculosae tractant plenum opus aleae. Díganlo Platón, Servio.

Varrón, y otros muchos antiguos, como modernos, que no son bien vistos en esta disciplina. Esta de nuestro Faria se parece a aquella gentil porrada, que dio la Glosa de las Decretales in 6, que averiguándole la etimología a Roma, dijo que quería decir roedora de manos. Roma quasi rodat manus.

Rióse del disparate aquel varón doctísimo Fray Juan de Pineda el Franciscano, y con el desahogo que suelen los hombres de su tamaño burlarse de estas gracias, añade otra diciendo: Roma quiere decir roedora de manos, y si dijera roedora de queso, pensáramos que era de casta de ratones. Lo cierto es, que este queso se hizo de aquellas tetas griegas, que ordeñó Faria, pues ni él, ni quien se lo enseñó, supieron lo que se mamaban. Dejo el que aquella, qu dibuja, más parece ser anteojos quebrados, que de femeniles pechos.

Todo lo ingenioso de esta etimología consiste en que dice que teta es una letra, que lo parece, por ser como una Θ en cuya mitad puesto un punto representa el pezón en medio del pecho. Pero consultad a Clenardo, y a cuantos Alfabetos Griegos hay, y veréis que la tita si es mayúscula y circular (porque dejemos las minúsculas, que son largas, y angostas, y sin la figura que Faria pinta) no tienen tal pezón, ni tal punto, sino atravesada en diámetro una línea \bigcirc , y fue tan célebre ese rasgo, saeta, o flechilla que divide el círculo, que los jueces, para condenar a muerte, señalaban el nombre del reo con esa letra, que en aquel dardo dentaba la muerte, de donde se llamó carácter infeliz, letra infausta como dijo aquel versillo.

\bigcirc multum ante aliae infoelix littera Theta.

Asimismo, en los padrones, o matrículas de milicia, se usaba de las letras tau y tita. Los soldados vivos denotábanse con la T o tau, signo de vida, los que habían muerto en la batalla los indicaba la Θ , que es la tita: porque aquella línea o lanza (así la llama San Isidoro) que atraviesa el círculo era símbolo de muerte: Θ vero ad uniuscui usque defuncti nomen apponebatur, unde habet médium telum, id est, mortis signum. De donde se ocasionó el temerse tanto la marca letal de ese carácter: y así cantó Perseo.

Et potis est nigrum vitio praefigere theta. Y Marcial.
Nosti mortiferum Quaestoris, Castrice, signum?
Est operae pretium discere Theta novum.

Mirad ahora qué diferencia hay de lanza a pezón, de línea a punto, de centro a diámetro, pues toda esa distancia va del dicho de Faria a la verdad. Fue falso acomodar el punto en medio de la Θ para figurar la teta; pues si Faria formara esa letra, como debía, el rasgo no le dejara aplaudir desvaríos ajenos, cuando más parece cuchillada que pezón.

Olvidásenos lo mejor (si ya no fue misterioso el olvido) olvidásenos el que Faria, idólatra de su Camoens, tanto quiso ensalzarle sobre nuestra humanidad, que comparó sus versos con las Sagradas Escrituras, y la aclamó iluminado de toda la soberana asistencia del Espíritu Santo. Los Divinos Oráculos, como los autorizan

razones que prorrumpio el Entendimiento inefable del Altísimo, tienen tal inteligibilidad en sus Sacramentos, que cada cláusula, cada ápice es perenne manantial de varios sentidos, inteligencias y misterios: y como los asegura la infalibilidad de una verdad por esencia, no sólo no pueden contradecirse, pero unos lugares a otros por maravillosa conexión que guardan se ayudan a la interpretación, y corroboran mutuamente su inteligencia, cansado a innumerables ingenios, que hubiera, con darles a cada luz nuevos misterios que sondear, nuevos arcanos que especular.

Así pues, en este poema (dice Faria por la Lusiada) se ve tanto de esto que me persuado a que Luis de Camoens arrebatado todo de un Divino Espíritu procuró imitar aquella admirable Escritura con ésta. Y que si se puede decir de algún modo, que hay alguna parecida a ella en esto es esta solamente, porque siendo tan suave y fácil de estilo, esa fácil y suave claridad contiene profundo entendimiento, y para lo que esa profundidad nos hace difícil, apenas hay lugar en este Poema, para embarazarnos el entendimiento, que en el mismo no hallemos otros que nos le allanen sembrados para eso con providencia más que humana.

Parécele a Faria, que en esto ha dicho elogio de su Poeta una cosa grande: y le parece bien, porque para necedad, esta es de buen tamaño. ¿Qué quiso decir este hombre? ¿Qué es lo que sueñan aquellas palabras? Este rarísimo poeta fue singularmente de Espíritu Divino. ¿Qué asistencia es ésta? ¿Esta, qué singularidad? Si entiende que el Espíritu de Dios asistió cooperando a los versos con el Poeta: no es un elogio, pues siendo causa primera ese Espíritu de todo efecto ad extra, como las demás personas con el concurso general también, influye con el jumento al rebuzno, como el Poeta al soneto. Si piensa que asiste ese Espíritu, porque él es el soberano piélago de las gracias, y el dador liberalísimo de los dones gratis datos, y así reparte las artes, habilidades, y ciencias a quién y cómo es servido; también es cierto, pero de ninguna singular excelencia, como él quiere: pues también los sastres, carpinteros, bordadores y otros artífices mecánicos son asistidos del mismo Espíritu, si asistírles es darles aquel don por hábito, e infundírles por inspiración, como sucedió con Besalel, a quien en el Éxodo se le concedieron esas facultades mecánicas, para la fábrica del Tabernáculo de Dios. Et implevi cum Spiritu Dei, sapientia, intelligentia,

et scientia in omni operare ad excogitandum quidquid fabrefieri poterit ex auro et argento, etc. Donde la pericia del edificar, el tejer, etc., son del Espíritu de Dios por ser dones suyos al hombre para su uso concedidos, como dice Teodoreto, y Hugo Cardenal: Spiritu Dei, por quem mechanica siunt. Y así en esta acepción también Góngora escribió por ese y con ese Espíritu y todos los poetas, no sólo Católicos, pero paganos, como Virgilio, Homero, Ovidio, y cuantos de Dios participaron el don poético. Pudo contentarse Faria con decir que de ese participó su Camoens más que todos, que bastaba para fundar en ese exceso la singularidad que pretende: mas no la constituyó, sino en que el poema de Camoens se parece a las Escrituras en lo misterioso y profundo, y como la Escritura (que no es menos, que la Ley, Profecía y Evangelio) tuvo autores que, asistidos del Espíritu Santo, prorrumpieron sus cláusulas de dictamen soberano impelidos. Parecióle a Faria, que no saldría la Lusiada parecida a las Escrituras en lo misterioso, si no era uno el Divino Espíritu, que dictaba las Escrituras y la Lusiada, inspirando a Camoens y a David un mismo numen.

Ilustre y famosísimo poeta fue Ovidio Nasón, y por menor desatino que el de Faria fueron ajusticiados en Francia los Herejes Parisienses con su maestro Guilielmo Pictaviense, pues entre otros errores ocasionó su condenación al decir, que así hablaba Dios por boca de Ovidio, como por boca de Augustino. Dicebant, non aliter esse corpus Christi in pane altaris, quam in alio pane, et in qualibet re; sicque Deum loquentum fuisse in Ovidio, sicut in Augustino, etc. Como refiere el venerando y doctísimo varón Cesario Heisterbaccense. Pues si por la diversidad que hay entre un doctor de la Iglesia y un poeta de la gentilidad, fue habido por error abominable el dar un mismo dictamen soberano entre las obras de Augustino y los versos de Ovidio; ¿Cuánto más yerra Faria, habiendo mayor distancia entre la Lusiada de Camoens y el Evangelio de San Juan? Ni entiende, ni conoce las Escrituras quien con profanas poesías las para. ¿Qué saben de los meridianos rayos del cénit, los nocturnos ojos del fúnebre Lechuzo? El que sólo supo deslumbrarse al tizón fumigante de una Octava rima, hecho especular crepúsculos; así juzga que son todos los esplendores, que no ha visto. ¿Quién fue tan bárbaro, que osase a sombrear el Sol con la tiniebla? ¿La verdad con la mentira, la Divinidad con la Criatura, el trueno Evangélico con el pífaro militar, la pluma del Espíritu Santo

con los borriones de un mortal; en quien son barro de origen, pecado de herencia, mentira la naturaleza, ignorancia el caudal, desaciertos la inclinación, y vanidad su ser todo? No hay que decir que no fue propia ni rigurosa la comparación: porque no dijo que la *Lusiada* se parecía a las Escrituras, es que ésta y aquella eran escritas, o eran palabras, o convenían en tener versos, o en ser libros de caracteres y papel compuestos: porque en sólo eso puede haber conformidad, y analogía entre ellas. Pero en los misterios fue la comparación, en la profundidad de sus sentidos, y en la inspiración de sus sacramentos puso el parangón de su similitud. Y lo peor es, que poco antes había dicho, que se parecía Camoens a Homero, y a Virgilio en lo misterioso que se encierra en toda esa perfección. Con que, si Camoens se parece en los mismos misterios por una parte a Virgilio, y a Homero; y por otra a la Divina Escritura. La consecuencia es, que las Escrituras en lo misterioso se parecen a Virgilio, y a Homero, que es otra pajarada. Colígease precisamente de aquel axioma dialéctico, *Quae sunt cadem uni tertio*. Pues si dos estatuas del César se parecen al César, sin duda se parecen entre si: luego si la Escritura, y la *Eneida* se parecen a la *Lusiada* (porque esta se parece a ellas en lo misterioso) asemejarse han entre si en eso mismo la *Eneida* y la Escritura, Virgilio y Ezequiel: Homero y San Mateo.

¡Oh ignorancia atrevida! ¡Que osaste a equiparar con los Sagrados Oráculos lo mismo que asemejaste a las profanidades gentílicas! Son las escrituras emporio de la verdad increada, sonido del verbo mental, que prorrumpió el entendimiento de Dios, corazón del mismo Cristo, abismo de la Sabiduría, volcán del Espíritu Santo, alma de la Iglesia, hipoteca de la infalibilidad Divina, epístolas soberanas del comercio entre Dios y los hombres: y hoy se ven comparadas, no sólo a las Poesías de Camoens, sino a las de Virgilio y Homero: aquí pudiera exclamar el Apóstol: *Quae societas luci ad tenebras? Quae autem conventio Christi ad Belsal? Qui autem consensus templo Dei cum Idolis?*

Por aquellas Ranas de Egipto, plaga inmunda de la Gitana obstinación, significó el Espíritu Santo a los poetas del siglo, y metrificadores profanos: por ser ese vulgo asqueroso de los charcos, esa ruidosa y verdinegra progenie del cieno, símbolo del coro poético, (dice Ruperto Abad) cuyas voces roncadas embaucaron en los teatros al

mundo, cambiando con el estrépido el aplauso de las gentes. Qui iustius comparantur foeditati ranarum, quam Poetae perstreptentes in theatris ridicula figmenta fabuluran? Verdad, que aun contra sí confesó Aristófanes, cuando introdujo a Baco ir al infierno al examen de los mejores poetas, que tuvo Grecia, donde Carón le prometió un coro de Ranas, que le cantasen como Cisnes.

Bach. Quos cantue obsecro?
Cha. Ranarum, velut olorum.

Y apenas la mohosa barca esgrimió el remo en las perezosas ondas del Lago Estigio, cuando comenzó a saludarle el disonante número de ruiseñores de cuatro pies en verso, y números poéticos.

Aquae paludosa stirps
Laudum modos cónsonos
Dicamus hic concetibus canoris, etc.

Y ciertamente que, aunque los mejores poetas del Orbe en el cieno de la profanidad, y erudición mundana los admiremos Cisnes; otra cosa son el viso de la verdad, y al desengaño de las Escrituras. Confusión sea para quien tan frenéticamente los pareó con los Oráculos Divinos, asemejando las acordes y sonoras armonías del Espíritu Santo, con la ronca y sucia clamosidad de las ranas. Aquí esto no tiene más que la respuesta de los necios que es él en su tanto, y la manera de decir, y él en cierto modo, caravanas de la ignorancia, y proporcionalidades, que indujo la locura invencionera.

Todavía le admitimos a Faria un resguardo de su temeridad, que es aquella proposición condicional, con que cotejó la Escritura Divina con la Lusiada, diciendo: Si se puede decir, y como no se puede decir, no ha dicho nada. Ridículos encarecimientos, elogios hueros con que pretendió sublimar a su poeta; y quedó corto, pues no hay blasfemia, que añadiéndole (si se puede decir) no pudiese haberle servicio de hipérbole.

En fin, en todas materias yerra nuestro Faria harto más que Góngora en sus hiperbátos. Pudiéramos cumpilar un libro entero de sus desaciertos; pero baste conocerle por gramático puro, mal filósofo,

pero Teólogo, y pésimo Escriturista; poeta, ni malo, ni bueno. Lo que él acertó siempre se lo confesaremos, ni es de nuestra ingenuidad negarle los aplausos a la virtud por envidia, o trampearles el conocimiento a los méritos con malignidad.

Confiteor que tulit, nec enim benefacta maligne
Detrectare meum est — — — —

En lo que Manuel de Faria y Sousa se hizo dignamente famoso, fueron las Historias Portuguesas. En esta facultad cronística merece todo aprecio. Pero hizo mal en desvanecerse con ese acierto y soñarse luego un Homero, cuando es más fácil ser buen historiador que poeta. Cualquier juicio desnudo de pie y pierna sobre para narrar con agrado; mas no cualquiera voz basta para cantar con delicias. Requieren los versos gran talento, y elocuencia suma, para su belleza y estimación; la historia de cualquier manera escrita deleita. Carmini est parva gratia; nisi eloquentia sit summa: historia quoquo modo scripta delectat. Son los hombres naturalmente noveleros, por la genuina curiosidad con que nacen de saberlo todo. Cualquier desnuda noticia de los sucesos los atrae: vemos que cuentos de viejas, y fábulas de burla los entretienen. Sunt enim homines natura curiosi (prosigue Plinio) et qualibet nuda rerum cognitione capiuntur, ut qui semunculis, etiam, fabellisque ducantur. Esta es la razón que aquel gran juicio da, de que historia cualquiera agrade; y no regale poesía cualquiera. Más fácil juzgó la senda para la fama, en quien camina por el llano del érase que se era, que en quien vuela por las cumbres del metro, y las esferas de la cítara.

Del mismo sentir fue Alciato, que reconoció en la historia tan que dice no ha menester atavíos al estilo historial; pues aun el desaliñado aplace, y cualquier mediocre narración es gustosa. Tantum ex se iucunda est, lectorisque gratiam aucipatur, ut quoquo momo scripta sit, lectio eius plurimum delectet. Nace esta majestad en la historia del mismo objeto, y ministran las materias todo el hechizo de las atenciones. Bueno es Faria para contar; nunca empero lo será para cantar. Las proezas, hazañas, y facciones ínclitas del valor Lusitano, en cualquier pluma fueran muy plausibles. Los alfonsos, los Manueles, los Gamas, los Alburquerque, y demás héroes que (en mejores tiempos que este) alistó gloriosamente la nación Portuguesa, tejer pueden historia, que en cualquier estilo asombre y en cualquier trompa

retumbe. No le parezca a Faria, que su locución porque deleitó histórica, pudo luego asombrarnos poética, para que ánsar palustre quiera graznar competencias con el Cisne más sonoro, que escucharon las ondas del Betis. Negole el Cielo felicidad para los versos; aunque le concedió el genio de historiador con dicha: para esto es, y no más. Su estilo es bien trabado, limpio, expresivo, libre, acre y propio: nacido para engazar anales. Y así vemos, que en cuanto escribe, lo que más sobresale es tal, y tal retazo histórico, y deleita con algunas narraciones que esparce; porque la verdad cuenta con despejo, y refiere con gracia.

Él comentó de Camoens (con ser que allí abrió todo el almacén de sus estudios) prescindiendo las sofisterías, palillos, arrogancias y críticas mazadas de poetas, veréis que lo mejor es lo que narra; y lo de más importancia son algunos trozos de historia de que salpica a veces aquella prolijísima tarea: como notó Don Tomás Tamayo de Vargas (a quien Faria confiesa por judicioso, docto) en la misma aprobación que hace del tal comentó, diciendo: Aquí no solamente se descubren, y deleitan las galas de la poesía (habla de la de Camoens) sino se ejecutan y aprovechan los aciertos de la historia con tal conocimiento de sus veras, que parece que aun lo que toca de paso es su principal intento. Y es, que como el talento no es más de para historia, es eso lo que más acierta: con que eso que toca de paso, ya que no sea su principal intento, lo parece, porque es su principal habilidad.

Mucho más que su locuencia había menester Faria para ser buen poeta, si es otra cosa locuencia de elocuencia, como pensaba Julio Cándido. Non innenuste solet dicere, aliud esse eloquentia; aliud loquentiam, porque como hemos dicho ha de descollarse sobre lo sumo de la elocución la poesía, para ser venerada. Carmini est parva gratia; nisi eloquentia sit summa: historia quoquo modo scripta delectat. Atropelló empero Faria sus límites, y profanando la sagrada espesura del Parnaso, arrojó los labios a las aguas de Aganipe, donde bebiéndole las frialdades, lanzó del estómago agrios y acerbísimos hálitos contra los mejores poetas de aquella amenidad, llamando a Corte Real mero prosista; a Valdivieso no mondado; a Boyardo, mero romancista y gran hablador; a Góngora, duro, Mahoma de los ingenios; a Montemayor, infeliz; al Marino, arrogante sin saber nada; al Tasso, desnudo de erudición, Coco de los ingentos abonado, de un estilo cultísimo desnudo de artificios; a Lope de Vega, redondillero, y así de todos, con

que vemos que al Helicón le estuviera mejor, no habérsele introducido esta sabandija sino quedándose en el valle de sus epítomes historiales, pues sólo sirve de ser tábano del Pegaso, lagarto de sus cristales, víbora de las Musas, sierpe de los ingenios, Diablo de los Poetas.

MANUEL DE FARIA. §. X.

*F*inalmente cada uno se tenga su alma en su palma: pero no haga comparación de Góngora con Luis de Camoens: porque los estilos, y asuntos a que cada uno se dio, no lo sufren: y es la razón, porque hierran los que lo llaman Homero a Góngora: y porque no errarán en llamar Homero, y Virgilio a Camoens, y Marcial a Góngora en las burlas. Y si sus Silvas, y Polifemo, y Panegírico agradan, llámenle Estacio, con que también agrada a muchos; ni yo pretendo que desagraden. Pretendo sólo reírme de todos aquellos, que pretendieren medir con una misma vara a los dos en esto que se llama Espiritu Poético científico ejecutado en obras artificiosas, y profundas, con principio, medio, y fin: porque comparar a Góngora con Camoens en esto, es como contender Aracne con Palas, Marsias con Apolo, y la mosca con el águila. Esto digo yo de los que acertaron a leer enteramente estos dos autores: que de los que dicen, que Góngora es mejor que el Camoens, no sólo sin haber entendido al Camoens, sino ni leídole (de que hay muchos) aun después de muerto espero reírme.

APOLOGÉTICO. SECCIÓN XI.

*T*ambién en este punto habla apasionado Faria, no errando menos que en los demás, porque el no compararse las obras de Góngora con la *Lusiada* de Camoens, no es porque el Camoens fuese de mayor ingenio, y Letras que Góngora: pues cuando ambos fuesen iguales en todo eso; siempre quedaban desiguales los escritos, por ser unos épicos, y otros lyricos, entre los cuales por ser diversas clases no puede haber comparación unívoca de igualdad específica. De un consumado astrólogo, y un excelente pintor, mal se puede dar la ventaja a ninguno, si cada cual es primoroso en su facultad. Comparar un esgrimidor con un citarista, es ignorar, que se ha de convenir en la especie, para regular los excesos en la cualidad. Para estos casos, si se inventó la proporcionalidad, y la analogía del en su tanto. Dirase pues, que proporcionalmente en su pericia es tan diestro el esgrimidor, como sabio en sus números el músico. Puédese conferir, quien sea el mejor poeta heróico entre los heróicos, y entre los lyricos quien lo sea más ilustre: pero cuando se sepa quienes lo son en cada profesión; no puede entre ambos balancearse la mejoría, porque ambos serán mejores: sino es ya que respondamos disparando, y fuera de los límites de la comparación, como lo hizo Pirro: de quien refiere Plutarco, que preguntándole quién le parecía más insigne músico. ¿Cafias o Fición? Respondió: Polipercón es mejor capitán. Rogatus Pyrrus Caphias, an Phytion melior Musicus videretur? Polyperconta meliorem Ducem respondit. Respuesta, que con el despropósito envolvió dos reprehensiones, la una insinuando que, a un capitán como él, rayo de la guerra, no es debía preguntar, que juzgase de cantilenas; sino de quién peleaba más bien, y ¿Qué capitán ordenaba mejor un ejército? La otra fue culpándoles, de que entre hombres de guerra se estimase, ni tomase en la boca el preciarse de música, ejercicio leve para gente de cuidados más robustos. Así dijéramos pues, que de Camoens, y de Góngora el mejor escritor es Fray Luis de Granada, que enseña lo que importa, y escribe lo que nos está mejor. Porque es imposible la comparación entre lo épico del uno, y lo lyricico del otro; bien que en lo lyricico, y erótico, que escribió Camoens comúnmente con Góngora, preferimos a este a voto de los más doctos. Y si esto quizo decir Faria, cuando dice: No se haga comparación de Góngora con Luis de Camoens: porque los estilos, y asuntos a que cada uno se dio no lo

sufren. Dijo bien: que la disparidad está en los asuntos, no en los ingenios, ni en los talentos: pues con eso sólo prueba que la trompeta no se compara con la lyra; no, que el clarinero sea más diestro que el citarista.

Dice también que yerran en llamar Homero a Góngora, y no errarán llamando Virgilio, y Homero a Camoens: y que acertarían en llamar a Góngora Marcial por sus gracias; y Estacio por sus silvas. Infeliz es este hombre en imponer errores, porque sólo descubre los suyos. Si Góngora, dice él, que es Marcial, ya no yerra quien llamó Homero a Góngora: porque vemos que el emperador Aelio Vero, hombre erudito llamaba Virgilio suyo a Marcial, y aun no embarga las admiraciones por excusadas Crinito, juzgando por merecido aquel encomio. Itaque minime mirari oportet, si Aelius Verus Imperator solitus est singulari affectis prosequi lepores, atque iocos Poetae Martialis, suumque Virgilium vocare. Vea ahora Faria, en qué sentido, o manera le cabe o Marcial el blasón glorioso de que le nombrasen Virgilio: porque siendo Góngora otro Marcial (como él quiere) con ese mismo título pueden aclamarle Homero: puesto que siendo por sus burlas poeta jocos, y no heróico, tan lejos estaba Marcial de llamarse Virgilio, como Góngora de apellidarse Homero.

Aquí es menester reconvenir con sus palabras a Faria, pues poco ha que decía, que Góngora era invencible en las burlas, porque esas no constaban de ciencia, sino de ingenio, y genio para ellas. Y ahora dice que es un Marcial en las burlas. Con que siendo Marcial poeta doctísimo, cuya erudición y letras sólo en el Comento del primer libro de sus Epigramas, hizo (como dice Faria) gastar una resma de papel a Nicolao Peroto, venimos a inferir, que las burlas también envuelven doctitud, y que si Góngora es Marcial por lo festivo, ha venido a confesar que constan de ciencia sus sales, pues las de Marcial aclamó Plinio bullendo ingenio y erudición, como dice Crinito: Relata sunt a C. Plinio permulta de ingenio, et eruditione Val. Martialis: y por sus excelentes letras, y gran doctrina aun vivo mereció, que los varones más insignes colocasen su imagen en las bibliotecas. Tantum concessit ipsius ingenio, atque doctrina, ut viventi adhuc illi imaginem more veterum in sua Bibliotheca posvent. Luego el gracejo no desdeña la doctrina, luego amigarse pudieron el donaire y la erudición.

Añade, que no iguala Góngora al Camoens en obras científicas y profundas, que tienen principio, medio, y fin. A que respondemos con dos preguntas. La una, si Marcial, y Estacio juntos igualan al Camoens, porque si le igualan, no queremos darle a Góngora más de lo que Faria quiere darle, haciéndole Marcial y Estacio. La otra es, si las obras de Marcial tienen principio, medio y fin. Porque si no los tienen, y con todo son de igual estimación que la de Camoens, ¿Por qué no le serán las de Góngora, ya que a Faria le plugó equipararle con Marcial?

Vemos qué puede responder Faria, que proporcionalmente, en su tanto, y en su clase Marcial no es menor, que Camoens, ni Camoens, que Marcial en la suya: y eso mismo le diremos a él, cuando entre Góngora y Camoens se alterque sobre la primacía. Con que resolvemos últimamente, que el que dijo, que Góngora era mejor poeta que Camoens, no dijo bien: y Faria, que porfió, que Camoens lo era, dijo mal. Aquello de la araña, y Palas, y lo de la mosca, y el águila es niñería, y por ahora no merece respuesta: además, que este hombre se desmiente a sí mismo, porque si Góngora es Marcial, y Estacio, ya eso es decirnos, que Estacio y Marcial son moscas y arañas.

Concluye Faria, que aun después de muerto se ha de reír de los que hicieron aquella comparación. La risibilidad, perfección fue de Naturaleza racional, en el medio consiste la humanidad, en quien falta es bruto: en quien sobra es bobo: quien después de muerto se ríe ¿Qué será? Parecerase a lo menos a aquella figura de jaspe que refiere aquel pícaro, que introduce el Gran Cómico de España, fingiendo que se rió Julio César muerto y en mármol.

En el cuadro de un jardín
de un gran Señor Castellano
estaba un César Romano
de mármol, medalla, en fin.
Mirándole un paje un día
le dijo: César albricias,
si ven el laurel codicias
de la antigua Monarquía.
Que hoy el Cielo decretó
vuelvas a reinar en Roma:

Mira si placer se toma,
pues la estatua se rió.
Y estaba así muchos días
hasta que el paje volviendo
le dijo: ¿Qué estás riendo
con esperanzas tan frías?
Que Octavio es Rey, César fiero
y el mármol como le oyó,
dicen, que a poner volvió
la boca como primero.

Así se reirá nuestro muerto, que cierto estará para estas gracias entonces: y ahora nos reímos de sus objeciones, que hasta aquí han sido frívolas, vanas, ineficaces y ridículas. Súmense sus argumentos todos, que todos quedarán con facilidad resueltos, y desvanecidos. Mirad si con dos razones vencemos tantas opuestas sinrazones, Caeterum ad haec, quae obiecistis, numera, an binis verbis respondeans. Mirad con la brevedad que respondemos. Góngora tiene muchos hipérbatos: imita a los latinos. Usáronlo los antiguos. Nadie tan felizmente. Frecuéntalos muy continuos: parece a quien imita. Quita lo que es propio de la latinidad: es mayor valentía. Tiene metáforas remotas: Lícito fue a Virgilio. Descubre poco juicio: ¿Qué poeta la tiene? No acabó algunas obras: Esas vencen a las acabadas. En el Polifemo tiene poca traza: Homero tiene menos. Son muchos sus atrevimientos: Nadie es grande sin ellos. Llámánle Homero Algunos: Él no tiene la culpa. No le entienden muchos: No importa, si son necios. No tienen alma sus versos: No le juzgue la envidia, censúrelo la verdad, reviente la pasión, léalos el docto, escudríñelos el erudito.

SECCIÓN. XII.

Cese aquí la pluma, cese ya el celo de sacudir calumnias, de persuadir escarmientos. Sépase la mordacidad, que la serpiente fue célebre símbolo de la ciencia, quizá porque, aunque la erudición yace simplemente enroscada entre las flores de su inocencia; tal vez pisada de grosero pie, fue Aspid, que espeluce las escamas, que muña el silvo, que vibre la lengua, que clave los colmillos, y tome los antídotos en venenos. No queremos obelar muchos desaciertos, que pudiéramos en todas las obras de Faria, por ser bajeza, asechar ajenos yerros, cuando tan de cosecha los tiene el caudal de los mortales. Si algunos notamos arriba, pasen a pesar de nuestra modestia, ya porque primero lo aprendimos de Faria, ya porque la verdad provocada se venga con acerbidad. A pesar digo de nuestra modestia, porque aun en quien tan bien merece la invección, no es valentía ensangrentar el ingenio; ¿Qué será en quién tantas coronas merece como el de Don Luis de Góngora? Si fue culpa el hipérbaton, descuéntense por sus muchos primeros. Además, que es hazaña poco hidalga por cuatro cáscaras de palabras, o por tal que descuido, que humanamente se desliza, zaherir a los hombres grandes, arriesgando su nombre y fama a los peligros del descrédito Illiberale facinus (dice bien Escaligero) propter nescio quos verborum quisqualis aut propter errorem aliquem, qui humanitus contigerit, tantorum hominum eruditionem, atque adeo totum nomen, et famam in periculum vocare. Hagan eso hombrecillos de bruta discreción, de necia sutileza, que despuntándose de agudos, gastan el tiempo en hablar cardos, y pronunciar abrojos. Hoc solent facere argoti homunciones, qui in huiusmodi acanthologias totam aetatem contriverant. Mas ¿Quién podrá tolerar estos cambrones ásperos, estas punzantes zarzas, que aparradas al suelo de su tenuidad, y gloriándose de sólo brotar puntas, y florecer satíricas espinas, presumen reinar sobre los incorruptibles Cedros del Líbano? Quis ferat Rhamnos illis humi repentis (dice Matías Hauzeur) et solis spinis, et aculeis satyricu gloriosos, supra Cedros Libani regnare praesumentes?

A todos había de intimarse aquella célebre sentencia de Apolo, que promulgó el discretísimo Trajano Bocalini y con elegancia tradujo el otro más florido, Sousa y Cortesano Portugués. Diéronle al otro crítico, por otra rigurosa censura en pena, a purgar la neguilla de mucho

trigo, y a venderla o darla a quien la compre o la gratule, y desesperado de su estimación escucho de Apolo. Que si las inmundicias, que algunos sacaban de las cosas buenas no eran mercadería de hombres sabios y no aprovechaban ni para venderlas, ni para darlas, el mismo venía, a confesar, haber sido mal aconsejado, cuando emprendió el indiscreto e impertinente trabajo, de dejar las rosas que halló en el poema, que había censurado, y amontonó, y guardó, inútilmente las espinas: y que en los estudios de los trabajos ajenos los críticos sabios y discretos imitaran las abejas, que aun de las hojas amargas sabían sacar miel y que no hallándose cosa debajo del cielo, que no tuviese mezcla de muchas imperfecciones, cuando alguno quisiese corteza y cuidadosamente cerner los escritos de Homero, Virgilio, Livio, Tácito e Hipócrates, que eran la maravilla del mundo, con el cedazo de un continuo estudio, no dejaría también de sacar de ellos algún poco de salvado, y que él se daba por contento y satisfecho, que ha harina de los escritos de sus estudiosos secuaces fuese en la plaza mercadería corriente y vendible, y que los juiciosos y cortesanos ingenios ocultaban los defectos de los sabios y estudios escritores, que los malintencionados publicaban, y que la profesión de sacar de los poemas ajenos sólo las inmundicias era oficio solamente de viles y hediondos escarabajos, que con los asquerosos excrementos ajenos con sumo deleito entretenían la vida, cosa muy ajena del ejercicio de los sujetos nobles, que fructuosamente sustentan sus ánimos de cosas honestas y virtuosas, etc. Verdaderamente que a los hombres del tamaño de Don Luis no se ha de calumniar, si hay seso, sino cambiar las censuras en respetos. Esa es la distancia de los hombres grandes a los otros, porque de los que escriben con pocos aciertos se entiende que por yerro acertaron algo: y de los que con muchos aciertos escriben, se entiende, que nos dan a entender, que se descuidaron, para darnos que cuidar, o que no cuidaron de eso, para enseñarnos, que de menudencias no cuidan espíritus sublimes. Así pues, a quien mucho acierta no se le ha de abajar la veneración por tropiezos leves, porque a la humanidad es imposible la perfección, y el yerro en ella es menos de admirar, que el acierto, y así la buena dicha consiste sólo en errar menos uno que otro.

Esto debiera hacer nuestro Faria (cuando los hipérbatos fueran yerros) y esto nuestros Teólogos modernos, que en pendencias e impugnaciones de ajenos descuidos, nos gastan el papel, el tiempo, y la vida, sin acordarse de que mientras pelean, no nos ha enseñado, ni un átomo de la verdad, ni dejándonos a la paciencia un átomo.

Viva pues el culto, y florídisimo Góngora, viva a pesar de las envidias, Rumpatur et ilia Cedro. Viva esta rara ave, cuya pluma en altísimos vuelos remontada, no nos deja columbrar si es Cisne de la armonía de las Musas, o si es Águila de todas las luces de Apolo, o es Fénix de todos los aromas de la erudición. Bien que el docto crítico Gracián todo dijo, que lo era. Aquel que fue Cisne, fue Águila, fue Fénix en lo canoro, en lo agudo, y en lo extremado. Lo mismo repite en el discurso quinto. Fue este culto Poeta Cisne en los concertos, Águila en los conceptos y en toda especie de agudeza eminente. Tampoco es de perder otro elogio, que le da, cuando trata de la sublimidad, en que cada poeta exaltó su idioma por las naciones diciendo: Tome los ejemplos de la lengua en que los halle, que, si la latina blasona al relevante Floro, también la italiana al valiente Tasso, la Española al culto Góngora, y la portuguesa al afectuoso Camoens. Viva merecedor de eternos loores, pues en el glorioso ámbito de su erudición pudo de toda la Enciclopedia agotar meritísimamente los elogios. Ut sic meruit totius Encyclopediae laude viuis nostro aeve clarissimus concinis, et amicus noster Don Ludovicus de Góngora, dice el erudito Villalpando en su Magia. Débensele estos honores, por los que con su ingenio logró el idioma Español, venerándole por su primera y más ínclita gloria el Betis.

Baetis oliviferi Góngora primus honor.

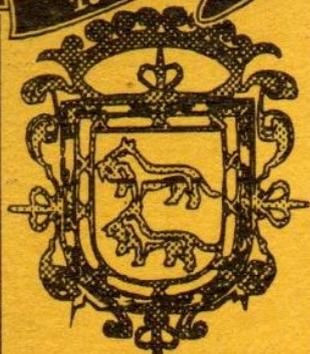
Pero son breve esfera los andaluces términos, que opulentamente bañan sus espumas, para la afluencia de tanto lustre, cuando (como dice aquel grave jurisconsulto) es fin primero, el segundo Píndaro, el padre de la cultura, el esplendor de Córdoba, el ornamento de España, y el portento del Orbe todo. Cui allussit alter Pindarus, Crisis Pater, Cordubae decus, et ornamentum, totius Hesperiae, ordisque portentum Don Ludovicus a Góngora.

Salve tú Divino Poeta, Espíritu bizarro, Cisne dulcísimo.
Vive a pesar de la emulación; pues duras a despecho de la
mortalidad. Coronen el sagrado mármol de tus cenizas los más
hermosos lirios del Helicón, Manibus date lilia plenis, descansen
tus gloriosos Manes en serenísimas claridades, sirvan a
tus huesos de túmulo ambas cumbres del Parnaso,
de antorchas todo el esplendor de los astros,
de lágrimas todas las ondas de Aganipe, de
epitafio la Fama, de teatro el
Orbe, de triunfo la
Muerte, de reposo
la Eternidad.

Dixi.

L A U S D E O

Peru. 1662



Apologético

*en favor
de don Luis de Góngora*

Noviembre 1993